

Selecta

En tu lugar

CHRISTINE
CROSS

En tu lugar

Christine Cross

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Capítulo 1

Londres, 1830

En la amplia habitación reinaba un absoluto silencio.

Como si el tiempo se hubiese detenido, nada se movía en el interior. Las elegantes muñecas de porcelana, alineadas sobre las estanterías, contemplaban con ojos vidriosos la enorme cama que ocupaba el centro de la estancia desde donde dos pares de ojos miraban expectantes a la mujer que, a fuerza de voluntad, se mantenía erguida sobre la silla tapizada de brocado rosa. Hacía tiempo que había rebasado la primera juventud. Las suaves arrugas que surcaban su rostro parecían temblar por el esfuerzo de contener la sonrisa que amenazaba con escapar de sus labios mientras observaba atentamente los rostros de las dos niñas.

Los ojos de la pequeña Katia se veían brillantes bajo la luz de los candelabros que disipaban la penumbra de la habitación. La mujer frunció el ceño. Aquello no era una buena señal; probablemente la niña volvía a tener fiebre.

Las dos pequeñas habían enfermado al mismo tiempo, pero mientras que Isabella se había recuperado pronto, Katia, de constitución más débil, no terminaba de curarse. Había pasado la tarde jugando en el jardín con su hermana, de la que no quería separarse, y el aire fresco debía de haberle afectado a los pulmones provocándole de nuevo fiebre.

El suave susurro del roce de las sábanas de seda, cuando las niñas se

removieron inquietas en el lecho, la sacó de sus pensamientos.

—Vamos, Betty, cuéntanos la historia —le rogó Isabella.

La niñera, silenciosa, alzó una ceja en un gesto de interrogación muy parecido al que solía hacer la duquesa, madre de aquellas dos preciosas criaturas.

Reconociendo el gesto, Katia le dio un golpecito a su hermana.

—Por favor —añadió Isabella.

La mujer dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien —accedió—, aunque no comprendo por qué queréis volver a escucharla si ya os la sabéis de memoria.

—Es bonita —repuso Katia al tiempo que asentía con la cabeza haciendo que sus rubios rizos se agitasen suavemente.

Betty alisó las invisibles arrugas de su pulcro traje gris, se recolocó la blanca cofia y carraspeó para aclararse la garganta mientras sonreía interiormente al ver a la pequeña Isabella apretar los labios con fuerza para contener su impaciencia. La niña había heredado el carácter autoritario e irascible de su padre, y aquellos pequeños ejercicios de dominio y contención le hacían bien. Sin embargo, no quiso alargar el momento y comenzó con la historia.

—Hace mucho, mucho tiempo, un emperador se enteró de que en una de las provincias de su reino vivía una bruja muy poderosa, que tenía la capacidad de poder ver el hilo rojo del destino, así que la mandó traer a su presencia.

—Es el hilo que une a los que están destinados a casarse —susurró Isabella como si alguna de las presentes necesitase una explicación de aquella historia que ya habían escuchado muchas veces.

Betty asintió.

—Así es —convino antes de proseguir—. Cuando la bruja llegó, el emperador le ordenó que buscara el otro extremo del hilo que llevaba atado al dedo meñique y lo llevara ante la que sería su esposa. La bruja accedió a esta petición y comenzó a seguir y seguir el hilo. Esta búsqueda los llevó hasta un

mercado, en donde una pobre campesina, con un bebé en los brazos, ofrecía sus productos. La bruja se detuvo frente a ella y la invitó a ponerse de pie. Hizo que el emperador se acercara y le dijo: «Aquí termina tu hilo». Al escuchar esto, el emperador se enfureció, creyendo que era una burla de la bruja, y empujó a la campesina. La mujer cayó, con la niña en los brazos, provocando que la pequeña se hiciera una herida en la frente. Luego ordenó que detuvieran a la bruja y la encerraran.

—Pero no acaba así la historia —interrumpió la pequeña Katia con la voz temblorosa por la excitación.

—Claro que no —le aseguró la niñera con una dulce sonrisa en su rostro redondo—. Muchos años después, llegó el momento en que este emperador debía casarse, y sus consejeros le recomendaron que desposara a la hija de un general muy poderoso. Aceptó y llegó el día de la boda. La novia entró en el templo con un hermoso vestido y un velo que le cubría totalmente el rostro. Al levantárselo y ver por primera vez la cara de su esposa, vio que ese hermoso rostro tenía una cicatriz muy peculiar en la frente y el emperador se acordó entonces de la campesina del mercado.

—Y liberó a la bruja —dijo Katia, que había heredado la ternura y el corazón compasivo de su madre.

—Por supuesto —admitió la niñera. Se levantó con dificultad de la silla y se acercó a paso lento hasta la cama para sentarse en el borde—. La historia nos enseña que las personas destinadas a conocerse están unidas por este hilo rojo que nunca desaparece y que siempre permanece atado a nuestro dedo, a pesar del tiempo y la distancia —explicó.

Isabella se incorporó sobre los almohadones con los ojos azules relucientes.

—Y no importa cuánto tardes en conocer a esa persona, ni el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si vives al otro lado de, de... —titubeó dudando cuál era el lugar más lejano en el que se podía vivir. Finalmente añadió triunfante— de Londres, porque el hilo nunca se romperá.

—Muy bien —aprobó la mujer—, veo que os habéis aprendido bien la

lección de la historia.

—Pero, Betty, yo nunca me voy a casar, ¿qué va a pasar con mi hilo? —inquirió Isabella con tono de sincera e ingenua preocupación.

La niñera frunció el ceño ante aquella aseveración.

—¿Y por qué no vas a casarte, mi niña? —Quiso saber.

—Porque va a vivir conmigo —intervino Katia—. Vamos a tener una casa grande y blanca con un jardín enorme y muchas flores.

Betty sonrió. Las pequeñas eran gemelas y estaban muy unidas. Todo lo hacían juntas. Y aunque físicamente resultaba muy difícil distinguirlas, en cuestión de carácter eran como la noche y el día.

—¿Tú tampoco te vas a casar? —le preguntó a la pequeña con curiosidad, conociendo su tendencia hacia lo romántico en contraste con el lado práctico de su hermana Isabella.

Katia se mordió el labio inferior en un gesto que manifestaba su inseguridad.

—No lo sé —dijo finalmente.

—Tal vez se case con un príncipe muy guapo —se inmiscuyó su hermana con tono autoritario—, pero solo si es bueno y no le grita. A Katia no le gustan los gritos.

La niñera apretó los labios con firmeza para contener el gesto de desagrado que le produjo escuchar estas palabras en boca de una niña tan pequeña. No importaba que solo tuvieran cinco años, pues se daban perfecta cuenta de lo que sucedía en su casa y de la desavenencia entre los duques.

Betty se había convertido en institutriz de la duquesa cuando esta era todavía la hija de un conde ruso recién llegado a Inglaterra en misión diplomática. La niña se había convertido en una joven hermosa muy solicitada por todos los hombres y por muchas matronas, aunque, finalmente, había sido el duque quien había conquistado su corazón. Una vez casada, Betty se trasladó con ellos a la mansión, primero en calidad de doncella personal de la señora y luego como niñera de sus hijas.

Quería a la duquesa como si fuese su propia hija, y por eso le dolía tanto la situación en la que se encontraba. El idealismo romántico del tiempo del cortejo y del noviazgo se evaporó rápidamente una vez que el duque consiguió lo que quería: una alianza con un país poderoso, una inmensa dote matrimonial y una mujer hermosa para su cama. Entonces comenzó a mostrar su verdadero rostro y la duquesa se vio atrapada en un tormentoso matrimonio con un hombre duro, ambicioso, mujeriego y violento. Pero el duque se había equivocado en una cosa, su esposa no era una tierna florecilla inglesa. La sangre de sus antepasados, fieros y valientes guerreros cosacos, corría por sus venas, y no estaba dispuesta a dejarse aplastar por el férreo puño de su marido cuyos gritos resonaban constantemente en el interior de la mansión.

A partir del nacimiento de sus hijas, la duquesa le negó a su esposo el acceso a sus aposentos y a su cama, y el duque se vengó mancillando su hogar con la presencia de sus amantes.

—Entonces, Betty, ¿qué va a pasar con mi hilo? —insistió Isabella mirando con atención su dedo meñique como si en él pudiera ver la fina atadura de su destino.

Betty acarició la rubia cabecita antes de hacer que la pequeña volviese a reclinarsse sobre los almohadones y la cubriese con la colcha de seda rosa.

—No lo sé, mi niña —repuso con sinceridad—, tendrás que averiguarlo tú.

—Cuando sea mayor —aclaró Isabella.

—Cuando seas mayor. —Aceptó ella. Arropó a las dos niñas y colocó la palma de su mano sobre la frente de Katia. Estaba caliente. Cogió una taza de la mesilla e hizo que la pequeña bebiese el contenido antes de añadir—, y ahora, a dormir las dos.

—¿Mamá no va a venir a darnos las buenas noches? —preguntó Katia con voz somnolienta.

—Claro que sí, mi cielo —le aseguró—, sois lo que más quiere en este mundo.

—Tú también nos quieres, ¿verdad, Betty? —preguntó Isabella dejando traslucir el temor en su voz.

A la mujer se le estrujó el alma. La falta de cariño de su padre minaba la seguridad de las pequeñas.

—Con todo mi corazón —le respondió acompañando sus palabras con un tierno beso que depositó en la frente de cada una de las niñas.

Se levantó de la cama y apagó las velas dejando solo una encendida para cuando llegase la duquesa. Luego, con pasos lentos, salió de la habitación al solitario pasillo.

Como si hubiesen estado esperando ese momento de soledad, sus hombros se curvaron hacia delante y le hicieron sentir todo el peso de sus años. Tal vez ya era demasiado vieja para seguir siendo niñera. Inmediatamente sacudió la cabeza ante este pensamiento; sabía bien que el problema no eran aquellos dos preciosos angelitos, sino la tensión que reinaba en la casa por culpa del duque. Contuvo un escalofrío. Algo iba a suceder, se lo decían sus viejos huesos. El ambiente estaba cargado, como cuando se avecinaba una tormenta al pequeño pueblo donde vivía de niña.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y obligó a sus hinchados pies a moverse. Su habitación se hallaba en ese mismo pasillo del piso superior, justo al lado de las habitaciones infantiles, pero decidió que bien podía tomarse una buena taza de té con la servidumbre, aunque eso supusiese descender las tres plantas que constituían la mansión hasta llegar al sótano, la zona donde se situaban las dependencias de los criados.

Se apoyó en el pasamanos y descendió hasta el primer piso por la ancha escalera de mármol. La prefería a la de servicio, mucho más angosta y de escalones más empinados. Se detuvo en el rellano para recuperar el aliento. Nunca había sido una mujer delgada, pero los años se habían encargado de darle mucho volumen a su cuerpo. «Y bueno, también los exquisitos pastelitos de la cocinera han tenido algo que ver», se dijo tratando de ser sincera consigo misma.

El murmullo de voces procedente del pasillo en el que se hallaban las habitaciones de la duquesa la distrajo de sus pensamientos. Aunque las palabras sonaban amortiguadas por la distancia y las paredes que las separaban, podía adivinar de qué se trataba. Sacudió la cabeza con pesar y siguió descendiendo. Cuanto antes bajase, antes podría tomarse el té y volver con las niñas.

Isabella no podía dormir. Se removía inquieta en la cama mientras pensaba que ya había pasado mucho tiempo y su mamá no había ido a darles las buenas noches. ¿Se habría olvidado de ellas? Ese temor le provocó cosas extrañas en el estómago y, como siempre hacía, quiso compartir sus sentimientos con su hermana.

—Katy —la llamó en un susurro mientras la sacudía levemente. La pequeña no se movió y volvió a llamarla—, Katy, despierta.

Notó el calor que desprendía el cuerpo de su hermana y se asustó. La sacudió con más vehemencia.

—Isa —se quejó su hermana con voz adormilada—, déjame, tengo sueño.

—Mamá no ha venido todavía, ¿crees que se ha olvidado de nosotras?

Katia percibió el temblor en la voz de su hermana y se frotó los ojos en un intento por despertarse. Le dolía mucho el cuerpo y tenía mucho calor. Ella no creía que su mamá las hubiese olvidado, pero ahora que ya se encontraba despierta, se dio cuenta de que la necesitaba. Quería que la abrazara y le dijera que se iba a poner bien.

—No creo que mamá se haya olvidado de venir, pero podemos ir a recordárselo.

A Isabella le brillaron los ojos cuando asintió con la cabeza. Se bajó con cuidado de la cama y se acercó a su hermana para darle la mano y bajar juntas en busca de su madre.

El frío suelo de mármol alivió el calor de los pies de Katia y se sintió mucho mejor mientras descendían las escaleras y recorrían en silencio el pasillo que conducía a las habitaciones de su madre. Sabía que a su padre no

le gustaba que saliesen de la zona infantil y que les gritaría si las encontraba en aquel pasillo, pero a su madre no le importaría. Sin embargo, ella preferiría no encontrarse con su padre. Le daba miedo cada vez que comenzaba a gritarle; el rostro se le desfiguraba de tal manera que luego le causaba pesadillas. Además, también tenía miedo de que pudiera pegarle, pero su hermana Isabella siempre se ponía delante de ella cubriéndola con su cuerpo mientras le fruncía el ceño a su padre. Un escalofrío hizo temblar su pequeño cuerpo, no supo si debido a los recuerdos o al frío del suelo que parecía morderle los pies descalzos, aunque ahora sentía más calor que antes.

Isabella se detuvo en mitad del pasillo y Katia casi chocó contra ella. Su hermana le apretó la mano y le hizo un gesto para que guardara silencio, luego le hizo avanzar despacio hasta situarse frente a la puerta de la habitación de la duquesa desde donde les llegaron las voces airadas de sus padres.

—Es la última vez, ¿me has oído? —espetó la duquesa con voz firme—, ¡la última vez!

Su marido soltó una carcajada cargada de desprecio, luego, con una mirada apreciativa, recorrió su figura de arriba abajo tomando nota de las curvas de su cuerpo reveladas a través del fino camisón de seda, de la rubia cabellera que caía en abundantes rizos hasta sus caderas, de su piel de alabastro y de su rostro ovalado, de sus ojos azules como un cielo de verano y de sus tentadores labios rosados. Aquella mujer era hermosa, pero no era suya. Hubo un tiempo en que lo había sido, cuando era una joven debutante fascinada con las atenciones que él le dedicaba, pero todo acabó cuando descubrió la falsedad de todos aquellos gestos. Por suerte para él, en ese momento ya estaban casados y él había obtenido lo que quería.

—¿Por qué? —la interrogó él dejándose arrastrar por la ira—. Esas mujeres me ofrecen lo que tú no quieres darme.

La duquesa alzó la barbilla con orgullo.

—No me importa cuántas ni quiénes son tus amantes, pero es la última vez

que entran a esta casa —declaró con vehemencia—; no lo harán mientras mis hijas vivan bajo este mismo techo.

El duque se movió rápidamente. Se cernió sobre ella, con el rostro transformado en una máscara de furia, y la agarró con fuerza del brazo.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer —le espetó furioso—, ¡nadie!, y menos aún una mujercuela como tú, incapaz de dar placer a su marido. Haré lo que me dé la gana, ¿me has comprendido, «esposa»? —le dijo remarcando la última palabra mientras apretaba con más fuerza la tierna carne de su brazo. Luego añadió con un susurro amenazante—, ya no estás en Rusia, no lo olvides; y será mejor que apartes de mi vista a esas mocosas o las haré desaparecer yo.

Se irguió en toda su estatura mientras clavaba en ella una mirada entremezclada de furia, odio y lujuria. Su cuerpo joven, musculoso y fuerte constituía de por sí una amenaza, y junto con las palabras que le había dicho habría bastado para que cualquier mujer se echase a temblar y estallase en llanto, pero su duquesa no. Si las miradas matasen, él ya habría muerto mil muertes, tanto era el odio que anidaba en aquellos ojos que le devolvían la mirada sin temor.

—Vete de aquí —susurró ella con furia contenida—. Sal de esta habitación ahora mismo. Y ni se te ocurra acercarte a mis hijas o...

El duque levantó una ceja con divertida arrogancia.

—¿O qué, querida? —replicó burlón.

El rostro de la duquesa palideció aún más mientras apretaba con fuerza los puños a los costados.

—Te mataré.

La respuesta concisa y pronunciada con una calmada frialdad hizo que en la mirada del duque, aunque por un instante fugaz, brillase de nuevo la admiración. Esa misma mirada que la había atraído desde el otro extremo del salón de baile en el que había tenido su presentación en sociedad. Una mirada que conquistaba y que ocultaba, bajo un velo gris plateado, la naturaleza

ambiciosa y cruel de ese hombre.

—No dudo de que lo intentarías —admitió él antes de darse media vuelta y dirigirse hacia la puerta. Se detuvo allí para decir unas últimas palabras—. Por cierto, querida, esta noche vendrán mis amigos a cenar; tal vez tus hijas puedan bajar al comedor para... darles las buenas noches.

El duque escuchó detrás de él el respingo sobresaltado de su esposa y esperó el estallido al tiempo que abría la puerta y soltaba una carcajada al escuchar sus insultos.

—¡Cerdo asqueroso! —le gritó, pero se detuvo al ver que la desagradable risa de su marido se había interrumpido y él se había detenido en la puerta de su dormitorio.

El estómago se le contrajo y se acercó presurosa justo en el momento en que él comenzaba a gritar.

—¡Fuera de mi vista, mocosas! —espetó lleno de rencor—. No sois más que un estorbo y una carga.

Isabella alzó la barbilla en un gesto idéntico al de su madre mientras permitía que su hermana se refugiase detrás de ella.

—A Katy no le gusta que le grites —le dijo.

Aquella reprensión hecha con tono infantil lo enfureció. Se acercó a las niñas para intimidarlas con su altura, pero la pequeña Isabella mantuvo sobre él una mirada limpia de temores y tan cargada de desprecio como la de su madre.

—Eres tan insolente como tu madre —le espetó alzando la mano para golpearla.

El grito de rabia de la duquesa le perforó los oídos al tiempo que sentía las garras afiladas de sus uñas clavársele en la espalda. Se giró con presteza y empujó a la mujer que cayó contra la pared golpeándose el hombro.

—¡Mamá!

El grito angustiado de las niñas le produjo cierta satisfacción; así aprenderían a quedarse calladas cuando debían. Un brillo maligno prendió en

su mirada mientras se daba la vuelta para alejarse del cuerpo tembloroso de la duquesa y del llanto entrecortado de las niñas, y esbozó una sonrisa cruel al encontrarse frente a él a la vieja niñera. Sujeta con fuerza a la barandilla de la escalera, lo miraba con los ojos como platos y la boca abierta. Cuando pasó a su lado, la mujer se santiguó. El gesto le provocó una carcajada cuyo eco lo siguió mientras descendía los escalones y se perdía en algún lugar de la mansión.

Betty soltó sus dedos artríticos de la barandilla y se apresuró a llegar hasta su ama. La duquesa, de rodillas, envolvía en un abrazo tranquilizador a sus dos hijas mientras les susurraba dulces palabras.

—*Milady* —dijo con voz quebrada.

Un gesto de su hermoso rostro la conminó a permanecer en silencio. Luego volvió la mirada hacia sus hijas y les dirigió una trémula sonrisa.

—Ahora volveréis con Betty a vuestra habitación y ella os acostará. Yo subiré enseguida a daros las buenas noches.

—No —gimió Katia temblando sin dejar de abrazarse al cuello de su madre—, ven con nosotras, por favor.

Betty sabía que su señora necesitaba un momento a solas para recomponerse.

—Haced caso a vuestra mamá —les dijo a las niñas.

La duquesa notó que el agarre de la pequeña Katia se hacía más firme mientras que a Isabella comenzaba a temblarle la barbilla, signo inequívoco de que se encontraba a punto de echarse a llorar.

—No importa, Betty, yo las llevaré.

Con Isabella aferrada a su mano y Katia en sus brazos, la duquesa recorrió el pasillo y subió las escaleras seguida por la niñera hasta llegar a la habitación infantil. Depositó a sus hijas en la cama, las arropó y les dio un beso en la frente. Katia continuaba temblando y eso le preocupó.

—Mamá, ¿nos cuentas una historia? —le pidió Isabella al tiempo que bostezaba—. La de por qué Katia y yo tenemos nombres de reinas.

Su madre asintió. Sabía que las pequeñas necesitaban una distracción para olvidar lo que habían visto y no tener pesadillas.

—De dos grandes reinas —les aseguró—, la gran Catalina de Rusia y la reina Isabel de Inglaterra.

Cuando terminó de contar la historia, sus hijas dormían plácidamente. Se fijó en sus pequeñas manos entrelazadas y sonrió. Las dos niñas eran inseparables. Luego, una sombra descendió sobre su rostro apagando su sonrisa y llenando de angustia su corazón. Su esposo era un hombre cruel, no podía seguir permitiendo que las niñas crecieran cerca de su padre. Se levantó despacio de la cama y Betty la siguió llevando consigo la única vela que alumbraba la habitación.

La duquesa pasó de largo las escaleras y abrió la puerta del salón de estar de la niñera. La mujer depositó la vela sobre una mesilla y cerró la puerta. Cuando se volvió a mirar a su señora, descubrió que las lágrimas se deslizaban silenciosas sobre su hermoso rostro.

—¡Ay, mi niña! —se lamentó la niñera acercándose a ella con los brazos abiertos.

La joven madre se precipitó en ellos y rompió a llorar.

—No puedo más, Betty —le confesó una vez que el llanto hubo remitido.

—Lo sé, mi niña —le aseguró con unas palmaditas cariñosas en la mano—, pero tiene que ser fuerte y aguantar, por el bien de las pequeñas.

La duquesa negó con la cabeza.

—Mañana nos iremos —declaró enjugándose una última lágrima furtiva—. ¿Nos acompañarás? No sabría arreglármelas sin ti.

La niñera abrió los ojos asombrada.

—¿Va a volver a Rusia?

—No, sería muy complicado explicárselo todo a mis padres —le expresó—, y además, ese sería el primer lugar en el que el duque me buscaría. No, nos iremos a América.

La mujer dio un respingo conteniendo el aliento.

—Pero eso está muy lejos —replicó con voz temblorosa.

—Sí, está lo suficientemente lejos —admitió la duquesa—, y es un país muy grande. No será fácil encontrarnos. ¿Vendrás? —le preguntó dirigiendo a la mujer una mirada suplicante.

La niñera se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Iré —respondió finalmente acompañando las palabras con una afirmación decidida de su cabeza—, pero me preocupa la pequeña Katia. Esta noche tenía fiebre. No sé si será capaz de aguantar un viaje tan largo en barco.

—Seguro que mañana se encontrará mejor —declaró la duquesa—. Le diré a Matthew que compre los pasajes. Tú prepáralo todo, abandonaremos esta casa en cuanto mi esposo se marche.

—¿Está segura, *milady*? —le preguntó Betty aunque era consciente del brillo decidido de su mirada.

—Lo estoy —le aseguró—. Nunca volveremos a Inglaterra.

Capítulo 2

Londres. Febrero, 1848.

La puerta se abrió despacio y la criada se deslizó silenciosa hacia el interior de la habitación.

La muchacha que se hallaba sentada frente al espejo del tocador se sobresaltó, pero al ver de quién se trataba dejó escapar un suspiro y se volvió hacia la joven criada con una mirada temerosa en su pálido rostro.

—¿Nadie te ha seguido? —le preguntó.

—No, *milady*.

—¿Estás segura? —insistió nerviosa.

La criada asintió con la cabeza haciendo que las cintas blancas de su cofia se sacudiesen.

—Sí, *milady*, esta vez nadie me ha seguido.

La muchacha volvió a suspirar. Luego dirigió sus ojos expectantes hacia la criada que permanecía de pie frente a ella.

—¿Pudiste enviar la carta?

La joven criada se alisó la falda de su sencillo vestido gris y esbozó una sonrisa radiante.

—Oh, sí, *milady*. Esta vez la carta llegará a su destino.

—Dios te oiga, Mary —repuso ella intentando devolverle la sonrisa a pesar de que le resultaba difícil.

No era la primera vez que había tratado de comunicarse con su hermana,

pero casi todos los criados de la casa trabajaban al servicio de su padre, y no podía dar un paso sin que este se enterase. Todas las cartas anteriores habían sido interceptadas y destruidas, y casi había llegado a perder la esperanza de poder ponerse en contacto con su hermana. Pero Mary era una joven avispada y sumamente leal a su señora. Había sido a ella a quien se le había ocurrido un modo de burlar la férrea vigilancia impuesta por el duque y, al parecer, había dado resultado.

El corazón empezó a latirle más rápido dentro del pecho y las dudas comenzaron a asaltarla de nuevo. ¿Recibiría su hermana la carta? Y si la recibía, ¿estaría dispuesta a ayudarla? A lo mejor se había olvidado de ella o simplemente no quería saber nada de su hermana gemela. Las dudas la atenazaron oprimiéndole la garganta y su cuerpo se estremeció con un escalofrío. No. Su hermana acudiría en su ayuda. Isabella siempre la había protegido y sabía que lo haría una vez más. Si recibía la carta...

—¿Necesita algo más, *milady*?

Katia negó con la cabeza.

—Gracias, Mary. Ahora solo podemos esperar.

La joven percibió la angustia y la preocupación en el bello rostro de su ama y se entristeció por ella. Sabía lo que esa espera significaba para la muchacha. El duque era un hombre muy desagradable a pesar de su atractiva apostura, y todas las criadas jóvenes procuraban mantenerse alejadas de él ya que tenía las manos demasiado largas para tomar todo aquello que deseaba sin preguntar y sin importarle los sentimientos de las personas. Contuvo un suspiro y se inclinó en una graciosa reverencia antes de abandonar la habitación.

Katia notó que tenía los dedos de las manos agarrotados. Bajó la mirada hacia su regazo, donde yacían sus manos entrelazadas, y se dio cuenta de que las apretaba con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Se forzó a sí misma a relajarlas dándose la vuelta de nuevo hacia el espejo y colocándolas sobre el tocador. El espejo le devolvió la imagen de una mujer

hermosa con el cabello rubio que le caía en ondas sobre los hombros, un rostro ovalado de facciones perfectas que parecía esculpido en alabastro, unas cejas finas y bien delineadas sobre unos ojos del color del cielo en verano. Una bella mujer... aterrada.

Estuvo tentada de cubrirse el rostro con las manos y dejarse llevar por el llanto, pero respiró profundamente para recobrar la compostura. No podía obviar tantos años de estricta disciplina y educación sobre lo que se esperaba de una dama inglesa. Y eso era ella, pensó con amargura, una perfecta dama inglesa. Nunca había desobedecido una orden de su padre y siempre se había comportado con la corrección que se esperaba de ella. A veces le hubiese gustado decir no, como hizo su madre.

La tristeza inundó su corazón al pensar en ella y en aquel fatídico día del que casi no recordaba nada. Todo lo que sabía se lo había contado Betty, su vieja niñera. Su madre había decidido abandonar al duque y llevarse con ella a sus dos hijas. Habían preparado el equipaje y ya tenían los pasajes para embarcar hacia América. Esperaron a que el duque abandonase la mansión para pedir un coche de alquiler que las llevase hasta el puerto. Según le contó Betty, ella se encontraba muy enferma, la fiebre le había subido tanto que comenzó a convulsionar. Era imposible que realizase un viaje tan largo en esas condiciones. Recordaba, como en un sueño, el medallón que su madre le había colgado del cuello mientras le decía que no se olvidaría de ella y que pronto se reunirían otra vez, y el llanto desconsolado de Isabella gritando su nombre mientras se aferraba con fuerza a su manita. Fue la última vez que las vio.

La duquesa le dejó dinero a Betty para que, en cuanto Katia estuviese mejor, cogiesen el siguiente barco rumbo a América. Sin embargo, no contaron con la furia del duque. Cuando se enteró del abandono de su mujer, culpó a la niñera, propinándole tal paliza que a punto estuvo de matarla. Después, las convirtió a las dos en prisioneras dentro de la mansión, de tal forma que no podían ir a ninguna parte sin vigilancia. Gracias a Dios, a través

de Matthew, el jefe de la caballeriza, pudieron seguir en contacto con su madre. Aún recordaba con claridad cuando recibió la noticia de su muerte. Tenía dieciséis años. El corazón se le hizo añicos, y junto a cada diminuto trozo murió una esperanza. Nunca más volvería a ver el rostro de su madre.

Un suspiro tembloroso escapó de sus labios mientras se perdía en los recuerdos. Cogió el cepillo con mango de nácar y comenzó a dar suaves pasadas por su cabello. Sabía que la doncella se lo peinaría en cuanto llegase para vestirla, pero aquellos movimientos la tranquilizaban.

Si su hermana regresaba a Inglaterra, estaba segura de que a Betty le alegraría mucho verla. Vivía en una pequeña casita a las afueras de Londres. Cuando Katia cumplió doce años, su padre despidió a la niñera y a ella la mandó a una escuela para señoritas. Fueron años felices en los que casi olvidó el miedo que le producía el duque. Casi.

Unos suaves golpes en la puerta la distrajeron de sus pensamientos. Seguramente se trataba de Cora, su doncella.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró la doncella con pasos firmes. Era una mujer de mediana edad y rostro severo, y una inquebrantable fidelidad al dinero.

Katia frunció el ceño al darse cuenta de que la mujer no había cerrado la puerta al entrar. Se volvió hacia ella con el ceño fruncido, dispuesta a reprenderla, cuando vio que en el umbral se hallaba el mayordomo luciendo en el rostro una maligna sonrisa. El estómago se le encogió de terror, pero mantuvo la compostura y alzó una ceja con la arrogancia propia de la aristocracia. Pudo ver el destello de odio en los ojos del hombre antes de que lo ocultase tras una máscara de indiferencia. Ella no se amedrentó. El mayordomo era un fiel esbirro de su padre y ella nunca podría ganarse su confianza, sin importar lo que hiciese o cómo lo tratase.

—¿Sí, John?

—Su Excelencia la espera en el salón —le espetó con una sonrisa desagradable.

Katia se estremeció mientras el criado se marchaba sin dedicarle siquiera una leve inclinación de cabeza. La doncella cerró la puerta y se dispuso a ayudarla para prepararse para la visita. Ella no se resistió ni se quejó cuando Cora le dio varios tirones fuertes de pelo mientras le hacía un sencillo moño y se lo sujetaba en lo alto de la cabeza. El estómago se le revolvió y sintió que la asaltaban las náuseas. Durante el último año, desde que se quedara viuda, el duque la había visitado con más frecuencia, pero eso no significaba que ella se hubiese acostumbrado a verlo. Tragó saliva y se obligó a sí misma a tranquilizarse.

Cora, silenciosa y fríamente eficiente, había terminado de vestirla casi sin que ella se hubiese percatado de que lo había hecho. Poco después se encontraba bajando despacio las escaleras hacia el salón de visitas. No importaba que tuviese ya veintitrés años, que se hubiese casado y enviudado, seguía sintiéndose como una niña de cinco años aterrorizada ante la perspectiva de encontrarse con el duque.

Se detuvo ante la puerta del salón. Tomó aire profundamente y entró en la habitación con paso lento y porte majestuoso. Cerró la puerta tras ella y se detuvo en el centro del salón. Su padre se hallaba junto a la chimenea, apagada a pesar de que todavía quedaban varias semanas para que pudiesen gozar de algo del calor que traía consigo la primavera. Tenía un brazo descansando sobre la repisa y en el otro sostenía una copa de coñac, algo que su cabeza registró como impropio según las normas que regían la alta sociedad. No sabía cómo su mente, a pesar del miedo que sentía, podía fijarse en esos detalles, pero las normas se habían convertido para ella en una seguridad, un punto firme que no cambiaba nunca aunque todo a su alrededor se desmoronase.

Había aprendido, años atrás, que su padre no quería que hablase a menos que él le dirigiese la palabra, así que permaneció en silenciosa espera. Su alta figura le provocó un repentino temblor en las manos y tuvo que sujetárselas con fuerza para que él no lo notase. Inclino la cabeza y se dedicó a

contemplar el hermoso diseño de la alfombra que tapizaba el suelo del salón. Sabía que hacía juego con el brocado de seda de los sillones. Conocía cada una de las piezas del mobiliario que decoraba esa habitación; ella misma la había adornado, antes de saber que su vida en aquella casa se iba a convertir en un infierno.

—Muchacha.

La voz grave la sobresaltó.

—Excelencia —se apresuró a responder ella al tiempo que hacía una reverencia.

Rezó para que sus piernas dejasen de temblar y pudiesen sostenerla durante el tiempo que durase la visita. Gracias a Dios el duque solía ser breve, porque nunca, ni una sola vez, la había invitado a sentarse cuando se encontraba en su presencia. En una ocasión, siendo niña, la había abofeteado cuando sus piernas cedieron al cansancio y acabó sentada en el suelo.

—Vas a volver a casarte.

Aquellas palabras no la cogieron por sorpresa. Hacía algún tiempo que Mary, su criada fiel, se había enterado de las intenciones de su padre, por eso precisamente le había pedido ayuda a su hermana; sin embargo, cuando salieron de la boca de su padre con tanta fuerza e irrevocabilidad, las sintió como si fueran una condena a muerte. Su rostro se volvió más blanco y el aire se le quedó atrapado en la garganta amenazando con asfixiarla. Un persistente zumbido se instaló en sus oídos y creyó que iba a desmayarse. Recurrió a las normas. «Una dama no se desmaya». La mitad de las normas le parecían absurdas, y la otra mitad opresivas, pero al menos la ayudaban a serenarse. Cuando se tranquilizó y el zumbido desapareció, pudo escuchar la voz de su padre que continuaba hablando.

—... a él no le importa que no seas virgen; solo le interesa el título que heredaría al casarse contigo, puesto que ese idiota de William no se ocupó de sus asuntos como debía —declaró con ira reprimida.

Un estremecimiento sacudió a Katia al recordar los momentos pasados

junto a su difunto marido. La noche de bodas había sido la experiencia más terrible de toda su vida; con solo diecinueve años, el dolor, la violencia y la humillación a la que había sido sometida todavía le horrorizaban. El resto de las noches, durante los tres años que había estado casada, había soportado las atenciones de su esposo con fingida valentía, deshaciéndose en silenciosas lágrimas cuando él se marchaba dejándola sola en su habitación.

—No quiero volver a casarme.

Las palabras escaparon de su boca antes de que tuviera tiempo siquiera de pensarlas.

—¿Cómo has dicho?

Volviéndose hacia ella, el rostro del duque se transformó en una máscara de furia. Inconscientemente Katia dio un paso hacia atrás, pero se aferró a sus palabras.

—Soy viuda —le dijo, lamentando en su interior el temblor que revelaba su voz. Luego, con más confianza de la que sentía, añadió—, ya no estoy bajo tu tutela.

Su padre clavó en ella una mirada ambarina. Seguía siendo un hombre apuesto a pesar de los estragos que los excesos y los vicios habían causado en él. La nariz, recta y bien formada, estaba surcada por una finísima red de rojizas venas; alrededor de sus ojos se extendían ramificaciones de pequeñas arrugas que se perdían en los párpados un poco abultados; los finos labios tenían un rictus permanente de insatisfacción. La mirada, sin embargo, no había perdido nada de su dureza primigenia.

—En eso tienes razón —replicó con voz suave.

Por alguna razón, aquella respuesta tranquila asustó a Katia mucho más de lo que podían haberlo hecho sus gritos. El tono sedoso le recordó al siseo de una serpiente que se preparaba para atacar.

—Sí, ya no soy tu tutor —prosiguió él—, pero sigo siendo tu padre. Ya sé que el señor Wilson es solo un comerciante y que tú eres condesa, pero él está dispuesto a pagar un precio alto por este matrimonio.

Katia pensó en el precio que ella misma tendría que pagar si aceptase.

—No me importa lo que esté dispuesto a ofrecer —insistió—, no pienso aceptar.

—Oh, pero me temo que no tienes elección, querida —repuso con una sonrisa burlona—. Te aseguro que Wilson será el menor de tus problemas si te niegas a obedecerme. Como duque y como tu padre, puedo declarar que la muerte de tu querido esposo te trastornó el juicio y que, a pesar de los cuidados que te hemos dispensado, te has convertido en un peligro para ti misma. ¿Crees que estarás mejor en Bedlam que como señora de tu propia casa?

Katia se horrorizó al oír mencionar el tristemente famoso manicomio. Sabía que las rentas de su padre habían disminuido a causa de su afición por el juego y que no se detendría ante nada con tal de conseguir más dinero. Su matrimonio con ese comerciante le proporcionaría lo que necesitaba. De nada le serviría a ella protestar y negar las execrables mentiras que su padre pretendía difundir. Vivían en un mundo de hombres, hecho para los hombres, en el que las mujeres no eran más que una propiedad.

—¡No harías eso! —le espetó incrédula apretando los puños contra la suave muselina de su vestido de tarde.

—¿Por qué no? —replicó con un encogimiento de hombros.

—Porque soy tu hija.

La dura réplica que siguió a sus palabras la golpeó profundamente dejándola sin aliento.

—La zorra de tu madre me traicionó y tú no eres más que un constante recordatorio de ella —le espetó. Un odio arcano brillaba en sus ojos; un deseo de venganza nunca consumada—. Tienes su mismo rostro, su misma figura, su misma voz; por suerte para mí careces de su espíritu. Nunca os quise, ni a tu hermana ni a ti; os odié desde el mismo momento de vuestro nacimiento, porque fuisteis el motivo que alejó a vuestra madre de mí. ¿Qué me importa lo que te pase?, de todas formas me desharé de ti.

Con los ojos abiertos de par en par, Katia se limitaba a negar con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna. La absoluta frialdad y el rechazo de su padre habían provocado un profundo caos en su interior. Sentía que su madre la había traicionado al dejarla en manos de un hombre como ese. Siempre había sentido un vacío dentro de sí, ahora la amargura se apresuraba a rellenar ese espacio.

—Piénsalo bien —le dijo pasando a su lado—, puedes elegir entre seguir siendo condesa o pudrirte en la celda de un manicomio. Te recomiendo la primera opción. De todas formas, para que veas que soy considerado —añadió con tono burlón—, te doy una semana para que elijas tu destino, después mandaré a Wilson para que empiece con el cortejo.

La puerta se cerró con suavidad tras de ella, pero no la escuchó. En medio del salón de visitas Katia temblaba como una hoja en otoño. Cayendo de rodillas se abrazó el cuerpo mientras se doblaba en dos y las lágrimas calientes descendían por su rostro. ¡Una semana! Solo contaba con una semana antes de que aquella pesadilla se volviese realidad. Su hermana no llegaría a tiempo, si es que decidía venir. Se encontraba sola, como siempre lo había estado.

No supo cuánto tiempo transcurrió en aquella postura, pero cuando alzó la vista, apenas una tenue claridad se filtraba por los grandes ventanales de la sala. Se levantó con torpeza, tambaleándose un poco, con el cuerpo agarrotado. Un silencio inusual envolvía la casa mientras ella subía las escaleras hasta su dormitorio. Entró en la estancia, que se hallaba en penumbras. Ni siquiera se sobresaltó cuando una figura surgió de entre las sombras del rincón. Cora la desvistió sin dirigirle siquiera una palabra, y ella se dejó hacer como si fuera una muñeca de trapo en manos de una niña. Se introdujo entre las sábanas del enorme lecho sin importarle que estuviesen frías, y cerró los ojos.

Su padre le había dado solo dos opciones, pero ella sabía que había una tercera. «Por suerte para mí careces de su espíritu», le había dicho él. Tal vez,

solo tal vez, quitándose la vida le demostraría que no era así, que al igual que su madre ella también podía elegir no someterse.

Escuchó la suave llamada a la puerta, pero no tuvo fuerzas para responder. Luego oyó el clic que hizo la puerta al abrirse y la cabeza de Mary asomó por la abertura. Al ver a su señora despierta, avanzó hasta llegar junto al lecho depositando sobre la mesilla una bandeja con algo de comida y una taza de humeante té.

—*Milady* —le dijo con tono de preocupación—, tiene que comer algo o enfermará. Déjeme que la ayude a sentarse.

Una vez más Katia se dejó hacer, como si su cuerpo fuese tan solo un objeto inanimado y su mente estuviese a kilómetros de distancia. ¿Por qué no podía haber sido Isabella la que enfermase aquella noche? Así ella podría haberse ido al día siguiente con su madre a América y nada de lo que había vivido en aquellos horribles años hubiera sucedido. En el mismo momento en que pensó esto se arrepintió. No era tan egoísta como para desearle eso a su propia hermana. Notó la humedad en su rostro y supo que estaba llorando. Le resultó curioso, no pensaba que le quedasen ya lágrimas.

—¿Qué sucede, *milady*? —preguntó la criada sobresaltada por las lágrimas de su señora.

Katia fijó sus ojos en el rostro de Mary. Era una muchacha bonita. Tenía unos grandes ojos verdes, la nariz fina cubierta de pecas y la boca curvada como si estuviese siempre a punto de sonreír. Sabía que tenía el pelo rojizo, pues unos cuantos mechones rebeldes asomaban por debajo de la blanca cofia. Katia también sabía que era muy joven, pero en ese momento no le importó, necesitaba hablar con alguien. Primero su padre, y luego su marido, se habían encargado de que no tuviese amistades; la única persona con la que podía contar era con Betty, pero se hallaba lejos.

—El duque quiere volver a casarme —respondió con voz inexpresiva.

—¡Dulce Jesús! —repuso la muchacha santiguándose como si hubiese mencionado al diablo—. Pero, no puede hacer eso, ¿no?

Ingenua, ella había sido tan ingenua como lo era Mary ahora al pensar que su padre no podía obligarla a hacer lo que quisiera.

—Si no me caso me encerrará en Bedlam.

El rostro de la criada palideció. Los asilos para pobres eran lugares horribles, ella había logrado escapar de uno, pero sabía que estos eran un paraíso en comparación con aquel lugar maldito.

Los ojos de Mary se llenaron de lágrimas de compasión por su señora. En un gesto impulsivo, extendió la mano y le acarició con ternura el cabello.

Katia pensó que ese gesto contravenía todas las normas sociales que existían, pero no le importó. Se trataba del primer gesto de cariño que había recibido en mucho, mucho tiempo, y se dio cuenta de que anhelaba más, bastante más de lo que nunca recibiría. Un sollozo profundo escapó de su garganta y se arrojó en los delgados brazos de Mary que la abrazaron con fuerza mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

Cuando se tranquilizó y recobró la compostura, la joven le ofreció la taza de té. Aunque estaba tibia la reconfortó. Entonces le contó la conversación con el duque, las opciones que tenía y lo que ella había pensado. Mary abrió los ojos horrorizada.

—No puede hacer eso, *milady* —declaró en un chillido—, ¡se condenaría para siempre en el infierno!

Katia estuvo a punto de soltar una amarga carcajada, pero se contuvo a tiempo. Si se reía, tal vez Mary sí creyese que necesitaban encerrarla en Bedlam. Prefería permanecer en el infierno muerta que pasar por él en vida.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —preguntó con voz temblorosa.

Mary percibió en los ojos de su señora una muda súplica y supo que tenía que alejar de su mente aquella tentación.

—Por lo pronto, esperar —le dijo. Al ver que la condesa iba a protestar, se apresuró a añadir—. Puede que el señor Wilson sea diferente de su anterior esposo y la trate bien; tal vez sea un hombre agradable y de maneras suaves, y aunque no fuese así, necesita darle tiempo a su hermana para llegar a

Londres. Ella le ayudará a salir de sus problemas.

Katia también quería creer eso, pero las dudas la asaltaban. ¿Y si su hermana tardaba demasiado? ¿Y si cuando llegaba su padre la había casado ya? ¿Y si decidía no venir? Por ese lado veía ante sí un extenso abanico de incertidumbres, cuando lo único que tenía que hacer era tomar el camino fácil. «Por suerte para mí careces de su espíritu». Tal vez su padre tenía razón. Se había convertido en una mujer débil y miedosa; la asustaban las voces fuertes, los hombres altos y de brazos fuertes, los lugares muy concurridos, las relaciones íntimas... Era una larga lista.

Escuchó a Mary deslizarse silenciosa sobre la alfombra para atravesar la habitación y cerrar la puerta. Ella se sumió en un sueño ligero mientras su pensamiento volaba hacia su hermana. ¿Cómo sería Isabella? Sabía que físicamente se veían iguales, puesto que eran gemelas, pero ¿cómo sería su carácter? ¿Se habría vuelto tan temerosa como ella? Por las pocas cartas que de ella había recibido pensaba que no. Esperaba que así fuese, su hermana se había convertido en su única esperanza.

—Isabella, no tardes en venir —suplicó en un susurro—, por favor.

Capítulo 3

Carolina del Norte. Marzo, 1848

Era un caballo magnífico.

Isabella contemplaba desde la valla cómo el mustang se movía nervioso en el interior del amplio cercado. Se lo habían traído apenas la tarde anterior y aún no se había acostumbrado al entorno. Lo había conseguido gracias a la muchacha india que trabajaba en la cocina del rancho y, aunque había pagado un buen precio por él, estaba contenta. Tenía las caballerizas completas, con estupendos ejemplares, y las ventas de estos le proporcionaban sustanciosos beneficios.

La idea se le había ocurrido a su madre. Cuando llegaron a América solo contaban con el dinero suficiente para mantenerse durante unos cuantos meses. Habiéndose criado en Rusia, rodeada de jinetes cosacos, la duquesa era una experta amazona y conocía los entresijos de la cría de caballos. Habían comprado un pequeño rancho y trabajado duro hasta convertir sus animales en los más codiciados de aquella parte del continente.

Contempló orgullosa la belleza salvaje de aquel caballo de las praderas. Su lomo blanco con grandes manchas que asemejaban al chocolate brillaba bajo los rayos del sol mientras sacudía las crines al viento. A su madre le hubiese gustado, pero ella ya no se encontraba allí para ver lo que Isabella había logrado. Unas fiebres se la habían llevado cuando aún era una mujer joven; se había ido sin haber conseguido su sueño, reunir el dinero suficiente para

volver a ver su amada Rusia. Apretó los dientes y maldijo una vez más al hombre que había sido su padre y que tanto dolor les había causado. El sonido del crujir del papel le hizo caer en la cuenta de que estaba apretando los puños. Alisó la carta y leyó de nuevo las palabras de su hermana.

Katia la necesitaba. Lo había sentido en su interior mucho antes de recibir aquella breve misiva. Ayudarla significaba dejar atrás lo que tanto esfuerzo y dolor les había costado a su madre y a ella, el rancho, la gente que dependía de Isabella para vivir, sus preciados caballos... Cerró los ojos para combatir las dudas que como olas gigantes se alzaban sobre la frágil embarcación de su conciencia golpeándola sin piedad. Había tomado ya una decisión y no se echaría para atrás.

El sonido de unas cuidadosas pisadas sobre la gravilla la distrajo de sus pensamientos. No necesitaba volverse para saber quién se acercaba. Había escuchado esos pasos miles de veces y los reconocería en cualquier parte. Sonrió al recordar cómo Rayo de Luna, la muchacha india, le había enseñado a escuchar las pisadas y reconocerlas; había aprendido de ella también muchas otras cosas: a manejar un cuchillo con suficiente destreza, a defenderse, a seguir huellas o a hablar con los caballos para ganarse su confianza.

Los pasos se detuvieron detrás de ella y los hombros de Isabella se tensaron. Percibió el ligero movimiento del aire cuando él levantó los brazos para agarrarla.

—Será mejor que no lo hagas, Mac —le advirtió ella.

Robert MacDougall soltó un bufido.

—¿Cómo sabías que era yo? Casi no he hecho ruido —dijo colocándose a su lado.

Isabella se volvió a mirarlo con una ceja rubia levemente arqueada.

—¿Casi? Tenía la sensación de que se acercaba un búfalo —se burló ella mientras sus ojos subían y bajaban por los casi dos metros de su musculoso cuerpo.

Mac gruñó, aunque Isabella sabía que no estaba enfadado. A pesar de que reconocía que tenía un carácter fuerte, era el hombre con más paciencia que había conocido. Solo en una ocasión lo había visto verdaderamente enfadado, y era algo que no quería volver a ver.

—Soy un guerrero —repuso él remarcando su acento escocés—; los guerreros no nos escondemos, no necesitamos ser silenciosos.

—Tú no podrías serlo aunque lo intentases, Mac —replicó ella con una sonrisa.

Con un movimiento rápido, él la atrapó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Ella apoyó las manos sobre su pecho, en parte para detenerlo, en parte para sostenerse.

—Por eso me gustas tanto —aseguró él devolviéndole la sonrisa—, porque no te importa cómo soy. Di que te casarás conmigo.

Isabella meneó la cabeza más resignada que enfadada. Conocía a Mac desde hacía trece años y lo consideraba casi como un hermano. Había llegado desde Escocia cuando tenía diecinueve años y su madre le había dado trabajo. Enseguida había demostrado su valía. Era un joven responsable y se podía confiar en él. Isabella, con solo diez años, lo seguía a todas partes, cosa que a él pareció no molestarle; al contrario, cuidaba de ella como lo haría un hermano mayor. En el último año él le había pedido matrimonio en varias ocasiones, y ella siempre había respondido que no. Aunque sabía que las propuestas las había dicho en serio, tenía la sensación de que Mac lo hacía más por el deseo que tenía de formar una familia que porque estuviese verdaderamente enamorado de ella.

Isabella dejó escapar un suspiro resignado.

—Mac...

—Sí, ya sé —la interrumpió él—, me has dicho que no, y cuando dices no, es no. Lo siento por ti, preciosa, no sabes lo que te pierdes —añadió alzando las cejas cómicamente—, pero al menos sí puedo robarte un beso.

Ella pudo ver sus preciosos ojos verdes justo antes de que bajase la cabeza

y pusiese los cálidos labios sobre los suyos. No era la primera vez que la besaba, y sus besos le habían parecido siempre agradables, pero solo eso.

Cuando Mac se separó, ella vio la ternura y el cariño que rebosaba su mirada. Era una pena que no estuviese enamorada de él. Era cierto que había decidido no casarse, pero si tuviera que hacerlo, le gustaría que fuese con Mac. Era un hombre atractivo. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás formando ondas, solo un mechón rebelde insistía en colgar sobre su frente; el rostro anguloso de tez bronceada; la nariz recta y los labios carnosos; pero su rasgo más notable, aparte de su altura, eran sus ojos verdes que asemejaban a una hermosa pradera. Él decía que se había traído en ellos un pedacito de su Escocia natal. Sí, era una lástima que no pudiese enamorarse de él. Mac nunca sería como su padre.

—Muchacha —la llamó él sacándola de su ensoñación—, ¿estás pensando en mi beso?

Isabella le dedicó una sonrisa encantadora.

—La verdad, Mac, estaba pensando en mi nuevo caballo —repuso liberándose de sus brazos.

Él soltó una sonora carcajada.

—Muchacha, vas a ser mi muerte. Contigo se acaba mi masculinidad —declaró teatralmente.

Ella arqueó una ceja y lo barrió con la mirada apreciativamente.

—Yo diría que no —le aseguró—. De todas formas, sé que hay muchas mujeres que la aprecian y la valoran como se merece —repuso dándole unas palmaditas tranquilizadoras en el pecho.

Mac sonrió y hasta se sonrojó levemente. Decidió que era el momento de cambiar de tema, vio el papel que ella sujetaba en la mano y se apresuró a preguntar.

—¿Te ha escrito tu vieja niñera?

Isabella negó con la cabeza.

—La carta es de mi hermana —respondió.

Por el tono que usó, él supo que se trataba de algo serio. Conocía la historia de Isabella. Tal vez porque él era escocés y podía comprender el mundo de la aristocracia inglesa, o tal vez porque se encontraba sola en aquel vasto continente, la duquesa había confiado en él lo suficiente como para contarle gran parte de las circunstancias que la habían llevado a América trayendo con ella a Isabella y dejando, a su pesar, a su otra hija. Luego, como si hubiera presentido algo, había añadido «prométeme que si algo me ocurre te quedarás con Isabella y cuidarás de ella». Y él se lo había prometido. De todas formas, él había jurado no volver a pisar Inglaterra ni Escocia nunca más; América era ahora su hogar.

—¿Son malas noticias? —Quiso saber.

—Me ha pedido ayuda —le explicó—; quiere que vaya a Inglaterra.

—No puedes ir a Inglaterra —replicó Mac inmediatamente—, tu madre no te lo hubiera permitido.

Isabella negó con la cabeza.

—Mi madre hubiese hecho cualquier cosa por mi hermana; siempre se sintió culpable por haberla dejado allí con mi padre. Ahora no puedo ser yo la que la abandone otra vez.

—Ha pasado dieciocho años ella sola y se las ha arreglado bastante bien —repuso él con sequedad—, seguro que ahora también puede hacerlo.

Mac sabía que se estaba comportando de forma irracional, pero no le importaba. No quería que ella se fuese a Inglaterra, ¿qué pasaría si decidía no volver? Isabella había trabajado duro para sacar adelante el rancho mientras que su hermana seguramente había sido criada como la caprichosa hija de un duque, con todas las comodidades a su alcance, sin ningún problema más que aguantar el carácter desagradable de su padre.

—Tú no puedes entenderlo —replicó ella—, es mi hermana.

—Claro que puedo entenderte —le aseguró él levantando un poco la voz—; yo también tengo hermanos y puedo garantizarte que piensan que están mejor sin mí.

El tono amargo de sus palabras conmovió a Isabella. A pesar de lo mucho que conocía a Mac, había una parte que guardaba para sí mismo. Nunca hablaba de su familia y ella no sabía por qué había abandonado su país con solo diecinueve años y dispuesto a no volver.

—Mac —repuso suavemente—, Katia es mi hermana gemela.

—¿Gemela? —inquirió asombrado.

—Pensé que lo sabías.

Él negó con la cabeza.

—Tu madre no me dijo nada. ¿Y por qué no te ha escrito nunca antes?

Isabella se encogió de hombros.

—Betty me decía en sus cartas que mi padre la tenía muy vigilada; luego, cuando se casó, era su esposo el que lo hacía además de los criados.

—Podía haber buscado un modo de comunicarse contigo, como lo ha hecho ahora —replicó él convencido.

—Algo muy grave ha debido de ocurrir para que ella misma me haya escrito, Mac —la defendió ella—. No es una carta larga, solo unas breves líneas.

—¿Y si es tu padre el que le ha pedido que te escriba para obligarte a volver? —contraatacó él.

—Katia nunca lo haría, tú no la conoces —replicó ella con fiereza.

Mac se pasó una mano por el cabello despeinándose. No podía evitar pensar lo peor. Conocía a Isabella y sabía que se estaba enfadando, pero no le importaba. No quería que sufriera, y si su hermana la estaba engañando...

—Tú tampoco la conoces, Isabella —repuso con tono más calmado—. Os separasteis cuando teníais cinco años. Tú has cambiado, seguramente ella también lo ha hecho.

Sus ojos azules parecían despedir chispas cuando se clavaron en él.

—Ella es mi hermana y no pienso abandonarla —declaró con firmeza—. Ya he decidido ir a Inglaterra y no serás tú, Robert MacDougall, quien me lo impida.

Isabella dio media vuelta y se alejó en dirección a la casa grande hecha una furia. Mac maldijo para sus adentros. Podía haber intentado ser más suave, convencerla con buenos argumentos, pero esa no era su forma de ser. Si de algo podía jactarse él era de ser sincero. Sacudió la cabeza con pesar mientras observaba a Isabella alejarse. No pudo por menos de admirar la gracia con que se movía, el elegante vaivén de sus caderas, su atractiva figura que la blusa blanca ajustada y la falda azul sujeta con un cinturón revelaba aún más.

Maldijo una vez más cuando ella entró en la casa y la puerta se cerró con un sonoro portazo. Se giró hacia el corral y contempló al magnífico animal que corcoveaba y pateaba la tierra sintiéndose atrapado. Así se sentía también él en ese momento. ¿Cómo demonios iba a salir del problema? Había prometido a la duquesa que cuidaría de su hija, pero también había jurado que no volvería a pisar Escocia o Inglaterra, ¿qué debía hacer entonces? Respiró hondo intentando calmarse. Aún tenía obligaciones que atender, ya pensaría en todo aquello más tarde.

Se dirigió hacia el establo en busca del capataz. Lo encontró cerca de la oficina, dando órdenes a los nuevos peones. Mac esperó a que terminase de hablar y le hizo señas para que lo siguiera al interior de la oficina. Mike entró detrás de él y se quedó junto a la puerta, dando vueltas al sombrero en la mano y balanceándose sobre sus pies. Era un hombre de mediana edad con una amplia experiencia en lo que a ranchos se refería, pues había comenzado a trabajar en ellos desde niño. Tenía el pelo canoso y un bigote que le daba aspecto de forajido. Sus ojos del color del café parecían siempre verlo todo, aunque en aquel momento se mostraban esquivos.

—¿Cómo va todo, Mike? —le preguntó.

—Bien.

Mac casi sonrió ante la escueta respuesta. Mike no era un hombre de muchas palabras, excepto con los peones del rancho; cuando se trataba de ellos, su lengua se volvía locuaz y creativa en cuanto a maldiciones y amenazas se refería, si bien todos los hombres que lo conocían sabían que se

trataba solo de palabrería, aunque todos se apresuraban a obedecerle porque no querían defraudarlo.

—¿Qué es lo que pasa? —insistió Mac intuyendo que algo le pasaba al hombre.

Mike detuvo su balanceo y lo miró fijamente.

—Me han dicho que la señorita se marcha a Inglaterra, ¿es verdad?

Mac volvió a maldecir para sus adentros. Parecía que ese día iba a batir el record de maldiciones si seguían así las cosas.

—¿Quién te lo ha dicho? —Quiso saber.

El hombre sacudió la cabeza.

—Eso no importa, jefe, pero ya sabe que las noticias en el rancho vuelan, y los hombres se preocuparán. Querrán saber si se va a vender el rancho o si usted se quedará con él —explicó. Al ver el ceño fruncido de Mac, se apresuró a añadir—, no se lo tome en cuenta jefe, pero, ya sabe, muchos tienen familia y muchas bocas que alimentar.

Mac sabía que los trabajadores del rancho conocían sus intentos de conquistar a Isabella y casarse con ella, incluso le habían gastado bromas al respecto. Era lógico que pensasen que la acompañaría a Inglaterra o que pasaría de ser el administrador del rancho a ser el dueño.

—Lo comprendo, Mike —lo tranquilizó él—, pero nadie ha dicho que la señorita tenga pensado quedarse allí. Este rancho significa mucho para ella, y usted lo sabe.

—Sí, jefe, pero uno nunca sabe lo que pueden hacer esos malditos ingleses, con perdón, ¿y si logran convencerla de que se quede?

¿No había pensado él lo mismo unos momentos antes?

—No lo hará, Mike —repuso con más convencimiento del que sentía—, pero si lo hiciera, sabes bien que ella pensaría antes en vosotros y no haría nada que pudiera perjudicaros.

El capataz asintió con la cabeza dispuesto a creerle. Adoraba a Isabella, a quien consideraba casi como a una hija pues la había visto crecer, y admiraba

su talento con los caballos y su conocimiento sobre la cría de estos.

—Muy bien, señor, se lo diré a los muchachos —le dijo.

—Gracias, Mike. Asegúrate de que el mustang esté bien atendido.

El hombre esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, señor; es un magnífico animal.

Mac le devolvió la sonrisa.

—Sí que lo es.

El capataz se retiró después de recibir algunas órdenes más y finalmente Mac se quedó solo. Dejándose caer sobre la negra silla de cuero, cerró los ojos. Si Isabella hubiese accedido a casarse con él, ahora tendría una excusa para acompañarla, pero hacerlo siendo él un joven soltero no sería bien visto en Inglaterra. No es que a él le importasen las estrictas normas que imponía la alta sociedad inglesa, la verdad es que siempre le habían traído sin cuidado; pero sabía que Isabella no permitiría que se inmiscuyese en sus problemas, y él no tenía derecho a imponerse.

«¿Por qué demonios no me ha aceptado?», pensó. No es que él fuera un mal partido, ¿no? Dejó escapar un suspiro cansado. Le gustaba Isabella, mucho, pero sabía que no estaba enamorado de ella. De todas formas, él no confiaba demasiado en el amor; el ejemplo de sus padres y el de la propia duquesa era testimonio suficiente para saber que no debía esperar gran cosa de ese sentimiento tan esquivo como pasajero. Mac no se consideraba un romántico, y nunca lo sería, pero quería formar una familia, deseaba tener hijos propios a los que criar y educar. ¿Con quién mejor que con Isabella? Por supuesto que había habido otras mujeres en su vida, algunas tan hermosas como la propia Isabella, pero o bien solo querían un poco de diversión en sus rutinarias vidas o bien buscaban ascender en la escala social para tener una vida más cómoda mediante un bonito anillo en el dedo. Él deseaba algo distinto, no solo una compañera de cama, sino una compañera de vida. Su boca se levantó en una media sonrisa. A lo mejor, después de todo, sí que era un poco romántico.

Abandonó estos pensamientos y se inclinó sobre su mesa de trabajo. Los

papeles se extendían sobre ella en un completo desorden: facturas, contratos, correspondencia... Con un suspiro de resignación, se dispuso a ordenarlos. Echó un vistazo a los contratos de venta de los últimos potros; habían obtenido bastante dinero por ellos. Isabella podía marcharse tranquila a Inglaterra y vivir según el nivel que le correspondía, como hija de un duque. Sonrió al imaginarla envuelta en seda; se vería preciosa, sin duda, pero tan fuera de lugar como el mustang en el corral. Sacudió la cabeza y cogió la correspondencia atrasada.

Algunas de las cartas traían más facturas, otras pertenecían a posibles compradores que deseaban un potro nuevo. Mac le dedicó tiempo a una carta particularmente interesante. El dueño de un rancho estaba interesado en cruzar una de sus yeguas con uno de los sementales de Isabella. El hombre quería conseguir buenos potros de carreras. Su yegua era rápida, pero al animal le faltaba fuerza y resistencia, justo lo que tenían los caballos de Isabella. A Mac no le pareció una mala idea; tendría que hablarlo con ella.

Dejó la carta a un lado y cogió otro sobre del montón. Su mirada se quedó enredada en la elegante caligrafía que dibujaba su nombre. El estómago se le encogió de aprensión. Con renuencia, giró el sobre para ver la dirección del remitente y soltó una colorida maldición. Tuvo la tentación de romper la carta en mil pedazos y quemar luego cada pedacito, como había hecho con las otras que habían llegado desde ese mismo destino, pero algo en su interior se lo impidió. No sabía bien por qué, tal vez porque en esta ocasión la escritura era distinta o tal vez por el modo en que venía dirigida a él, pero sabía que aquella carta era diferente. Sacó de su funda el largo cuchillo que solía llevar en el cinturón, y rasgó el sobre.

Apenas leyó las primeras líneas de la hoja, su rostro se endureció. Apretó con fuerza la mandíbula para contener su ira. Cuando terminó de leer se convenció de que el destino le había jugado una mala pasada. Había huido de su pasado, abandonando sus sueños y sus posibilidades de futuro, y ahora su pasado lo había alcanzado y le ofrecía un futuro tentador. Sin embargo, sus

sueños habían cambiado. El muchacho asustado y herido que había atravesado el mar en busca de una nueva vida en el continente había desaparecido; en su lugar había un hombre que tomaba sus propias decisiones y que sabía lo que quería.

A sus treinta y dos años no era fácil de sorprender, y, sin embargo, la ira que había experimentado al leer la carta lo había tomado por sorpresa. ¿Acaso ellos tenían todavía el poder de hacerle daño? No les daría esa satisfacción. Arrugó la carta en un puño y la arrojó a un lado. Respiró hondo para tranquilizarse y continuó revisando la correspondencia y poniendo las cosas en orden mientras el tiempo se consumía.

Isabella contempló su equipaje perfectamente colocado en un rincón de la habitación. Hizo una mueca al darse cuenta de que no llevaba gran cosa. Cuando ella era niña, su madre siempre le contaba historias sobre las damas de Inglaterra, y nunca había omitido hablar de los elegantes vestidos, los sombreros, los guantes y otros complementos que usaban; de los bailes y las grandes fiestas a las que asistían; de las cabalgatas por Hyde Park o de los paseos en coche. Ya en su habitación, ella recreaba todo eso imaginando que un apuesto caballero la sacaba a bailar o le ofrecía el brazo para un paseo. Cuando cumplió catorce años, se había probado, a escondidas, uno de los elegantes vestidos que su madre había traído cuando vino de Inglaterra, y se había sentido como una princesa. A los dieciséis años, cuando murió su madre, ese mundo de sueños se rompió en pedazos y solo le quedó el mundo real, en el que, poco a poco, se convirtió en una mujer práctica, dotada para la organización y poco dada a las sutilezas y finura que exigían las normas sociales. Era capaz de regatear para conseguir un mejor precio en la venta de un potro, pero no sería capaz de agitar lánguidamente un abanico o de esperar pacientemente a que le sirvieran el té.

Dejó escapar un resoplido de frustración. No se permitiría pensar en esas

cosas. No iba a ir a Inglaterra para lucirse, iba a ayudar a su hermana, y Katia la aceptaría tal y como era. Una duda insidiosa se coló en este pensamiento al recordar las palabras de Mac. Si ella había cambiado, Katia seguramente también lo había hecho. ¿Se habría vuelto tan estirada como esos retratos que su madre le hacía de las viejas damas de la sociedad londinense? ¿Se avergonzaría de los modales y el aspecto de su hermana americana? Porque Isabella hacía tiempo que había dejado de sentirse inglesa y de comportarse como tal.

Maldijo a Mac por haber provocado todo ese caos de sentimientos y dudas en su interior. Si él se hubiese limitado a apoyarla, o si tan solo se hubiese quedado callado, pero no, él tenía que inmiscuirse siempre en su vida y en sus decisiones, y aunque la mayoría de las veces se lo agradecía, en esta ocasión no. Podía ocultarlo ante los demás, pero no tenía más remedio que reconocerlo ante sí misma, tenía miedo de hacer aquel viaje, de volver a encontrarse con su hermana.

La puerta de su dormitorio se abrió de golpe y ella se giró sobresaltada. Había estado tan concentrada en sus pensamientos que no había escuchado los pasos en la escalera, aunque su instinto no le había fallado del todo, en la mano derecha empuñaba el cuchillo de caza que Rayo de Luna le había regalado.

—Baja eso —le espetó Mac en tono enfadado—, creo que nunca te he dado motivos para usarlo conmigo.

Isabella percibió la ira que bullía en el interior de su amigo y, por una vez, no hizo comentario irónico alguno, sino que guardó el cuchillo tal como él le había pedido.

—Mac, estás en mi dormitorio y has entrado sin llamar, ¿qué es eso tan urgente que necesitas? —le preguntó.

Él parpadeó, como si hasta ese momento no hubiese sido consciente de lo que había hecho, pero no se disculpó, aunque eso no la sorprendió. Sí la sorprendieron, en cambio, las siguientes palabras que pronunció:

—¡Me voy contigo a Inglaterra!

Capítulo 4

Londres. Abril, 1848.

Discutir con Mac no había servido de nada, ni tampoco enfadarse con él, aunque ahora que descendía por la pasarela del barco agradecía su presencia reconfortante. El puerto de Londres le pareció inmenso y un poco imponente. Una mezcla de olores difusos la asaltó y compuso una mueca de desagrado.

Por fin pisaba suelo inglés, la tierra en que su madre tanto había sufrido. Un escalofrío le recorrió la espalda, como un mal presentimiento. Enderezó los hombros y alzó la barbilla con un brillo decidido en sus ojos mientras observaba todas las cosas a su alrededor con interés. Notó la cálida mano de Mac posarse en la base de su espalda para animarla a caminar. Ella avanzó sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Al cabo de unos pasos se detuvieron. Diciéndole que iba a ocuparse del equipaje, Mac se alejó y la dejó sola. A Isabella la pusieron nerviosa las continuas miradas que le dirigían algunos hombres; le daba la sensación de que la veían como si fuera el postre de su comida. Había visto miradas apreciativas y de deseo en otros hombres, pero eran americanos y sabía a qué atenerse con ellos, mientras que el modo de ser de los ingleses le resultaba desconocido y, por lo tanto, más amenazador.

Por suerte Mac no tardó en volver y, tomándola del brazo, la condujo hasta un coche de alquiler. Hicieron el viaje en silencio; ella contemplaba por primera vez Londres a través de la ventanilla del carruaje mientras que Mac

estaba más tenso que la cuerda de un violín. Por lo visto él tenía tantas ganas como ella de estar allí.

Isabella comenzó a disfrutar más cuando abandonaron la zona portuaria y los barrios bajos de la ciudad, y el coche se internó por las calles donde vivían las clases altas. Las elegantes mansiones de blancas fachadas rodeadas de jardines le parecieron imponentes. Se preguntó si en alguna de esas casas viviría su hermana. ¿Se encontraría bien? En la carta no le había especificado qué tipo de ayuda necesitaba y había transcurrido ya casi un mes desde que recibiese la misiva. ¿Creería su hermana que la había abandonado? ¿Habría llegado demasiado tarde?

El carruaje se detuvo. Mac la ayudó a descender de él y la condujo hasta la entrada del edificio mientras encargaba a unos sirvientes que se ocupasen del equipaje. Durante el trayecto en barco habían decidido que se alojarían en un hotel hasta que Mac pudiese encontrar una casa adecuada para ella y contratase algunos criados. La decisión había propiciado una discusión cuando Mac le había dicho que él viviría en otro lugar. Isabella no comprendía por qué tenía que ser así, puesto que en Carolina vivían ambos en la casa grande del rancho y nadie había dicho nada al respecto. Mac había intentado explicarle que las normas sociales eran muy rígidas en Inglaterra y que no solo sería mal visto que ellos dos viviesen juntos sin estar casados, sino que, además, si la gente se enteraba, a ella podían condenarla al ostracismo. Isabella había dicho que no le importaba, puesto que no tenía pensado quedarse mucho tiempo en Inglaterra. La discusión había terminado cuando él le había hecho ver los problemas que le causaría a su hermana.

El hotel Brown era un elegante edificio de fachada blanca situado en el barrio de Mayfair. Tenía un amplio vestíbulo alfombrado al fondo del cual se situaba un mostrador. Isabella se hizo a un lado mientras Mac se encargaba de pedir las habitaciones. No estaba acostumbrada a que otros librasen sus batallas por ella, pero reconocía que en esta ocasión se sentía perdida. Quizás, una vez que se acostumbrase a Londres, todo sería distinto.

—Ya tenemos las habitaciones —le dijo Mac colocándose a su lado.

Ella le dedicó una mirada llena de gratitud.

—Gracias, Mac, por todo; no sé qué habría hecho si no me hubieses acompañado.

—Te las habrías arreglado muy bien, como siempre —repuso él con una sonrisa volviendo a ser el Mac de siempre.

Isabella sacudió la cabeza. Él la sujetó por el codo y la instó a seguir a uno de los empleados del hotel.

—No estoy tan segura —le dijo mientras subían las anchas escaleras de mármol—, esto no es América.

—¿No me digas? —se burló él tratando de hacer que se relajara—, no lo había notado.

—No seas tonto, Mac —lo reprendió ella—, hablo en serio.

Mac soltó un suspiro resignado.

—Está bien. —Aceptó— ¿Qué te preocupa?

Isabella se mantuvo en silencio cuando el empleado se detuvo y abrió una de las puertas del pasillo mostrándole su habitación, la de Mac era la contigua. Él le agradeció al hombre y puso en su mano una generosa propina. El criado hizo una reverencia y se alejó. Mac empujó a Isabella dentro de la habitación y esperó a que hablara.

—Tengo miedo, Mac —le confesó.

Él sabía cuánto le había costado decir esas palabras y tuvo ganas de acercarse a ella y abrazarla fuerte para tranquilizarla, pero se quedó donde estaba, junto a la puerta, a la espera de que ella continuara.

—¿De qué? —le preguntó al cabo de unos minutos de silencio.

—De todo —reconoció angustiada—. Yo no encajo en esta sociedad, ¿qué pasa si me equivoco y hago algo que perjudique a mi hermana? ¿Qué pasa si me encuentro con mi padre? ¿Y si todo es una trampa como tú dijiste?

Isabella no dejaba de retorcerse las manos enguantadas mientras seguía enumerando posibilidades. Mac abandonó su puesto junto a la puerta y,

acercándose a ella, la envolvió en sus fuertes brazos.

—Enfrentaremos los problemas uno a uno, conforme lleguen, ¿te parece? Eso es lo que siempre hemos hecho.

Ella ocultó el rostro contra su pecho y lo abrazó por la cintura. Mac era tan confiable; parecía sólido como una roca. Aspiró su olor masculino a sándalo y cuero antes de soltarlo y dar un paso hacia atrás. Sabía que él no le exigiría nada por esos gestos de cariño robados, pero no era justo darle esperanzas cuando no las había.

Esbozó una sonrisa temblorosa.

—Tienes razón —le dijo.

—Siempre la tengo, muchacha —repuso él con un brillo divertido en los ojos.

Isabella sacudió la cabeza esbozando una sonrisa.

—No tienes remedio —le replicó chasqueando la lengua—, eres tan arrogante como un semental en celo y tan terco como una mula de carga.

Mac dejó escapar una sincera carcajada.

—Esta es mi chica —declaró—, una lengua afilada como un hacha de guerra en un hermoso y delicado envoltorio de mujer.

Ella se giró buscando en la habitación algún objeto que pudiese arrojarle a Mac sin que se rompiera. Él, comprendiendo sus intenciones, levantó las manos pidiendo paz. Gracias a Dios los interrumpieron unos golpes en la puerta. Mac se apresuró a abrir y algunos sirvientes entraron portando el equipaje.

—Acomódate y trata de descansar —le aconsejó él una vez que se hubieron retirado los sirvientes—; yo saldré esta tarde para ver si puedo conseguir alquilar alguna casa en esta zona. Aunque la temporada social está por comenzar, puede ser que tengamos suerte y encontremos alguna que aún no hayan ocupado. Es una pena que no sepas dónde vive tu hermana, aunque supongo que lo más probable es que posea una mansión aquí en Mayfair.

Isabella se mostró de acuerdo.

—Mañana, cuando veamos a Betty, le preguntaremos. Ella debe de saber dónde vive Katia.

Mac se acercó y la besó en la frente.

—Todo irá bien, ya lo verás —le aseguró antes de abandonar la habitación dejándola sola.

La mañana siguiente amaneció soleada e Isabella se despertó más animada. La noche anterior, Mac le había contado que había podido alquilar una casa, nada pretencioso, lo suficiente para las necesidades de una joven viuda; por el momento ella sería la señora Isabella Wintrop. Así no llamaría la atención.

Se vistió lo más rápido que pudo y bajó al comedor a buscar a Mac. Él se puso de pie en cuanto la vio y ella lo saludó alegremente.

—¿Por qué tienes el ceño fruncido a estas horas de la mañana? —le preguntó acomodándose en la silla para desayunar—. Te van a salir arrugas, Mac, y, además, vas a asustar a los sirvientes.

—Estaba mirando tu ropa —repuso él concentrado sin dejar de observarla.

Isabella echó un vistazo a su blusa blanca y su sencilla falda negra acampanada.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —preguntó ella frunciendo el ceño a su vez.

—Llamas demasiado la atención. Ese estilo está muy bien para América, pero no para Inglaterra —le explicó. Al verla dispuesta a protestar, se apresuró a añadir—, la gente sospechará que vienes de allí y el rumor podría llegar a los oídos de tu padre. No querrás enfrentarte a él, ¿verdad?

—Por lo que a mí respecta, no tengo padre —replicó secamente.

Mac le sirvió café y le llenó el plato con tostadas, lonchas de jamón y huevo.

—Lo sé, pero en Inglaterra las cosas son un poco diferentes —le dijo—. Aquí él es tu padre según la ley, y tú sigues siendo una joven soltera. Es mejor no arriesgarse. Te llevaré a alguna modista para que te haga algunos

vestidos.

—Creo que el aire de Londres te ha vuelto más mandón —le espetó molesta.

Él contuvo una sonrisa.

—Supongo que también querrás un traje de montar —le insinuó.

Los expresivos ojos de Isabella adquirieron un brillo plateado, como si fuera el reflejo de la luna sobre el mar azulado.

—Eres un chantajista, Robert MacDougall —contestó ella—, pero acepto.

Después de desayunar alquilaron un carruaje y se detuvieron frente a una tienda. Mac la ayudó a bajar y ella se dirigió inmediatamente al interior del negocio mientras él hablaba con el cochero.

A Isabella le fascinó la elegancia de la tienda; desde luego, aquello no se parecía en nada al almacén del señor Perkins donde ella compraba la tela para sus vestidos. Oyó abrirse la puerta detrás de ella justo en el momento en que una mujer regordeta, con los dedos cubiertos de anillos, salía del interior de la tienda.

—Condesa —dijo la mujer con una espléndida sonrisa—, hace mucho tiempo que no teníamos el honor de verla por aquí. Siento mucho la muerte de lord Ashlow.

Isabella notó que el estómago se le encogía. La habían confundido con su hermana. Inconscientemente echó un paso hacia atrás y chocó contra un pecho duro. Seguramente Mac sabría qué decir. Se giró hacia él y se quedó con la boca abierta contemplando los ojos más grises que había visto nunca. Eran como dos estanques de plata líquida en un rostro anguloso de mandíbula firme. Llevaba el pelo ondulado peinado hacia atrás, igual que Mac, pero ahí acababa todo el parecido, puesto que el de este hombre asemejaba al oro viejo.

Sin duda era tan atractivo como Mac, pero exudaba arrogancia por los cuatro costados. En ese momento él enarcó una ceja a modo de interrogación. Isabella cayó en la cuenta de dos cosas, primero que seguía mirándolo

embobada y, segundo, que sus manos se apoyaban sobre aquel duro tórax enfundado en una elegante chaqueta gris hecha a medida, tan ajustada como un guante. Apartó las manos rápidamente notando que el calor le subía al rostro. Se volvió hacia la mujer cuyos ojos agrandados la contemplaban con sorpresa.

Isabella gimió para sus adentros. ¿Dónde demonios estaba Mac?

—Bienvenido, milord —dijo la modista dirigiendo al hombre una profunda reverencia rompiendo el incómodo silencio.

—Buenos días, *madam*.

El tono rico y cálido de aquella voz grave contrastaba con la frialdad que Isabella había percibido en la mirada del hombre. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al darse cuenta de que la modista se había dirigido a él como «milord». ¿Conocería a su hermana? ¿Y si eran amigos y ella lo estaba ignorando completamente como si no lo conociese? Se mordió el labio inferior sin saber muy bien qué hacer. Se volvió hacia el hombre y se encontró con su mirada gris clavada en ella y una sonrisa falsa instalada en su masculino rostro.

—Si la condesa es tan amable de decir lo que necesita, tal vez *madam* pueda atenderla —comentó.

A Isabella no se le pasó por alto el tono sarcástico que usó ni las palabras que habían sido omitidas, en resumen, que se diera prisa para que él pudiera marcharse a su casa. Isabella apretó los dientes y controló su genio. Seguramente aquel engreído aristócrata venía a pagar los vestidos para su querida.

—Creo que mejor volveré otro día —replicó alzando la barbilla y dirigiéndose hacia la puerta—. Buenos días.

Salió justo en el momento en que Mac se disponía a entrar en la tienda. Frunció el ceño al verla salir sin nada.

—¿Y los vestidos? —Quiso saber.

Ella lo agarró del brazo y tiró de él hacia el carruaje.

—La modista conoce a la condesa —le explicó en un susurro.

Mac se detuvo confundido.

—¿Qué condesa?

—Mi hermana —replicó ella entre dientes.

Miró hacia atrás y vio que aquel hombre la estaba mirando.

—¡Maldita sea! —espetó Mac—, no había pensado en eso.

—Ya veo —le dijo tirando nuevamente de su brazo para que siguiera caminando.

Cuando entraron en el coche, Isabella le contó lo que había pasado en el interior de la tienda.

—¿Quién era? —le preguntó él.

—Un lord.

—Eso ya lo supongo —repuso Mac fastidiado—, pero ¿qué lord?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —le espetó ella molesta—, no dijo su nombre y yo no se lo podía preguntar ¿no?

—Está bien. —La tranquilizó él—. No te enfades. No habíamos pensado en el problema de que tu hermana y tú sois gemelas y seguramente todo el mundo en Mayfair la conoce.

—La modista parecía sorprendida de ver a la condesa, y ha dicho que hacía mucho tiempo que no iba por allí.

Mac asintió con la cabeza.

—Probablemente el año de luto por su difunto esposo ha mantenido alejada a tu hermana de los actos sociales —convino—. Lo mejor será que hablemos con tu vieja niñera y nos informemos bien sobre la vida que lleva tu hermana, así evitaremos más problemas.

—Sí, creo que será lo mejor —aceptó con voz temblorosa. No podía quitarse de la cabeza la mirada de aquellos ojos plateados—. Estamos yendo hacia su casa, ¿verdad? —supuso al ver que tomaban el camino que salía de Londres.

—Llegaremos allí enseguida.

La predicción de Mac se cumplió. No tardaron en ver las primeras casas del pequeño pueblo, y el carruaje disminuyó poco a poco la velocidad. Betty vivía en una pequeña casa casi al final del pueblo. De fachada blanca, rodeada de un precioso jardín vallado y con hermosas flores adornando las ventanas, a Isabella le pareció una casa de cuento. Cuando el coche se detuvo, la asaltaron los nervios. Hacía demasiado tiempo que no veía a su niñera. ¿Qué pensaría ella de la mujer en la que se había convertido?

Mac debió de advertir su nerviosismo, porque le sonrió tranquilizador.

—Esto no puede ser más difícil que domar un potro —le dijo.

Ella le devolvió la sonrisa y agradeció en silencio la presencia de Mac. Tomó una gran bocanada de aire y luego lo soltó despacio. Enderezó la espalda y se ajustó el sombrero y los guantes.

—Estoy lista.

Descendieron del carruaje y, atravesando el pequeño y bien cuidado jardín, llegaron hasta la puerta y llamaron. Isabella sintió que su estómago comenzaba a dar piruetas. Estaba convencida de que las piernas, temblorosas como las tenía, no iban a poder sostener su peso y caería de rodillas; sin embargo, la puerta se abrió y ella seguía en pie. Una muchacha joven les preguntó qué deseaban, luego los invitó a entrar en la casita. Los condujo por un estrecho pasillo y se detuvo frente a una puerta a la que llamó con suavidad. Una voz respondió desde el interior.

—Señora —dijo la muchacha entrando en la habitación—, tiene visitas.

Se hizo a un lado para que pudieran pasar. Isabella notó el empujón de Mac para que avanzara. Entró y se encontró contemplando ese rostro que tan bien recordaba. La mujer entornó los ojos para mirarla bien y luego su semblante se iluminó.

—Katia, mi niña —dijo con voz emocionada—, ¿cómo has escapado a la vigilancia de tu pa...?

Se detuvo repentinamente y su rostro palideció cuando vio la figura masculina que llenaba el vano de la puerta.

Isabella comprendió que la niñera había confundido a Mac con el duque. Le hizo señas a este para que se adelantara y la mujer pudiera verlo bien.

—Betty, este es Mac —le comentó—, un amigo mío.

Mac le dirigió una inclinación de cabeza y esbozó su sonrisa más encantadora.

—Robert MacDougall a su servicio, señora.

La mujer abrió los ojos sorprendida y luego sacudió la cabeza. Seguía sin comprender. Isabella se acercó a ella y la tomó de las manos. La miró con cariño mientras cientos de recuerdos de su infancia la asaltaban. La mujer seguía igual de regordeta, aunque ahora no vestía de gris, sino con colores más alegres; también le pareció mucho más bajita de lo que la recordaba.

—Betty, no soy Katia —le explicó con voz suave—, soy Isabella.

Isabella se asustó cuando vio que la mujer se tambaleaba. Con cuidado la ayudó a sentarse de nuevo en el sillón y se arrodilló junto a ella, ya que Betty le apretaba las manos con fuerza y no se las soltaba.

—¿De verdad eres tú, mi pequeña? —le preguntó con los ojos llenos de lágrimas y la voz temblorosa. Luego soltó las manos de Isabella y tomó suavemente su rostro—. Siempre fuisteis como dos gotas de agua, aunque eráis muy diferentes de carácter —señaló con una sonrisa.

La emoción pudo con la mujer y las lágrimas descendieron por su rostro apergaminado. Isabella se encontró llorando junto a ella mientras la envolvía en un cariñoso abrazo. El olor a almidón y a flores que desprendía la mujer le recordó su infancia. Cuando ambas se calmaron, Betty la asaltó a preguntas que ella satisfizo de buena gana, y juntas volvieron a llorar al recordar la muerte de la duquesa.

—Vaya, pero qué mala anfitriona soy —comentó la mujer enjugándose una última lágrima que pendía de sus pestañas—, ni siquiera os he ofrecido una taza de té. Estoy tan emocionada que me he olvidado de los buenos modales.

—No te preocupes, Betty. —La tranquilizó Isabella—. No hace falta que te molestes.

—Oh, sí, no puedes negarle a esta vieja el placer de atender a su niña como se merece —replicó seriamente.

Hizo sonar la campanilla que había sobre la mesita colocada junto al sillón y enseguida se presentó la muchacha a la que encargó que preparase té.

—¿Es tu prometido? —le preguntó Betty en lo que pretendía ser un susurro—. Es muy guapo.

Isabella miró a Mac que estaba haciendo un esfuerzo por no reír.

—No, Betty, es solo un amigo que ha venido a acompañarme.

La mujer asintió.

—Es bueno que tengas a alguien fuerte como él para que pueda defenderte del duque —le aseguró—. Tu pobre hermana no tuvo esa suerte.

—¿Cómo está Katia? —le preguntó Isabella llena de una repentina ansiedad.

—Hace mucho que no la veo —comentó la niñera sacudiendo la cabeza con tristeza—. Yo ya soy demasiado mayor y no puedo viajar a Londres como antes, y el duque tiene a tu hermana muy vigilada, sobre todo ahora que ha decidido casarla de nuevo.

—¿Casarla? —repitió Isabella sorprendida.

—¿No lo sabías? Pensé que habías venido por eso.

Isabella negó con la cabeza.

—Katia me envió una carta pidiéndome ayuda, pero no me dijo qué problema tenía —le explicó.

—No me extraña que te haya pedido ayuda. No creo que tu hermana soporte un matrimonio más —le dijo Betty.

—Pero, si se casa quedará libre de su padre —intervino Mac—. Supongo que eso es algo bueno.

—No, muchacho, no sería nada bueno —repuso la niñera convencida. Luego miró a Isabella antes de añadir en tono de disculpa—; no podía contarte nada en las cartas, no quería que te preocupases y, además, no podías hacer nada por ella, pero el difunto esposo de tu hermana era un hombre muy

violento. Por su culpa, ella perdió un bebé.

—¿Le pegaba? —preguntó Isabella horrorizada.

La mujer asintió.

—Con frecuencia. En realidad tu padre la vendió al conde —explicó con disgusto—, así que él se creía en su derecho de tratarla como quisiera. Imagino cómo debe de sentirse mi pequeña ahora que el duque quiere volver a casarla.

—Pero ella puede negarse —declaró Mac—; siendo viuda ya no se encuentra bajo la tutela de su padre.

—No sé cómo la está obligando él, pero tiene que haberla amenazado de alguna manera para que le obedezca —repuso Betty—. Algunas amistades me han escrito contándome que tu padre quería casarla con un comerciante, un hombre que solo desea el título de condesa que tu hermana posee. Sin embargo, algo ha debido de suceder, porque la boda no se ha celebrado todavía; tal vez quiera volver a venderla al mejor postor —comentó con amargura.

Mac apretó la mandíbula para no dejar traslucir la ira que lo consumía al ver la angustia reflejada en los ojos de Isabella y pensar en su hermana. Se había hecho un retrato equivocado de ella, no era la mujer caprichosa que había creído, sino una víctima más de la ambición familiar.

—Betty, necesito verla, hablar con ella —le dijo Isabella—, ¿cómo puedo hacerlo? ¿Dónde puedo encontrarla?

La niñera clavó en ella una mirada llena de ternura.

—Si hay alguien que puede ayudarla, esa eres tú, mi niña —le aseguró recordando a las pequeñas de cinco años—; siempre la defendías. Me alegro tanto de que estés aquí. Tu hermana se merece un poco de felicidad, ya ha sufrido demasiado.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto con ella? —preguntó Mac intentando que la mujer no se perdiese en los recuerdos.

—Creo que puedo ayudarlos con eso —respondió la mujer esbozando una

gran sonrisa—, os diré lo que vamos a hacer.

Capítulo 5

Daniel Ross, marqués de Allensbury, se hallaba sentado en una de las butacas de su club aparentemente leyendo el periódico que sostenía entre las manos. Una copa de coñac yacía abandonada, casi intacta, sobre la mesita adyacente. No podía quitarse de la cabeza la imagen de la mujer que había visto en la tienda de la señora Palmer.

Había ido allí para saldar las deudas de su hermanastro. Geoffrey tenía una nueva querida, bastante cara, por cierto, si las facturas de la modista eran un indicativo de lo que gastaba en ella; mucho más de lo que había gastado con su última amante. Con veinticinco años, diez menos que él, su hermanastro se dedicaba simplemente a vivir la vida, mientras que él soportaba todo el peso del marquesado.

Dejó escapar un suspiro al tiempo que depositaba el periódico sobre la mesilla. No era el hecho de que Geoffrey gastara tanto dinero lo que le preocupaba, sino las compañías que frecuentaba, jóvenes caballeros sin ningún propósito en la vida más que beber, jugar y hacer apuestas. Y ahora, por lo que había sabido, cortejar a la joven condesa viuda. Desde que la había visto, comprendía mejor que aquellos jóvenes girasen como polluelos en torno a la gallina del corral. La mujer era la típica belleza inglesa de cabello rubio, ojos azulados y piel de porcelana, y una figura exquisita, aunque seguramente tendría la cabeza hueca. Él no soportaba a las mujeres que solo sabían hablar del clima y de la moda.

Recordó a la condesa y tuvo que reconocer que, la chispa de rebeldía que había visto brillar en sus ojos cuando él le había hablado en la tienda, lo había sorprendido, pues le había revelado que ella había sido consciente del sarcasmo de sus palabras. Sus labios se curvaron en una sonrisa plena, algo que muy pocas personas tenían el privilegio de ver. El marqués tenía fama de ser un hombre frío y serio, aunque la verdad era que en su vida no había demasiados motivos para sonreír. Hasta que heredó el título de marqués, se había dedicado a viajar por el mundo con el pretexto de interesarse por el comercio, aunque en realidad trabajaba para el gobierno. Había visto demasiada ambición, traiciones y muertes como para quedar hastiado. A la muerte de su padre y su madrastra, había asumido el control del marquesado y, si bien a una escala menor, seguía encontrando la misma ambición y sed de poder entre sus congéneres.

Una voz algo pastosa lo distrajo de sus pensamientos.

—¿Por qué estás tan serio? —le preguntó el hombre dejándose caer en la butaca de al lado. Luego esbozó una mueca de disgusto—. Olvida la pregunta, tú siempre estás serio.

El marqués alzó una ceja inquisitiva.

—¿Ya borracho a estas horas, Derek?

—Todavía no —repuso el hombre alargando la mano hacia la copa que descansaba en la mesilla y bebiéndosela de un trago—, aunque lo he intentado, créeme.

Derek le caía bien a pesar de que eran totalmente opuestos. Era un joven apuesto, de cabello castaño y soñadores ojos azules. Habían ido juntos al colegio en Eton y se habían hecho amigos. Su amistad había perdurado años después; sabía que podía confiarle su vida a ese hombre.

—¿Y qué es en esta ocasión lo que te impulsa a beber? —inquirió Daniel con una media sonrisa.

Derek dejó escapar un suspiro teatral.

—Mi madre. Está empeñada en que me case, ¿te lo puedes creer?

—Lo que creo es que ese es un mal que afecta a todas las matronas de Londres —repuso él.

—Sí, pero esta vez lo dice en serio —comentó con un estremecimiento—, hasta me ha buscado ya a la dama.

—¡Ah!, entonces, ¿así de mal está el asunto? —le dijo Daniel burlón.

Derek frunció el ceño.

—Tú tienes treinta y cinco años y todavía no te has casado, yo solo tengo treinta y tres y aún me queda mucho por disfrutar —le explicó haciendo un mohín.

—¿Y quién es la afortunada dama que obtendrá tu mano?

—¡Ah, sí!, ¡una diosa!, o eso dice mi madre, porque yo aún no la he visto; he evitado los bailes como a la peste —le aseguró esbozando una sonrisa infantil que hizo resaltar su blanca dentadura sobre su rostro moreno. Luego dejó escapar una risilla—. Por lo menos no es una debutante, mi madre dice que se espantarían con mis modales, lo cual agradezco infinitamente.

No es que Daniel estuviese verdaderamente interesado en saber con quién se iba a casar Derek, y además, dudaba mucho de que su madre lograra su propósito si el joven se oponía, pero había despertado su curiosidad y algo en su mente se había puesto alerta, ese sexto sentido que le había salvado la vida en tantas ocasiones.

—Entonces, ¿de quién se trata?

Derek se volvió hacia él con ojos sorprendidos.

—¿No te lo he dicho todavía? Pues de la condesa de Ashlow, la viuda. He escuchado por ahí que quiere volver a casarse.

Daniel se enderezó en la butaca realmente interesado esta vez.

—¿Quién te lo ha dicho? —Quiso saber.

—Perry me dijo que un amigo suyo se lo había oído decir al duque en uno de los garitos de juego que frecuenta —le explicó con un encogimiento de hombros—. Ciertamente, no es que ese sea el lugar más apropiado para hablar de estas cosas, eso hasta yo lo sé.

Daniel apretó los dientes con rabia.

—No, no lo es.

No conocía muy bien al duque, pero no le caía demasiado bien. Había escuchado varias historias sobre él que lo habían asqueado. Pensó en la joven que había visto en la tienda de la modista; no merecía que ninguna rata de cloaca de las que frecuentaban los garitos de juego la tuviese como esposa. Derek era conde. Si se casaba con él, la muchacha tendría al menos una oportunidad de ser feliz. Quiso animarlo a aceptar la propuesta de su madre, pero, por algún motivo, las palabras se atascaron en su garganta.

—¿Qué más sabes de ella? —preguntó en cambio.

Su amigo hizo una mueca de disgusto.

—El rumor que corre es que su padre trata de venderla al mejor postor —explicó—. Por lo visto tiene deudas de juego y necesita dinero. La muchacha no es virgen, pero hay muchos arribistas que pagarían lo que fuese con tal de hacerse con un título como el que ella posee. No saben que el título no les abrirá las puertas de la buena sociedad.

—O no les importa —acotó Daniel. Alzó una mano y enseguida un sirviente trajo otra copa y una botella del mejor coñac—. ¿De qué otras cosas te has enterado?

Derek captó el cambio de tema. Llenó las dos copas con el líquido ambarino y le entregó una a Daniel mientras él observaba girar el suyo en el interior de la suya.

—Los ánimos están un poco alterados —comentó después de un momento.

—Eso no es nada nuevo —repuso Daniel.

Derek asintió con la cabeza.

—Los irlandeses están muy descontentos con el gobierno británico. Lo culpan del hambre que están padeciendo y le reprochan que no haya hecho nada para ayudarlos a salir del problema —le explicó. Luego bajó la voz casi a un susurro—. He oído decir que están organizando un grupo armado. Según ellos han agotado la vía diplomática, ahora probarán por otros medios.

Daniel saboreó el coñac notando cómo le quemaba al bajar por la garganta.

—¿Se sabe quién los dirige o qué pretenden?

—No es fácil —respondió Derek—. El líder es un joven llamado William O'Brien, pero mantienen los planes en secreto.

—¿Crees que podrás seguir sus pasos? —preguntó Daniel.

Su amigo se encogió de hombros.

—Lo intentaré, aunque es probable que algunos de sus miembros ya se encuentren en Londres —comentó—. Resultará más difícil seguirles la pista si se introducen en los bajos fondos de la ciudad.

—Avísame si te enteras de algo más —le pidió Daniel.

Derek asintió. Apuró la copa de un solo trago y se levantó.

—Creo que esta noche iré a echarle un vistazo a la condesa para ver si vale la pena antes de enfrentarme con mi madre —dijo guiñándole un ojo a Daniel—. Por cierto, será mejor que tú le eches otro ojo a Geoffrey, es demasiado generoso e inocente y puede resultar fácil aprovecharse de él.

Daniel dejó escapar un suspiro de resignación.

—Lo sé —repuso—, pero gracias por la advertencia.

Observó a su amigo mientras se alejaba y pensó en todo lo que este le había dicho. Él ya se había enterado de la existencia del grupo llamado Joven Irlanda. Creían firmemente en una república irlandesa libre del gobierno británico, aunque para ello tuviesen que usar la lucha armada y el asesinato. Sabía con seguridad que tres de sus miembros se encontraban ya en Londres, pero no se habían escondido en los barrios bajos del East End, como suponía Derek, sino que se habían mezclado entre los miembros de la alta sociedad, lo que los volvía aún más peligrosos.

Un sirviente se acercó y, mientras retiraba la copa que había usado Derek, dejó con discreción una nota debajo de la botella de coñac. Daniel esperó un momento antes de tomarla. Había solo una breve frase escrita, sin firma. *A las tres*. Reconoció la letra. El primer ministro lo esperaba a esa hora en el gabinete.

A las tres en punto Daniel se hallaba en la antesala del despacho del primer ministro. Después de unos minutos de espera, el secretario lo hizo pasar.

—Lord Allensbury —anunció.

—Que pase.

Daniel entró en el sobrio gabinete. Los muebles de madera tallada daban al lugar un aspecto señorial y elegante. Sobre una de las paredes colgaba un enorme mapa en el que venían marcados los amplios límites del Imperio británico. Lord John Russell, conde de Russell y primer ministro de Inglaterra, se hallaba sentado detrás del inmenso escritorio leyendo atentamente unos documentos. El marqués esperó a que el hombre terminase.

—Lord Allensbury —dijo levantando finalmente la vista y dedicándole una leve inclinación de cabeza—. Siéntate, Daniel, no me gusta que me hagas estirar el cuello.

Daniel esbozó una media sonrisa y se sentó. Su metro noventa de altura y su complexión musculosa, producto del constante ejercicio, provocaba en ocasiones incomodidad en las personas, y a veces le gustaba utilizarla para intimidar a sus adversarios. A pesar de todo sabía que el primer ministro no era un hombre fácil de intimidar. A sus cincuenta y seis años tenía a sus espaldas una amplia carrera política, y a pesar de ser hijo de un duque, se había enfrentado a los pares del reino en su lucha por conseguir el derecho de voto para los hombres de las clases menos favorecidas. La reina Victoria había vislumbrado su potencial y lo había nombrado primer ministro.

—La situación se está volviendo difícil —comentó lord Russell rompiendo el silencio.

—Las he visto peores —repuso Daniel lacónicamente.

El primer ministro soltó un gruñido de fastidio.

—Vamos, Daniel, están estallando revoluciones por toda Europa —declaró—, Francia, Alemania e Italia tienen problemas internos; Irlanda está sufriendo la peor hambruna de toda su historia y nuestro maldito gobierno se niega a hacer nada por ayudarlos, y, para colmo, ahora tenemos en nuestro

país a los obreros intentando sublevarse y yo tengo las manos atadas. Dime si hay algo que pueda ir peor —espetó furioso pasando una mano sobre su reluciente calva.

—Los irlandeses preparan un atentado —le soltó Daniel.

Los ojos del primer ministro se abrieron sorprendidos. Se levantó de golpe haciendo tambalear su silla.

—¡Malditos hijos de... ¡ ¿Cómo te has enterado? —Quiso saber, pero enseguida levantó la mano para acallarlo y volvió a sentarse antes de añadir —. No, no me lo digas. Eres el mejor espía que tenemos, Daniel, y sé que tus fuentes de información son dignas de confianza. Bien, cuéntame lo que sabes.

Daniel se lo contó.

—¿Crees que puede estar en peligro la vida de la reina? —inquirió el primer ministro con tono preocupado.

—No lo creo —respondió Daniel—. Ese tal William es un joven exaltado, pero no creo que sea un loco. Supongo que no hará algo tan descabellado como atentar contra su Majestad, sobre todo porque no todos los que desean la liberación de Irlanda lo apoyan.

Lord Russell asintió.

—Nosotros seguimos en conversaciones con O'Connell, aunque parece que no llegamos a ningún lado. La Cámara de los Lores parece un avispero —le dijo—, todos opinan y hablan, pero no se deciden a actuar.

—Eso es lo que me preocupa —afirmó Daniel.

—¿El qué? —preguntó el primer ministro sin llegar a comprender.

—Que alguno de los componentes de la Joven Irlanda que se han introducido entre la aristocracia llegue a la Cámara de los Lores y decida actuar por su cuenta —explicó.

—Pues tendrás que detenerlos antes de que lo hagan.

El rostro de Daniel se contrajo en una mueca de fastidio.

—Es fácil de decir.

—Y para ti fácil de hacer —repuso el primer ministro—. Eres el mejor en

lo tuyo, Daniel. Posees inteligencia y destreza; además, como marqués, mucha gente busca tu apoyo, puede ser que alguno de estos hombres también lo intente. Para ello tienes que empezar a frecuentar los actos sociales, y con eso me refiero también a los bailes —le dijo sabiendo que Daniel no solía participar activamente en la vida de la alta sociedad—. Además, quiero que me informes periódicamente de lo que vayas descubriendo. —Le exigió dando así por concluida la reunión.

Daniel asintió y se levantó.

—Ha sido un placer, lord Russell, como siempre.

—Guarda tu sarcasmo para otro, lord Allensbury —le espetó con sequedad.

A Daniel no le pasó inadvertido el brillo de diversión en los ojos del primer ministro. Con una leve inclinación de cabeza dejó al hombre sumergido de nuevo en la revisión de los documentos que salpicaban su escritorio. Tomó el sombrero, los guantes y el bastón que le entregó el secretario y salió a la calle.

Ya en el exterior, aspiró con fuerza el malsano aire londinense y se dirigió hacia el carruaje que lo había traído hasta allí, un coche sin blasón para no despertar una curiosidad indeseada. Se acomodó sobre el acolchado asiento del interior y estiró sus largas piernas enfundadas en unas botas de caña alta. Tenía planes que hacer. Lord Russell le había indicado que asistiese a los bailes y Derek había insinuado algo sobre uno esa misma noche. Quizás podría asistir y, de paso, podría volver a echarle un vistazo a cierta condesa viuda. Indicó la dirección a su cochero y el carruaje se puso en marcha.

El coche se detuvo frente a la blanca fachada de su imponente mansión en Grovesnor Square. La puerta se abrió inmediatamente cuando apenas alcanzaba el último escalón de la escalinata. Un mayordomo, impecablemente vestido, recibió su sombrero, guantes y bastón y los entregó a uno de los lacayos que aguardaban algo retirados.

—Gracias, Sims —le dijo Daniel dirigiéndole una mirada cargada de afecto.

El mayordomo era casi tan viejo como la mansión; había comenzado como lacayo de su abuelo y luego había pasado a ser mayordomo en época de su padre. Aunque mantenía la espalda recta como un mástil, el hombre caminaba con dificultad, pero Daniel no había querido relevarlo de su puesto, si bien le había puesto un ayudante.

—De nada, milord.

—¿Se encuentra mi hermano en casa?

—Sí, milord. Puede encontrarlo en la biblioteca, con unos amigos.

Daniel asintió. El tono con que Sims pronunció la palabra «amigos» le hizo comprender que el mayordomo desaprobaba la relación de su hermanastro con esos caballeros. Una media sonrisa se dibujó en su rostro mientras se encaminaba hacia la sala, a veces le parecía que Sims hacía el papel de marqués mucho mejor de lo que lo hacía él.

Abrió la puerta en el momento en que se escuchaban unas fuertes carcajadas. Su hermanastro y otros tres jóvenes se hallaban cómodamente sentados en los sillones degustando una copa de su mejor coñac, aunque Daniel pensó que tal vez se habían servido más de una, a juzgar por las carcajadas.

El rostro de su hermanastro se iluminó con una sonrisa casi infantil al verlo.

—¡Daniel!

Se sintió incómodo al ver reflejada la adoración en los ojos de Geoffrey. Al ser diez años mayor que él, su hermanastro siempre lo había visto como si fuera un héroe, mientras que Daniel le había prestado escasa atención. Siendo adolescente y creyéndose ya mayor, no le interesaban demasiado las cosas de niños; luego se había marchado al colegio y a recorrer mundo, y solo había vuelto para ocuparse de su hermanastro cuando su padre y su madrastra habían fallecido ambos en un trágico accidente. Entonces había tenido que asumir la responsabilidad como marqués de Allensbury, y cuando quiso darse cuenta, su hermanastro se había convertido ya en un hombre. Geoffrey tenía el título de vizconde y se parecía mucho a su madre. Era mucho más bajo que

Daniel, de cabello negro y grandes ojos grises, el único rasgo que había adquirido de su padre. De carácter tranquilo, dulce y generoso, tenía la sonrisa fácil.

La advertencia de Derek resonó en su cabeza y observó con más interés a sus acompañantes. Dos de los jóvenes tenían aproximadamente la misma edad que Geoffrey, solo uno de ellos parecía ser algo mayor.

—Buenas tardes, caballeros.

Los tres hombres se levantaron y le dedicaron una inclinación de cabeza a modo de saludo.

—¿Quieres una copa? —le ofreció Geoffrey.

—Es un poco pronto para mí —comentó Daniel.

Su hermanastro se ruborizó un poco al percibir el sutil recordatorio de las normas sociales. Para pasar el bochorno, se apresuró a presentarle a sus amigos.

—A William ya lo conoces —dijo señalando a un joven rubio—, estos son lord Matthew Bayles, vizconde de Crewton y Sir Thomas Blackwell —añadió presentando primero al hombre sentado a su derecha, un pelirrojo corpulento cuyo aspecto asemejaba más al de un boxeador que al de un aristócrata; y luego al otro joven, el que parecía mayor, de figura alta y mirada lánguida.

—Es un placer, caballeros. No deseo interrumpirlos —añadió.

—No nos interrumpes —le aseguró—, solo estábamos hablando de...

Se detuvo y su rostro volvió a adquirir un matiz rojizo.

—De la divina lady Katia Ashlow —completó Sir Thomas.

Daniel estuvo a punto de soltar una carcajada al ver el arrobo en el rostro de los cuatro jóvenes ante la sola mención del nombre de aquella mujer, si bien era cierto que era hermosa.

—Geoffrey quiere casarse con ella —comentó William soltando una risita.

Su hermanastro fulminó a su amigo con la mirada.

—Bueno, creo que mi hermano puede permitirse elegir a la mujer que

quiera —intervino Daniel.

Lord Crewton asintió. Con aquel cuello grueso que parecía a punto de ser estrangulado por la fina corbata de seda, a Daniel le recordó a un toro a punto de embestir.

—El problema será que ella lo acepte —declaró.

Daniel elevó una de sus aristocráticas cejas.

—Geoffrey es un buen partido, claro. —Se apresuró a corregir Crewton—. El problema es que ella es muy exigente.

—Una diosa fría y distante —añadió Thomas—, así es como la describen.

—Pero eso no es cierto —la defendió Geoffrey. Luego su semblante se suavizó y en sus ojos apareció una mirada soñadora—, conmigo ha sido amable y dulce.

«Vaya, así que la condesa está usando sus armas de seducción con Geoffrey», pensó Daniel. Su hermanastro poseía una sustanciosa herencia por parte de sus abuelos maternos; no estaba dispuesto a ofrecérsela en bandeja a la condesa viuda para que se la entregase a su padre el duque. Tal vez debería entrar también él en el juego. Sin embargo, no quería herir los sentimientos de su hermano yendo detrás de la misma mujer.

—Estoy seguro de que a ti no te rechazaría, Daniel —comentó su hermanastro en tono solidario.

—Yo estoy de acuerdo con eso —declaró Thomas alzando su copa hacia Daniel en un silencioso brindis.

El pelirrojo Crewton volvió a soltar una risilla, producto tal vez de un exceso de coñac.

—Apuesto mi mejor par de rucios a que no consigue ni siquiera bailar con ella.

—¡Matthew! —lo recriminó Geoffrey.

—Tiene razón Geoffrey —admitió William pensativo—, es una apuesta demasiado elevada. Uno de tus rucios por un solo baile sería más que suficiente. Piénsalo bien, es posible que lord Allensbury gane. La mitad de

las mujeres de la alta sociedad sueñan con él.

Los ojos de su hermanastro se abrieron horrorizados. Daniel estaba convencido de que le avergonzaba que hablasen de esas cosas delante de él. Sus expresivos ojos plateados lo revelaban todo.

—No te preocupes, Geoffrey —dijo Thomas esbozando una media sonrisa para tranquilizarlo—, lord Allensbury no necesita participar en la apuesta para demostrar que ganaría.

Daniel le dedicó al hombre una fría mirada. No le gustaba el tono adulator que usaba, y sus ojos verdes resultaban esquivos, como si escondiesen algo.

Normalmente no hubiese respondido a este tipo de bravatas juveniles, pero esta convenía a sus fines: descubrir qué pretendía la condesa de su hermano y tener una excusa que justificase su presencia en las actividades sociales de la temporada, puesto que todo el mundo sabía que, por lo general, las evitaba.

—Acepto la apuesta —declaró con voz profunda.

Los ojos de su hermano se abrieron como platos a causa de la sorpresa mientras lo miraba fijamente, como si le hubiesen crecido dos cabezas. Daniel se encogió de hombros.

—Creo que acabas de perder un rucio —escuchó que William le susurraba a su amigo Crewton.

—Entonces tal vez pueda empezar esta misma noche en el baile de lady Clarendon —sugirió Thomas—. Tú habías decidido ir, ¿no, Geoffrey?

—Sí... este... claro —balbuceó él sin dejar de mirar a Daniel.

—¡Hey! —alzó la voz Crewton para llamar la atención de todos—, hay que señalar primero los términos de la apuesta y ponerlo por escrito.

—Luego hablaremos —le dijo Daniel a Geoffrey antes de abandonar la biblioteca.

Cerró la puerta y subió las escaleras pensativo. No sabía si su hermano se había sentido solo sorprendido o también decepcionado por el hecho de que él hubiese aceptado la apuesta. Tal vez ya era demasiado tarde para desempeñar el papel del hermano mayor, quizás hubiera sido mejor contarle a

Geoffrey sus sospechas y dejar que él decidiese.

Dejó escapar un suspiro. En el fondo tenía que reconocer que no lo hacía solo por su hermano; había algo en la condesa que lo atraía inmensamente.

Había alzado sus cartas y ya no había vuelta atrás.

Capítulo 6

Isabella se retorció las manos con nerviosismo. Sabía que, de seguir así, acabaría por romper los largos guantes azules de seda que llevaba, pero no podía evitarlo. En su momento, aquel le había parecido un buen plan; ahora, escondida en mitad del oscuro jardín que rodeaba la mansión, no lo parecía tanto. Estaba algo asustada y tenía frío puesto que solo llevaba el vestido de noche. De algún modo Betty se había enterado de cómo iría vestida su hermana y había conseguido que le hicieran un traje exactamente igual, de tal forma que si alguien veía a Isabella, pudiera tomarla por Katia.

Betty había dicho que era imposible enviar una nota a Katia para que se reuniesen en algún lugar, ya que los sirvientes informaban de todos sus movimientos al duque, así que el plan consistía en dejar que Katia llegase a la fiesta de lady Clarendon. Una vez allí, un criado de la casa le haría llegar un mensaje para que aparentase ir al tocador. Allí, su criada Mary, con la que Betty se mantenía en contacto, la conduciría a una habitación privada donde podría reunirse con Isabella. Ella tenía que esperar en el jardín hasta que Mac fuese a buscarla y la llevase hasta esa misma habitación.

Isabella se abrazó a sí misma y contuvo un escalofrío, ¡había tantas cosas que podían salir mal! El maldito corsé que le habían puesto le apretaba tanto que sentía que no podía respirar. El vestido de satén azul claro con una sobrefalda de un tono azul más oscuro, se ajustaba a su torso dejando los hombros y parte de su pecho al descubierto. Se sentía incómoda llevándolo, y

además, le daba frío.

Avanzó un poco más por el jardín hasta llegar a la gran terraza que, por fortuna, permanecía en sombras. Desde ahí, a través de las grandes cristaleras, podía ver parte del interior del inmenso salón. Grupos de elegantes damas y caballeros conversaban entre ellos mientras una dulce música sonaba y continuaban llegando los invitados. Viendo los costosos y elaborados ropajes de las damas, y la elegancia con la que se movían alrededor del salón, Isabella se daba cuenta de que su hermana y ella habían sido criadas en mundos diferentes. Las palmas de las manos comenzaron a sudarle dentro de los guantes. Nunca podría hacerse pasar por ella.

—¿Escondiéndose de sus admiradores, condesa?

La voz profunda que sonó cerca de su oído la sobresaltó y le hizo dar un respingo. Se volvió rápidamente maldiciendo para sus adentros su descuido. Las abundantes enaguas que llevaba la falda se le enredaron en las piernas y perdió el equilibrio. Unas manos grandes la sujetaron de los brazos impidiendo que cayese al suelo. Estaba a punto de liberarse de ellas bruscamente cuando el hombre las retiró suavemente, casi como en una caricia.

—Lo lamento si la he asustado —se disculpó la voz—, no era mi intención.

Isabella solo podía entrever una alta figura masculina entre las sombras, pero le era imposible vislumbrar el rostro; sin embargo, reconoció esa voz cálida y profunda a pesar de que solo la había oído una vez.

—No me ha asustado, milord —repuso con firmeza, aunque no se sentía tan segura sin su cuchillo—, y, por supuesto, no me estoy escondiendo.

—¿Espionando entonces? —inquirió él con tono divertido.

—Claro que no —repuso indignada—, ¿por quién me toma? Yo...

Se detuvo al tomar conciencia de que ese hombre pensaba que ella era Katia. Molesta porque se había dejado llevar por su carácter, se volvió para alejarse del hombre. Necesitaba saber si su hermana había llegado ya o no, además, Mac podía llegar en cualquier momento a buscarla.

—Por favor, no se vaya —le rogó el hombre—. Me disculpo si la he ofendido. Permítame que me presente, Daniel Ross, marqués de Allensbury, a su servicio.

Daniel aguardó la reacción de la mujer. No sabía lo que esperaba, tal vez un reconocimiento o una manifestación de interés al escuchar su título. Si su padre necesitaba dinero y ella estaba interesada en conseguirselo, Daniel le estaba ofreciendo una oportunidad en bandeja.

Había salido a la terraza con la intención de escapar de las conversaciones superficiales y de la persecución de las matronas londinenses que daban por supuesto que su presencia en el baile significaba que se encontraba interesado en el mercado matrimonial. Entonces había visto a la mujer espiando de lejos el interior del salón, y había despertado su curiosidad al reconocerla. Había visto una oportunidad para abordarla y la había aprovechado. Y allí estaba, esperando que la mujer se traicionase a sí misma de un momento a otro.

Sabía que ella no podía ver su rostro, pues había tenido cuidado de mantenerse entre las sombras; sin embargo, él sí podía ver el suyo. La luz de la luna incidía sobre la pálida piel de su rostro, sus torneados hombros y sus cremosos senos, atrayendo su mirada hacia ellos. Trató de centrarse en su rostro y, para su sorpresa, la joven no mostró ninguna reacción.

Isabella no supo qué responder. Sabía que su hermana era condesa, pero desconocía por completo el apellido de su difunto marido. ¿Cómo demonios se iba a presentar a sí misma? Su nerviosismo creció. Si seguía así, aquel hombre pensaría que sucedía algo raro, acabaría por descubrir todo y tal vez informase a su padre. ¿No había dicho que era marqués? Los marqueses y los duques debían de conocerse entre ellos, aunque, por lo que había visto en la tienda de la modista, este hombre era mucho más joven que su padre.

Miró hacia atrás con inquietud, hacia los grandes ventanales. ¿Habría llegado ya su hermana?

Katia entró en el salón acompañada de lord Cavingstone, el nuevo vigilante que le había puesto su padre y uno de sus muchos pretendientes. El hombre rondaba los cincuenta años, tenía los ojos saltones y una calvicie incipiente. Por suerte para ella, le interesaba más la comida y el juego que bailar, así que, apenas entraron en el salón la abandonó, cosa que ella agradeció de todo corazón.

Avanzando lentamente por el salón, fue saludando a sus conocidos mientras buscaba un sitio donde ocultarse y pasar desapercibida el resto de la velada. Hacía tiempo que había perdido el gusto por los bailes, desde que se habían convertido en un coto de caza en el que ella era la presa. Su padre había levantado la veda y ahora se veía asediada constantemente por los pretendientes; al menos eso había hecho que se detuviesen los planes de boda con el señor Wilson. Mientras en la subasta los compradores siguiesen pujando por ella, su padre no tomaría ninguna decisión.

Encontró una columna tras la que podía ocultarse, y se dirigió hacia allá. Un criado se acercó a ella y le dijo que su criada Mary necesitaba urgentemente hablarle y la esperaba cerca del tocador. Katia se asustó, aunque su rostro no manifestó emoción alguna. Asintió con gesto regio y cambió de rumbo. El corazón le retumbaba en el pecho con tanta fuerza que creyó que le iba a estallar. Mary siempre la tenía al tanto de los movimientos de su padre. ¿Acaso el duque ya había tomado alguna decisión con respecto a su matrimonio? Un estremecimiento la recorrió entera al pensar en esa posibilidad.

Se acercaba ya al corredor que llevaba al tocador de señoras cuando notó una mano de fríos dedos que la sujetaba del brazo.

—Lady Katia, qué placer verla de nuevo.

Katia le dedicó una sonrisa sincera a la anciana mujer que la había interceptado. Lady Clarendon la había ayudado a introducirse en sociedad cuando recién había cumplido los dieciocho años y siempre había sido muy amable con ella. La mujer se aferró a su brazo, como si temiese caer, y apoyó

parte de su peso sobre él.

—También es un placer para mí, lady Clarendon —contestó ella—. ¿Qué tal se encuentra?

—Muy vieja, hija mía —le dijo con una sonrisa—, pero a estos viejos huesos míos todavía les gusta el sonido de la música y el ritmo de unos pasos de baile. Si fuese joven como tú, no estaría aquí de pie sin hacer nada; dejaría que algún muchacho joven y guapo me hiciese girar por la pista entre sus brazos. Eso es lo que deberías estar haciendo tú, muchachita —la reconvino suavemente mientras tiraba de ella hacia un grupo de jóvenes que conversaban y se reían.

A Katia se le revolvió el estómago y por un momento sintió pánico pensando que la mujer buscaba hacer también de casamentera.

—Lady Clarendon, yo...

—Disculpe, ¿puedo robarle un momento a la condesa? —interrumpió Mac inclinándose en una graciosa reverencia—. Creo que me había prometido el siguiente baile.

La anciana mujer le dedicó una mirada apreciativa y esbozó una sonrisa llena de deleite.

—Por supuesto, joven, esta muchachita necesita bailar y divertirse —le dijo. Luego miró a Katia con afecto y añadió dándole unas palmaditas en la mano—, no te preocupes por nada, tu tiempo de luto ya ha pasado, tienes derecho a divertirte. Anda, ve.

Mac la tomó de la mano y, sin darle tiempo a pensar, la introdujo en la pista de baile mientras comenzaba a sonar un vals.

—¡Maldita sea! ¿Se puede saber qué haces aquí? —le espetó molesto—. Deberías de haber esperado a que fuese a buscarte.

Estaba tan enfadado que tardó un momento en darse cuenta de que el suave cuerpo de la mujer que tenía entre sus brazos estaba completamente rígido. Frunció el ceño con desconcierto. Tampoco era normal que Isabella no le replicase. Miró atentamente los magníficos ojos azules. Aquella mujer no le

tenía miedo, estaba aterrorizada. Mac volvió a maldecir para sus adentros; aquella no era Isabella.

—No grites —le ordenó en un susurro.

«¿Gritar?», pensó Katia. «Una dama no grita en público».

—Me llamo Robert MacDougall —prosiguió intentando tranquilizarla. Esperaba que Isabella le hubiese hablado de él, aunque, pensándolo mejor, aquello era más que improbable.

—Un caballero no debe dirigirse a una dama si no han sido debidamente presentados, y mucho menos sacarla a bailar.

Estaba tan asustada que no se dio cuenta de que había pronunciado esas palabras en voz alta hasta que vio las cejas del hombre alzarse en un gesto de diversión. Katia se horrorizó al percatarse de lo que había hecho. Las normas, esas normas que tanta seguridad le proporcionaban, danzaban en su cabeza como aquel mono que una vez había visto bailar en una feria cuando era niña. La frialdad y el control que siempre la habían caracterizado se hacían añicos al estrellarse contra la poderosa presencia de ese desconocido.

Trató de apartarse de él, pero el hombre la sujetó con más fuerza. No le hacía daño, cosa que la sorprendió dado el tamaño de sus manos y la fuerza de sus brazos que se adivinaba bajo el elegante corte de su chaqueta ajustada. Era un hombre alto, demasiado para su paz mental, de pelo negro y unos increíbles ojos verdes que contrastaban con su traje color vino, y no lo había visto en su vida.

—No iré a salir corriendo, ¿verdad? —le dijo Mac sujetando con más fuerza su cintura.

Físicamente era el reflejo perfecto de Isabella, pero la diferencia de carácter de ambas dejaba cambios sutiles que alguien que las conociese bien podría percibir. Los ojos de Isabella eran muy expresivos y sinceros; los de esta mujer se encontraban velados por una pose de indiferencia y frialdad; solo porque él había actuado impulsivamente, la había cogido con la guardia baja, y había mostrado su miedo.

—Una dama nunca corre —repuso ella remilgada.

Una carcajada subió hasta la garganta de Mac y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no dejarla escapar. Esa era otra de las grandes diferencias entre las dos hermanas, una recurría constantemente a las normas que parecía saberse de memoria; la otra, las ignoraba por completo. Mac meneó la cabeza mientras esbozaba una sonrisa divertida, Isabella nunca podría hacerse pasar por su hermana.

—Soy amigo de Isabella —dijo intentando tranquilizar a la mujer que parecía encogerse como un cervatillo asustado a cada minuto que pasaba—. Ella recibió su carta y hemos venido desde América.

Una luz de esperanza brilló por un momento en los ojos de la muchacha antes de ocultarla tras un velo de desconfianza.

Katia quería creer en las palabras del desconocido, necesitaba creer que Isabella se encontraba allí, y aunque tenía la esperanza de que su carta realmente hubiese salido de Londres, como le había dicho Mary, sabía que su padre tenía demasiados espías que podían haber impedido que la carta llegase a su destino. Por otro lado, Katia estaba convencida de que Isabella nunca confiaría en un hombre, de niña siempre había dicho que nunca se casaría.

—Usted no puede ser amigo de mi hermana —repuso ella.

Mac enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Y por qué no? —Quiso saber.

El hombre vestía bajo la chaqueta un chaleco de seda de un suave tono verdoso, y Katia había permanecido con la vista fija en uno de los botones concentrada en controlar la respiración para no dejarse llevar por el pánico. Hacía años que no bailaba, pues había aprovechado el luto por la muerte de su esposo para evadirse de todos los actos sociales. Cuando no había tenido más remedio que acudir por las amenazas de su padre, se había negado a bailar. Evitaba, cuanto le era posible, que los hombres la tocaran. Ahora no solo se encontraba bailando con un hombre, sino que este la tenía firmemente sujeta y quizás un poco más cerca de lo que era correcto.

Alzó la vista despacio subiendo por el elegante nudo de su corbata hasta llegar a su rostro moreno. Buscó una palabra para describirlo, pero solo se le ocurrió una: masculino. Era un rostro muy masculino. Vio que el hombre aguardaba y se apresuró a responder.

—Porque es usted muy grande.

Katia notó que el rubor teñía sus mejillas. Había hablado sin pensar, dejando salir lo que tenía en su mente. El tamaño de aquel hombre la intimidaba, un solo golpe suyo podría hacerle más daño que todos los golpes que le había dado su marido.

—¿Y qué demonios tiene eso que ver con Isabella? —le preguntó con el ceño fruncido.

Ella se encogió ante la pregunta y Mac pensó que se iba a desmayar. La mujer estaba blanca como las columnas de mármol que rodeaban el salón de baile.

—Un caballero no maldice en presencia de una dama —susurró con voz temblorosa.

—Mis disculpas, *milady* —repuso Mac en tono seco y con marcado acento escocés, indicio de que comenzaba a enfadarse—, pero a Isabella le trae sin cuidado si soy grande o no, ella sabe defenderse muy bien.

—¿De verdad lo ha mandado Isabella?

Mac se quedó prendido en el azul de sus ojos. Nunca había visto una mujer tan necesitada de protección como esta. El miedo que veía en sus ojos le apretaba las entrañas; hubiera querido borrarlo de un plumazo, pero no podía cambiar los años que ella había pasado sola a merced de la crueldad de su padre y luego de su marido.

—Sí —repuso con suavidad—. Isabella también se encuentra aquí. Mandamos un mensaje con su criada Mary para que pudieran reunirse en una habitación privada, pero se ve que usted no recibió el recado.

La música del vals fue cesando suavemente. Mac se dio cuenta de que tenía que sacar de allí a la mujer antes de que algún caballero se acercase a pedirle

otro baile. Giró suavemente con ella acercándose hacia el pasillo.

—Sí, lo recibí —lo contradijo ella—, pero me interrumpieron mientras iba hacia allí. ¿Isabella todavía me estará esperando?

El tono de ansiedad con el que hizo la pregunta lo sacudió. Realmente esperaba que Isabella estuviese en el lugar donde la había dejado, pero con ella nunca se sabía. Podría haberse cansado de esperar y estar ahora vagando por todas las habitaciones de la casa en busca de su hermana.

Isabella seguía en el mismo lugar.

Daniel salió de las sombras y se acercó a ella que alzó la barbilla, pero no retrocedió ni un solo paso. Daniel deslizó una mirada provocativa por las generosas curvas de la mujer, pero maldijo en su interior cuando su propio cuerpo traicionero reaccionó.

—Comprendo por qué Geoffrey se ha convertido en uno de sus admiradores —declaró con voz ronca.

—¿Geoffrey? —repitió ella con perplejidad.

—Me refiero a mi hermanastro, *milady* —le dijo—, creo que está verdaderamente interesado en usted.

—Pues es una suerte que yo no esté interesada en él —repuso Isabella con sequedad.

El rostro de Daniel se transformó en una máscara de frialdad.

—Ya lo suponía —replicó él con sarcasmo—, pero le agradezco la confirmación. Y puesto que no tiene ningún interés en él, le agradecería que no aplicara con él sus artes de seducción y lo dejara en paz.

—¿Mis artes de...? ¡Es usted un grosero y un patán! —le espetó furiosa.

—¿Qué pasa, condesa? ¿Acaso mi hermanastro no es suficiente hombre para usted? —le preguntó burlón acercándose un paso más—, ¿o es que prefiere a alguien más maduro, tal vez a alguien como yo?

Cogiéndola por la cintura, la acercó a su cuerpo y bajó lentamente la cabeza

esperando que ella le rechazase, pero temiendo al mismo tiempo que lo hiciese. Deseaba besarla. Sus labios se posaron suavemente sobre los de ella, acariciando, provocando. Poco a poco la incitó a abrir los labios y profundizó el beso explorándola.

Isabella sintió que sus piernas cedían y se apoyó en el duro torso de él. Nunca había experimentado nada igual, ni siquiera con Mac. Sus pensamientos se fragmentaron en mil pedazos y el corazón se le desbocó.

Con renuencia, Daniel se separó de ella, pero no la soltó. Sus miradas se cruzaron. Muchas expresiones pasaron por los ojos de ella, y Daniel pudo interpretar cada una, sorpresa, confusión, asombro, placer... Hubiera jurado que era la primera vez que la besaban de verdad. Pero él sabía que la condesa había estado casada y, por lo que parecía, era una experta manipuladora de hombres. Enfadado consigo mismo la soltó de golpe haciendo que ella se tambalease.

Isabella recuperó el equilibrio con dificultad. Se sentía débil y su respiración era agitada. La brisa fresca de la noche ayudó a calmar el calor que se extendía por su cuerpo. Miró a aquel hombre, cuyo rostro se encontraba ahora parcialmente oculto por las sombras, y poco a poco fue tomando conciencia de lo que había sucedido. Al recordar las palabras que él había dicho, sintió que la inundaba la furia. ¿Cómo se atrevía a hablar de su hermana como si fuese una prostituta?

—Es usted un...

—¿Qué ocurre aquí?

La voz de Mac detrás de ella la sobresaltó y la alivió al mismo tiempo. No quería pasar ni un minuto más en compañía de ese hombre. Los aristócratas eran todos iguales, como su padre; se creían con derecho a tomar todo lo que querían.

—Nada, Mac —repuso ella con frialdad—, ya sabes que puedo cuidarme yo sola.

—¿Así que este es el tipo de hombre que prefiere? —inquirió Daniel

burlón.

—¿Qué insinúa? —le espetó Mac con tono amenazador adelantándose un paso.

—Si usted es el nuevo amante de la condesa, no tiene que preocuparse por mí —le aclaró Daniel esbozando una media sonrisa—, ella no es mi tipo.

Isabella apretó los puños y contuvo las ganas de darle una buena bofetada a aquel arrogante lord. Al ver que Mac no tenía la misma intención de controlarse, lo sujetó con fuerza del brazo.

—Déjalo, Mac —le rogó—, no merece la pena.

Mac asintió con un brusco gesto. Una pelea en el jardín llamaría demasiado la atención.

—No vuelva a acercarse a ella —le espetó con tono amenazador.

Cogió del brazo a Isabella y la llevó hacia el salón de baile.

Daniel observó la elegante figura de la muchacha y el delicioso vaivén de sus caderas hasta que la pareja desapareció entre los invitados. Pensó en el beso que habían compartido y en la advertencia que le había hecho aquel alto escocés, y supo, sin lugar a dudas, que no iba a poder obedecerle. Una sonrisa se instaló en sus labios mientras dirigía sus pasos hacia el salón.

—¿Estás bien? —Quiso saber Mac.

Isabella salió de su ensoñación al escuchar la voz preocupada de su amigo. Aquel beso y las sensaciones que le habían provocado, la habían cogido por sorpresa. Contuvo la tentación de volverse a mirar hacia el jardín. Ese hombre arrogante y grosero no merecía ni uno solo de sus pensamientos, pero no podía evitar recordar el brillo de sus ojos plateados cuando inclinó la cabeza para besarla.

—Sí —respondió con voz débil. Viendo el ceño fruncido de Mac, se aclaró la garganta y se apresuró a agregar—, estoy bien, de verdad. ¿Qué ha pasado con mi hermana?

Mac dejó escapar un gruñido.

—La confundí contigo, pero ahora te está esperando en el lugar que dijimos

—le explicó—. Pronto podrás reunirte con ella, si es que logramos atravesar el salón.

Isabella se dio cuenta de que, efectivamente, el lugar se encontraba repleto de gente. Había parejas bailando; otros invitados conversaban en grupos; de un salón adyacente salían voces y risas masculinas. Observó con atención a su alrededor hasta que se topó con unos ojos grises que la miraban fijamente. ¿Sería el hermanastro del que había hablado lord Allensbury? Aparte de los ojos no se parecían en nada más, no podía ser él. Se dio cuenta de que el joven no era el único que la observaba. Se puso nerviosa al pensar que alguien más podría acercarse a hablar con ella y descubrir que no era en realidad la condesa. Aceleró el paso, pero Mac la frenó.

—Una dama nunca corre.

Apenas lo dijo, esbozó una mueca de fastidio. Empezaba a sonar como la condesa.

Isabella le dedicó una mirada sorprendida. En algunos aspectos, Mac parecía cambiado desde que habían llegado a Inglaterra; no era solo la ropa, con la que se veía mucho más elegante y atractivo, sino también la facilidad con la que se había adaptado y la seguridad con la que se movía en ese mundo aristocrático.

—Por cierto, Mac, ¿cómo conseguiste que te mandaran una invitación? —le preguntó mientras subían por las escaleras que conducían al piso superior donde la aguardaba Katia.

—Pronto verás a tu hermana —le dijo—. ¿Estás preparada?

A Isabella no se le pasó por alto que él no había querido responder a la pregunta, pero lo dejó estar. Mac acababa de detenerse frente a una puerta. Sabía que detrás se encontraba su hermana. Habían pasado dieciocho años.

—Todo va a ir bien —le susurró Mac al oído.

Isabella asintió. Respiró profundamente y abrió la puerta.

Capítulo 7

Katia tenía el estómago hecho un manojo de nervios. Le pareció que había transcurrido mucho tiempo desde que el hombre se había marchado dejándola sola en la habitación. Había intentado tranquilizarse a sí misma, pero no podía evitar preguntarse si todo aquello no sería un truco cruel de su padre. No había visto a Mary por ninguna parte, y el hombre que la había llevado hasta allí había desaparecido. Comenzó a retorcerse las manos en un gesto de nerviosismo. Tal vez lo mejor que podía hacer era salir de allí. Entonces escuchó unos murmullos en el pasillo y se giró asustada apenas oyó el sonido de la puerta al abrirse.

Fue como contemplarse a sí misma en el espejo. La mujer que se encontraba delante de ella ya no era una niña de cinco años, el único recuerdo que tenía de su hermana gemela. Parpadeó como si se hallase en un sueño, pero la visión no se desvaneció.

—¿Katy?

Aquel nombre que no había vuelto a oír en años, le provocó un nudo en la garganta.

Isabella estaba nerviosa. Su hermana la miraba fijamente, con el cuerpo rígido y una mirada asustada en sus ojos azules. Sabía que la había reconocido, era imposible no hacerlo siendo gemelas. Entonces, ¿por qué no decía nada? ¿Por qué no se movía? ¿La culpaba a ella acaso de que su madre la hubiese abandonado? Sintió la tentación de darse la vuelta y salir

corriendo. Aquel no era el encuentro con el que había soñado. Dio un paso hacia atrás y chocó contra el cuerpo duro de Mac que bloqueaba la puerta.

—¿Isabella? —susurró su hermana—. ¡Isa!

Cruzó el espacio que las separaba y se arrojó en sus brazos. Las lágrimas se deslizaban calientes por su rostro.

—No llores, Katia —le dijo acariciándole el cabello—. Estoy aquí contigo, he venido.

Tomó a su hermana por la cintura y la condujo hasta un diván. Escuchó a Mac cerrar la puerta con suavidad detrás de ellas y supo que él las cuidaría mientras permaneciesen allí dentro.

—Creí..., creí que no habías recibido mi carta —le dijo Katia sollozando.

—América no está precisamente aquí al lado —repuso Isabella con una sonrisa.

Katia intentó sonreír también, pero en sus labios solo se dibujó una mueca temblorosa.

—Lo sé, pero el duque había logrado interceptar las otras cartas que te había enviado —le explicó enjugándose las lágrimas— y no podía estar segura de que esta te hubiese llegado.

El rostro de Isabella se endureció.

—Ahora estás a salvo de él —le aseguró.

—¡Oh, Isa, no es tan fácil! —replicó—, es un hombre cruel y cuando quiere algo, no le importa lo que tenga que hacer para conseguirlo. Estoy segura de que podría llegar incluso hasta el asesinato —admitió con voz temblorosa reprimiendo un escalofrío.

—Lo siento —dijo Isabella de pronto con voz entrecortada—, siento que mamá y yo te hayamos abandonado. Mamá no quería hacerlo, pero no encontró el modo de traerte con nosotras a América; siempre se arrepintió de no haber luchado más por ti.

Katia le apretó las manos con cariño y le enjugó una lágrima. Isabella ni siquiera era consciente de que estaba llorando.

—No pasa nada, Isa, nunca culpé a mamá. Betty me explicó lo que había pasado y lo comprendí, pero os echaba terriblemente de menos. Luego, con el tiempo, dolía menos —dijo con un encogimiento de hombros—. ¿Sabes?, llegué a olvidar el rostro de mamá, porque el duque no guardó ningún retrato; pero a veces soñaba con ella, que venía a mi habitación y me abrazaba fuerte antes de darme un beso de buenas noches. Lloré mucho cuando me enteré de su muerte, y creo que fue entonces cuando murió mi esperanza de volver a verte.

—Pues ahora estoy aquí —le aseguró—, Mac y yo te ayudaremos.

Katia notó que el estómago se le encogía.

—¿Confías en él? —le preguntó a su hermana.

Las delicadas cejas de Isabella se alzaron con sorpresa.

—¿En Mac? Claro, ¿por qué no debería hacerlo? —le preguntó frunciendo el ceño extrañada.

—Porque es un hombre —repuso con un encogimiento de hombros—, y tú dijiste..., dijiste que nunca te casarías.

—Katia, no me he casado con Mac —dijo exasperada—; es solo un amigo, un buen amigo. Prácticamente nos criamos juntos —le explicó. Vio que su hermana se mordía el labio inferior en un gesto dubitativo y recordó lo que Betty le había contado sobre el marido de Katia—. Es un hombre bueno y puedes confiar en él completamente, yo le confiaría mi vida —le aseguró.

—Me asusta —declaró Katia avergonzada.

Isabella sonrió.

—Bueno, Mac a veces puede parecer un oso gruñón, pero te aseguro que es del todo inofensivo.

Recordó cuando había visto a Mac enfadado, parecía de todo menos inofensivo, pero no creyó oportuno contárselo a su hermana.

—Es demasiado grande, y fuerte.

—Katia, unos brazos fuertes pueden ser también protectores —le aseguró.

Su hermana le dirigió una mirada cargada de escepticismo.

—Tú no sabes lo que es estar a merced de un hombre así —repuso con voz temblorosa mientras brotaban de su interior los recuerdos dolorosos.

Palabras y emociones amargas que habían permanecido encerradas dentro de su corazón durante muchos años fluyeron de ella como un manantial hasta que no tuvo nada más que decir y se quedó extrañamente vacía.

Las lágrimas caían silenciosas por el rostro pálido de Isabella. Apretaba los puños con fuerza conteniendo la ira que la inundaba tras escuchar la narración de su hermana. Sabía que su padre era cruel, pero nunca había sospechado hasta dónde podía llegar su crueldad. Ella y su madre habían sido felices en Carolina mientras que Katia había debido soportar vejaciones y sufrimientos indecibles. ¿Cómo había podido aguantar todo eso y seguir siendo una joven tan dulce?

—¿Me llevarás contigo a América?

La pregunta de Katia la sorprendió. Pensó en ella un momento. ¿Era esa la única solución? Aunque su hermana había demostrado ser más fuerte de lo que aparentaba, sabía que la vida en Norteamérica sería difícil. Katia había sido criada en un mundo diferente, un mundo de riquezas y comodidades, un mundo de normas. No podía imaginársela trabajando duro en el rancho; se marchitaría al poco tiempo. Tenía que haber otra solución.

—Tardaríamos mucho en conseguir pasajes —le dijo como excusa— y el duque podría perseguirte hasta allí.

—Pero a vosotros nunca os encontró —replicó ella.

Isabella dejó escapar un suspiro.

—Katia, no sé si serías feliz en América —le dijo finalmente—; la vida allí es dura y hay que trabajar mucho.

—No me importa —le aseguró—, trabajaré. No hay nada para mí aquí.

La desesperación que había en su tono le encogió el corazón, pero Isabella solo deseaba lo mejor para su hermana.

—Déjame primero intentar otra cosa —le pidió—, si no funciona, nos marcharemos de Inglaterra.

—Está bien —cedió Katia. Sabía que su hermana tenía razón, pero le aterraba pensar en lo que sucedería si el duque las descubría.

Isabella sintió alivio al ver que su hermana no discutía. Se levantó y se acercó hasta la puerta.

—Creo que es mejor que Mac esté con nosotras cuando tracemos los planes —le explicó ignorando la rigidez que había adoptado el cuerpo de Katia al escuchar el nombre de Mac. Abrió la puerta y le hizo señas para que entrara explicándole rápidamente el asunto. Luego prosiguió—. Lo primero que hay que hacer es encontrar un modo de permanecer en contacto, de hacer que los mensajes lleguen, de otro modo no sabremos cuándo la otra nos necesita.

Katia sacudió la cabeza con tristeza.

—El duque mantiene una estricta vigilancia sobre quién entra y quién sale de la casa; John, el mayordomo, es el encargado de revisar toda la correspondencia y las invitaciones que llegan a la mansión; y mi doncella Cora también trabaja para el duque, entra y sale de mis habitaciones sin que nada se le escape.

—¿Cómo lograste enviarme entonces la carta? —preguntó Isabella perpleja.

—Fue Mary, mi criada. A ella también la vigilaban, pero entabló relación con un joven con el que se veía de vez en cuando —explicó con el rubor cubriéndole el rostro—. Después de un tiempo dejaron de seguirla y ella le pidió a este muchacho que enviase la carta desde algún lugar fuera de Londres.

—¿No podría este chico entregarte directamente los mensajes? —le preguntó a Katia—. Nadie sospecharía si va a visitar a menudo a su novia.

—No —repuso volviendo a sonrojarse—, creo que el muchacho se dio cuenta de que Mary no estaba realmente interesada en él.

Isabella frunció el ceño, pensativa.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —comentó con frustración.

—Hay un modo de burlar la vigilancia del duque —intervino Mac con un

brillo divertido en los ojos.

—¿Cómo? —Quiso saber Isabella.

Miró con curiosidad a Mac. Sus ojos verdes brillaban como una pradera después de un día de lluvia y contemplaban fijamente a su hermana Katia.

—La condesa y yo bajaremos ahora al salón y bailaremos otra vez delante de todo el mundo —declaró.

—¿Otra vez? —preguntó Isabella arqueando una ceja.

—Ya te dije que había confundido a tu hermana —repuso Mac con un gruñido de fastidio.

Isabella ocultó una sonrisa.

—Entonces, bailareis ¿y?

—Pero un caballero no debe bailar dos veces con la misma dama —señaló Katia— a menos que...

—Precisamente —confirmó Mac.

—A menos que ¿qué? —preguntó Isabella confundida pasando la mirada de uno a otro.

—...que esté interesado en ella —concluyó Katia.

Mac se hubiera reído a gusto al ver aquellos dos idénticos y hermosos rostros contemplarlo con el mismo gesto horrorizado si no hubiera sido por su orgullo dolido. Ya era bastante malo que Isabella lo rechazase, pero que lo hiciese también su hermana... ¡Demonios!, él no era ningún adonis, pero las mujeres nunca lo habían mirado con horror.

—¿Vas a convertirte en su pretendiente? —inquirió Isabella asombrada.

Mac y Katia respondieron al mismo tiempo.

—Sí.

—No.

—¡Es una idea maravillosa! —declaró Isabella entusiasmada, ajena por completo a la tensión que se había creado entre Mac y su hermana—. Así tendremos un medio seguro de comunicación y, además, Mac podrá cuidar de ti y alejar a los otros hombres que te están cortejando.

—El duque no te aceptará —afirmó Katia con seguridad.

—Lo hará —repuso Mac con la misma convicción rechinando los dientes. Isabella frunció el ceño.

—Tiene razón Katia, Mac —le dijo—, ¿cómo va a aceptarte el duque? No tienes dinero y, además, eres escocés.

Mac se irguió en toda su estatura.

—Tengo dinero y solo soy medio escocés, mi padre era inglés —repuso con frialdad.

Isabella lo miró como si fuese un desconocido. ¿Qué le pasaba a Mac? De cualquier manera, sabía que su idea era buena.

—Si Mac dice que puede hacerlo, es que puede —Lo apoyó.

Katia palideció.

—Pero... pero —balbuceó.

La idea de tener a ese hombre junto a ella todo el día, acompañándola a las fiestas y a las actividades sociales de la temporada, y tomando el té en su casa, era suficiente para mandarle escalofríos por toda la columna. Sus atractivos ojos verdes la desafiaban a negarse, como si estuviera seguro de que él había vencido. Y en realidad así era. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un alivio saber que podría librarse de todos los pretendientes que su padre le había buscado, si es que aceptaba a Mac, pero hubiera preferido que la cortejase alguien como el joven Geoffrey en vez del alto, terco y atractivo escocés.

Isabella se conmovió al ver la angustia en los ojos de su hermana. Comprendía mejor a Katia después de haber escuchado su historia, pero merecía saber que en el mundo también había hombres buenos, como Mac.

—No será por mucho tiempo, Katia —le aseguró ignorando la mirada inquisitiva que le lanzó Mac—, solo hasta que yo aprenda cómo moverme en el mundo de la aristocracia, entonces ocuparé tu lugar —dijo. Al ver que su hermana negaba con la cabeza, se apresuró a añadir—, sé defenderme mejor que tú, yo me ocuparé del duque.

—Ninguna de las dos se ocupará de nada —declaró Mac con firmeza—. Por ahora llevaremos a cabo la primera parte del plan tal y como hemos dicho, después, ya veremos cómo se desarrollan las cosas.

Isabella lo fulminó con la mirada.

—Desde que estamos en Inglaterra te has vuelto un mandón —gruñó por lo bajo.

Katia se volvió hacia ella admirada de que se hubiera atrevido a hablarle así al hombre. Luego se le escapó una sonrisa al ver que Mac únicamente bufaba mientras salía por la puerta con una sonrisa en los labios.

—No tardes, condesa —le dijo él devolviéndole la mirada—; tenemos un espectáculo que dar.

Cuando la puerta se cerró, Katia se volvió hacia su hermana.

—¿Siempre es así de rudo? —Quiso saber.

Isabella se encogió de hombros.

—Solo hasta que te acostumbras —respondió—. Llegó al rancho con diecinueve años y mamá lo acogió como si fuera un hijo más. Créeme, Katy —le dijo cogiéndole la mano y apretándosela con afecto—, es el hombre más confiable que puedas encontrar, y nunca te golpearía.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Isabella sonrió con afecto.

—Me ha pedido varias veces matrimonio y yo lo he rechazado y, a pesar de todo, sigue estando a mi lado y ayudándome en todo lo que necesito —le explicó—. Además, es capaz de aguantar mi carácter.

Los ojos azules de Katia se agrandaron llenos de asombro.

—¿Te ha pedido matrimonio?

Isabella frunció los labios en un mohín.

—Sí —admitió—, eso confirma que tiene paciencia, ¿no?

—O que es muy terco —añadió Katia.

—Eso también —aseguró ella.

Las dos se miraron y estallaron en carcajadas. Era bueno estar de nuevo

juntas. Cuando dejaron de reírse, Katia miró a su hermana con cariño.

—Hay tantas cosas sobre las que quiero que me hables —le dijo a Isabella—, cómo es la vida en América, qué hicisteis cuando llegasteis allí, cómo era mamá...

—Tendremos tiempo de hablar de todo esto, Katia, te lo prometo; pero ahora será mejor que te vayas o Mac se pondrá nervioso y vendrá a buscarte.

—Está bien —repuso Katia levantándose con desgana del diván—; voy a intentarlo, Isabella, voy a intentar confiar en él.

Isabella le sonrió. Luego frunció el ceño, pensativa.

—Una cosa más antes de que te vayas —le dijo—, ¿conoces a lord Allensbury?

—Solo de vista. La temporada en la que fui debutante, el marqués se encontraba fuera de Inglaterra —le explicó—; luego, cuando regresó al país a la muerte de sus padres, no frecuentaba mucho los actos sociales. ¿Por qué lo preguntas?

Isabella recordó lo que había sucedido en el jardín.

—Me confundió contigo —respondió evasiva— y me habló de su hermanastro, Geoffrey, o algo así.

Katia se ruborizó.

—Geoffrey es un joven agradable; él y alguno de sus amigos me... visitan frecuentemente.

—¿Es uno de tus pretendientes? —Quiso saber Isabella.

—No es de los que me ha impuesto el duque, si es a eso a lo que te refieres —le aclaró Katia, luego ladeó la cabeza pensativa—. En realidad, ni siquiera sé si me corteja. Las pocas ocasiones en que hemos coincidido en alguna fiesta, no ha hecho más que ensalzar las cualidades y virtudes de su hermano; creo que lo admira sinceramente.

—¿Y por qué te habla de él? —inquirió Isabella perpleja.

Un escalofrío sacudió la delgada figura de Katia.

—Me parece que le gustaría que me casara con él —respondió.

Isabella notó una sacudida en el estómago.

—Bueno, a mí me parece un hombre atractivo —comentó con la vista fija en sus guantes azules. Esperaba que el calor que sentía en su rostro no fuese rubor.

—Pero ese hombre es... enorme —replicó Katia horrorizada.

Isabella chasqueó la lengua con disgusto. Su hermana tendría que dejar de pensar en términos de grande o pequeño, alto o bajo.

—No muerde —le aseguró mientras abría la puerta para que Katia saliera. «Pero es un hombre peligroso», le dijo una voz en su interior.

Katia se asomó al pasillo y vio a su criada Mary esperándola. Sonrió aliviada al darse cuenta de que no tendría que recorrer sola los largos corredores de la mansión. Antes de cerrar la puerta, volvió a asomar la cabeza en el salón.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Isa —le dijo con una sonrisa.

—Yo también, Katy, yo también —respondió cerrando la puerta con suavidad.

Apoyó la frente sobre la suave madera y cerró los ojos. De repente comenzó a temblar. Las emociones se arremolinaban en su interior creando un torbellino. Si al menos su madre estuviese allí, pero no estaba, y ella tendría que arreglárselas sola. Tomó aire profundamente y lo dejó escapar con suavidad. Era hora de marcharse. Abrió la puerta y recorrió silenciosa el pasillo y las escaleras, con todos los sentidos atentos. Salió al aire fresco del jardín y rogó para no encontrarse de nuevo con lord Allensbury mientras se dirigía al coche que habían alquilado y que aguardaba en uno de los callejones laterales que rodeaban la vieja mansión.

El marqués de Allensbury se encontraba en el interior del salón de baile. Apoyado contra una columna en un rincón, entre las sombras, observaba a la pareja que se deslizaba suavemente por la pista al compás de la música. La

orquesta tocaba en ese momento un vals.

El hombre mantenía a la condesa más cerca de su cuerpo de lo que permitían las normas sociales. Daniel sintió el impulso irracional de acercarse y separarlos. Sabía que no podía hacerlo a menos que deseara causar una escena y, ciertamente, no era eso lo que quería. Apretó los dientes mientras se decía a sí mismo que todo aquello era una estupidez, que debería de marcharse de aquel salón de baile, como hacía siempre. Sin embargo, no se movió.

Contempló la elegancia con la que se movía la mujer, las curvas femeninas de su cuerpo. Para encontrarse entre los brazos de su amante, la condesa se mantenía más rígida que una tabla, y su rostro estaba blanco, como si estuviese a punto de desmayarse. Daniel frunció el ceño. Antes, en el jardín, había notado la familiaridad con que la condesa se dirigía al escocés, y sus reacciones no habían sido precisamente las de una mujer asustadiza. En cambio ahora, le parecía estar contemplando a una mujer distinta. Tal vez se trataba solo de que ella prefería mantener su relación en el anonimato.

Buscó por el salón a su hermanastro y encontró a Geoffrey. Sus ojos tenían una mirada de adoración mientras seguía cada paso que daba la condesa. Daniel apretó los puños conteniendo su ira. Aquella mujer tendría que dejar a su hermanastro en paz; él se encargaría de ello.

Si Katia hubiera visto la fría mirada que en ese momento le dedicaba el marqués, se hubiera echado a temblar, pero se hallaba demasiado ocupada tratando de no dejarse llevar por el pánico mientras se encontraba entre los fuertes brazos de aquel alto escocés. Le parecía que todo el mundo los miraba, y que incluso algunas matronas le habían lanzado miradas de reprobación. ¿En qué se había metido? Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más mala le parecía la idea de que él se convirtiera en su pretendiente. Ella se había esforzado por seguir, con todo decoro, las normas sociales, pero aquel

hombre parecía empeñado en contravenirlas todas. No solo su mano sujetaba con más fuerza de la necesaria su cintura, sino que se encontraba mucho más cerca de ella de la distancia que estipulaban las estrictas normas del decoro. Su conversación no era superficial ni se limitaba al clima, como era lo propio entre dos desconocidos, y, además, la tuteaba cuando apenas acababan de conocerse.

—Podría dejar de mirarme así, señor MacDougall —le espetó con sequedad.

—¿Así cómo?, preciosa —repuso Mac divertido.

Katia apretó los dientes con fuerza.

—Y tampoco me llame así, por favor —le indicó.

—Tienes demasiadas normas, muchacha, así no puedo cortejarte.

—No deseo que me corteje —repuso ella frunciendo el ceño con fiereza.

—¡Ah!, pero esto lo estamos haciendo por tu hermana, ¿no?

Katia se mordió el labio inferior dubitativa y a Mac le pareció un gesto delicioso. Se preguntó si besarla a ella sería como besar a Isabella o si su boca tendría un sabor distinto.

—Me gustaría besarla —susurró sin pensar.

Los ojos de Katia se abrieron horrorizados y Mac tuvo que sujetarla con firmeza cuando ella dio un traspié y perdió el compás.

—No... no se le ocurra —contestó ella con voz temblorosa.

—¿Por qué no? —replicó él provocándola—. Es usted una mujer hermosa.

—Usted..., usted quiere casarse con mi hermana.

Mac esbozó una mueca de fastidio. ¿Acaso Isabella no podía mantener la boca cerrada?

—Puedo cambiar de opinión en estos días que pasemos juntos —repuso.

El rostro de la condesa se volvió más blanco si es que aquello era posible.

—Pero Isabella dijo que no pasaríamos tanto tiempo juntos.

—No se engañe, *milady* —la contradujo Mac con una sonrisa depredadora—, pienso convertirme en su sombra.

Capítulo 8

Mac contemplaba fijamente la blanca fachada de la mansión. Ahora que había llegado el momento sentía como si le hubieran clavado un puño en el estómago. Apretó con fuerza el mango de su bastón. No le gustaba llevarlo, pero se había vestido bien para la ocasión; no se presentaría en aquella casa como un rancharo, aunque estaba orgulloso de serlo.

El elegante abrigo negro lo protegía del frío aire de la mañana, así como los guantes de piel y el sombrero forrado en seda. Los pantalones de ante beige se ajustaban perfectamente a sus musculosas piernas, y las botas negras de caña alta relucían bajo el mortecino sol mañanero.

Todavía era temprano; apenas algunos pocos transeúntes recorrían la calle de Berkeley Square junto con los repartidores de leche y periódicos y los vendedores que arrastraban sus carros cargados de mercancías para vender en el mercado. Mac sabía que aquellas no eran horas para hacer visitas, pero tenía que poner en marcha los planes de Isabella, y este era el primer paso. Su rostro, que en ese momento parecía esculpido en granito, se suavizó al pensar en las dos hermanas, la audaz Isabella y la dulce Katia. Tan parecidas y tan distintas al mismo tiempo.

Respiró profundamente y soltó el aire despacio. Sabía que solo estaba retrasando lo inevitable. Cruzó la calle y subió la escalinata de mármol. Se irguió en toda su estatura y llamó a la puerta. Después de unos minutos, que a él le parecieron eternos, esta se abrió. Un estirado mayordomo, vestido con

una librea azul y negra, le dedicó una mirada en la que podía leerse claramente un mensaje: *es de mal gusto hacer una visita tan temprano*. Mac casi sonrió, pero se contuvo a tiempo y mantuvo su rostro tan estoico como el del propio mayordomo.

—Hola, Jenkins —lo saludó—, veo que los años te han tratado bien.

El hombre frunció el ceño primero y luego abrió los ojos sorprendido. Perdiendo su impasibilidad por primera vez desde que había abierto la puerta, su arrugado semblante esbozó una sonrisa.

—Milord, no lo había reconocido —se excusó con voz emocionada.

A Mac se le encogió el estómago al escuchar el título con el que el mayordomo se había dirigido a él.

—No te preocupes, Jenkins —lo tranquilizó mientras el hombre se hacía a un lado y lo dejaba pasar—, he cambiado; he crecido un poco, al menos eso creo.

El mayordomo sonrió.

—Ya lo creo, milord, ya lo creo. Permítame —dijo tomando el sombrero junto con los guantes, el bastón y el abrigo.

El hombre pareció tambalearse bajo aquel peso y Mac temió que sus viejas rodillas se doblasen, pero sabía que Jenkins no aceptaría su ayuda, así que no se movió.

—¿Se encuentra mi abuelo en casa?

Sabía que así era, puesto que no podía haber ido a ninguna parte a aquellas horas de la mañana, pero de lo que no estaba tan seguro es de si querría recibirlo.

—Sí, milord, Su Excelencia se encuentra en casa —afirmó—. Iré a avisarle de su llegada. Si me permite decirlo, milord, es usted la viva imagen de su padre —añadió antes de darse la vuelta y retirarse con paso lento.

Mac contempló el enorme vestíbulo revestido de paneles de madera. El olor a cera de abeja le trajo recuerdos de su infancia. Miró las amplias escaleras de mármol que conducían a los pisos superiores y que tantas veces había subido

y bajado él de niño. Recordaba perfectamente las habitaciones infantiles en las que había pasado la mayor parte del tiempo jugando cuando visitaba a su abuelo. Su abuelo. ¿Qué aspecto tendría ahora? Habían pasado muchos años.

Escuchó los lentos pasos del mayordomo arrastrándose por el pasillo y se volvió hacia él.

—Su Excelencia lo espera en la biblioteca, milord —le dijo—, si me permite...

—No es necesario, Jenkins —le aseguró—, recuerdo bien dónde está.

El mayordomo asintió y se retiró haciendo una reverencia.

Mac permaneció allí clavado durante un momento. Su corazón latía con fuerza y le sudaban las palmas de las manos a pesar de que hacía frío en el vestíbulo. Abrió y cerró varias veces los puños intentando controlarse. Se tiró del chaleco con gesto nervioso, aspiró el aire profundamente y se encaminó hacia la biblioteca.

La habitación se hallaba casi en penumbra y olía a mohó. Probablemente hacía mucho tiempo que su abuelo no pisaba esa estancia. Se acercó hasta los largos y pesados cortinajes de terciopelo y los descorrió dejando a la vista los grandes ventanales que daban al cuidado jardín. Los rayos se filtraron pálidos a través de los cristales iluminando el interior. Estanterías llenas de polvorientos libros reptaban por las paredes; la alfombra que cubría el suelo había visto tiempos mejores; la gran chimenea de mármol tenía cenizas acumuladas y sobre una de las mesillas descansaba un vaso de *whisky* añejo. Por lo visto su abuelo seguía teniendo la manía de que nadie se inmiscuyese en sus dominios privados, ni siquiera las criadas que limpiaban. Sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

Escuchó el ruido de la puerta al abrirse y todo su cuerpo se tensó. Se giró despacio mientras se erguía en toda su estatura. Su abuelo se encontraba en el umbral de la puerta, apoyado en su bastón y sujeto por un fornido lacayo. Se desembarazó con brusquedad del brazo que lo sostenía y le hizo un gesto al joven para que se retirase.

Seguía siendo alto, aunque tenía la espalda encorvada. Su cabello se había vuelto plateado y su cuerpo, antaño musculoso, era ahora enjuto y tembloroso, pero su rostro aún mostraba la fuerza de su carácter.

Mac vio que su abuelo avanzaba tambaleante y dio un paso adelante, pero luego se detuvo consciente de que tal vez él no necesitase su ayuda.

—Puedes acercarte, muchacho, no muerdo —gruñó el anciano con un brillo de diversión en los ojos—, y creo que todavía guardo unos caramelos en el bolsillo.

En el rostro de Mac se dibujó una media sonrisa. Cuando era niño siempre corría hacia los bolsillos del anciano en busca de los codiciados dulces.

—Y a mí me siguen gustando los caramelos de menta —repuso Mac acercándose a su abuelo y ofreciéndole el brazo.

Avanzó con él hasta una de las butacas y lo ayudó a sentarse. Un gesto de dolor atravesó el arrugado semblante del anciano, aunque enseguida lo ocultó. Luego dedicó una mirada larga y escrutadora a su nieto.

—Bueno, al menos algunas cosas no han cambiado —dijo—. Te has convertido en todo un hombre, ahora solo nos falta averiguar en qué tipo de hombre.

Mac apretó la mandíbula y se dispuso a protestar, pero su abuelo lo interrumpió.

—Vamos, no te quedes ahí de pie como si trataras de intimidarme con tu altura —le recriminó. Cuando vio a su nieto sentarse en la butaca contigua, prosiguió—. ¿Por qué has venido?

—¿Qué pregunta es esa? —inquirió él a su vez alzando una ceja arrogante.

El anciano hizo un movimiento con la mano desechando su gesto.

—Te he mandado recado muchas veces para que vinieses y solo lo has hecho hasta ahora, ¿por qué?

Podría haber respondido muchas cosas, pero Mac prefería ser sincero.

—Hay una persona a la que deseo ayudar —respondió.

El duque se reclinó contra la butaca y juntó las manos observándolo con

atención.

—Una mujer, supongo —comentó exhalando un sentido suspiro—; en eso eres igual que tu padre.

—No...

Su abuelo levantó una mano para detenerlo.

—No tengo nada en contra de las mujeres, con excepción de tu madre, quizás. Mi duquesa era una mujer hermosa y sensata, me dio buenos hijos y me hizo muy feliz —declaró con la mirada perdida en recuerdos del pasado—; sin embargo, soy demasiado viejo como para no saber que las mujeres son fuente de problemas. Tu padre también quiso salvar a una damisela y mira cómo terminó todo.

Mac lo recordaba perfectamente. Su madre, una ambiciosa joven escocesa, había entregado su virginidad a un lord durante su temporada social esperando que el hombre se casaría con ella y así obtendría el rango nobiliario que deseaba, pero el joven lord era un reconocido libertino que no tenía deseo alguno de verse bajo los grilletes del matrimonio. Su padre, enamorado de la joven en secreto, se ofreció a casarse con ella. Su madre lo aceptó con la esperanza de que algún día heredaría al menos el título de conde, pues su padre tenía un hermano mayor, heredero del ducado; sin embargo, al cabo de unos años, su madre se cansó de que su vida transcurriese como una simple vizcondesa, y se marchó a Escocia abandonando a su padre y llevándose a su hijo con ella. Mac tenía solo diez años cuando había visto por última vez a su padre y a su abuelo.

Cuando llegó la noticia de la muerte de su padre, su madre había vuelto a casarse, consiguiendo esta vez el título que ambicionaba. Nacieron nuevos hijos de esa unión y Mac creció sin el afecto de su madre, ya que lo consideraba un recordatorio de su fracaso. Las cosas cambiaron cuando él contaba dieciséis años; su abuelo escribió diciendo que el hermano de su padre había muerto de una enfermedad y que, por lo tanto, Mac era conde por legítimo derecho y, algún día, heredaría el ducado. Su madre comenzó a

presionarlo. Quería trasladar a la familia a Londres e instalarse en la gran mansión. Mac se negó, y su madre, su padrastro y sus hermanastros se lo recriminaron ejerciendo cada vez más presión sobre él, hasta que se hartó y se marchó a América, lejos de las ambiciones y rencores de su propia familia. Allí había conocido a la duquesa y había descubierto lo que era verdaderamente el amor de una madre.

La voz cascada del duque lo sacó de sus recuerdos.

—¿Quién es ella? —Quiso saber—, ¿qué es lo que desea?, ¿dinero?, ¿un título?

—No puedo traicionar a la dama, Excelencia —repuso con firmeza.

Una sombra de dolor cruzó por los ojos del anciano. Mac se sintió mal por ello.

—Antes me llamabas abuelo —murmuró en tono triste.

—Pensé que no le gustaría que lo llamase así —se disculpó él.

El duque hizo una mueca.

—No fui yo el que te repudió, hijo; fue tu madre la que te alejó de mí —se quejó amargamente—. Ahora el título y el ducado serán tuyos, si los aceptas, solo te pido a cambio un poco de cariño y de compañía en mis últimos días. Ya no tengo a nadie más, y a ningún hombre le gusta morir solo.

Mac se arrodilló delante del anciano con la garganta apretada en un nudo, tomó sus huesudas manos y las apretó suavemente entre las suyas.

—No he dejado de quererte, abuelo —le aseguró con voz ronca—, y siempre te eché de menos.

El anciano parpadeó conteniendo las lágrimas y carraspeó para aclararse la garganta.

—Bueno, y entonces, ¿quién me has dicho que es esa mujer?

Mac soltó una sonora carcajada.

—Creo que no te lo he dicho, abuelo.

—¿Y a qué estás esperando, muchacho? —le preguntó alzando la voz con un graznido—. Estoy viejo, pero no senil, aún tengo cabeza suficiente para

resolver problemas. Además, sea cual sea ese problema, necesitarás un hombre poderoso a tu lado —añadió.

Sabía que su abuelo tenía razón, enfrentarse al duque no sería tarea fácil. Asintió con la cabeza.

—Está bien —aceptó mientras se ponía de pie.

El anciano pareció revivir con aquellas palabras. Se enderezó en su asiento y se frotó las manos nudosas con regocijo.

—Entonces, cuenta, cuenta —dijo como si se tratara de una de esas viejas chismosas de Londres—; pero antes sírvenos un poco de ese magnífico *whisky* escocés. Tú y esa bebida son las dos únicas cosas que aprecio de ese condenado país.

Mac sirvió dos vasos y le entregó uno al anciano. Luego volvió a sentarse mientras pensaba cómo iniciar la historia.

—¿Recuerdas a lady Alexandra Belford? —le preguntó.

Su abuelo asintió.

—La joven condesa rusa —declaró—. Una mujer hermosa. Devlin, tu tío, bebía los vientos por ella y la cortejó con la esperanza de conquistarla, pero luego apareció ese desgraciado, el duque de Belford y se la robó —espetó con un resoplido indignado—. No entiendo qué pudo ver la muchacha en él —añadió con desdén.

—Tuvieron dos hijas gemelas —le contó Mac—. La duquesa tuvo que huir de su marido y quiso llevarse con ella a las niñas, pero solo pudo sacar a una del país, la otra se quedó con su padre —le explicó. Luego clavó en él su mirada y agregó— la duquesa se fue a América.

Un brillo de comprensión apareció en los ojos grisáceos de su abuelo. Mac terminó de contarle el resto de la historia omitiendo solo algunos detalles.

—Así que pretendes cortejar a la joven condesa viuda. Muy astuto —aprobó con admiración.

Mac sintió que algo se removía en su interior. Durante más de dieciocho años se había privado del afecto de aquel hombre convencido de que este lo

despreciaba.

—Nunca me odió, ¿verdad? —le preguntó en voz tan queda que creyó que su abuelo no lo habría oído, hasta que lo vio fruncir el ceño.

—¿Odiarte? —preguntó perplejo—, ¿por qué habría de hacerlo? A un hijo no se le pueden cargar los pecados de sus padres. Tú eres lo que has hecho de ti mismo y responderás de tus propios actos.

—Gracias, abuelo —dijo Mac con sinceridad.

El hombre se removió incómodo en el asiento y gruñó por lo bajo algunas palabras incoherentes.

—Entonces, muchacho, ¿vamos a soltar los perros tras el zorro? —dijo con una sonrisa ladina.

Mac soltó una carcajada.

Los siguientes días, los ecos de sociedad propagaron la noticia del regreso a Londres del conde de Sternbroke, nieto y único heredero del duque de Mailbury. Mac dejó el hotel y se fue a vivir con su abuelo; no tardaron en lloverles invitaciones para todos los eventos sociales. Aunque el duque llevaba mucho tiempo sin salir, hizo un esfuerzo por aparecer en público con su nieto. Pronto todas las matronas de Londres con hijas en edad casadera buscaban que les presentaran al joven, apuesto y rico conde, aunque enseguida quedó demostrado por dónde iban las preferencias de este; en todos los salones se le veía bailando siempre con lady Katia Ashlow, y la alta sociedad londinense no tuvo más remedio que reconocer que formaban una hermosa pareja.

Mac vio al padre de Isabella en una de las muchas veladas.

—Vaya, tu padre nos está vigilando —le dijo a Katia mientras bailaban un vals. Notó que el esbelto cuerpo de la muchacha se tensaba entre sus brazos y se arrepintió de sus palabras—. No tienes nada de qué preocuparte mientras estés conmigo —le aseguró.

—Pero no puedo permanecer siempre contigo —comentó ella en un murmullo.

Aquellas palabras y el tono de voz que usó le advirtieron a Mac de que algo había sucedido.

—¿Tu padre te ha hecho algo? —le preguntó con voz más áspera de lo que pretendía.

Katia se encogió un poco y él maldijo para sus adentros. Después de algunos encuentros, parecía que ella empezaba a sentirse cómoda con él, pero ahora había vuelto a estropearlo. Necesitaba que ella confiara en él, que creyese que con él se hallaba segura; lo necesitaba más allá de lo racional.

—Él no me ha hecho nada —respondió la condesa con voz débil.

—Katia, mírame —le pidió Mac con voz suave. Esperó a que ella lo hiciera y pudo ver la angustia cernirse sobre las profundidades azules de sus ojos—. Cuéntame qué ha pasado.

Ella se mordió el labio inferior dubitativa y negó con la cabeza.

—Estoy muy cansada —respondió—; si no le importa, milord, quiero irme a casa.

—Te acompañaré. —Se ofreció él.

Katia lo miró horrorizada.

—¡No puede hacerlo!

—Puedo y lo haré —replicó con sequedad.

La sacó de la pista y prácticamente la arrastró hasta la puerta donde apareció su criada Mary trayendo su capa y un criado con el abrigo, el sombrero y los guantes de Mac.

—Tenía razón Isabella —gruñó Katia molesta—, es usted demasiado mandón.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se puso pálida y cerró los ojos apretándolos con fuerza, casi como si esperase que él la golpeará. Mac la cogió suavemente del mentón y le alzó el rostro.

—Me alegro de que seas capaz de decirme lo que te molesta de mí, Katia;

nunca me enfadaré por eso contigo —le aseguró.

Subieron al carruaje y Katia se sentó en un rincón, lo más apartada que pudo de Mac. Él lo dejó pasar. Indicó al cochero que se dirigiese a la casa de la condesa e hicieron la travesía en silencio. Podía ver su rostro iluminado por la luz que penetraba a través de la ventanilla del carruaje. Era una mujer hermosa. Iluminada por la luz de la luna, su rostro parecía el de un ángel. Llevaba un vestido de seda verde que dejaba los hombros y el nacimiento de los senos al descubierto. Perlas adornaban su esbelto cuello y sus delicadas orejas. Mac habría querido cubrirla con zafiros, unas piedras tan azules como sus ojos.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión, Mac la ayudó a descender y la acompañó hasta la puerta. Iba a despedirse cuando ella habló en un susurro tan bajo que casi no la oyó.

—Uno de los pretendientes que escogió mi padre vino a visitarme —comentó. Las palabras fluían rápidamente de su boca, como si no pudiese contenerlas—. Yo me negué a recibirlo porque no era una hora prudente para las visitas, pero John, el mayordomo, lo dejó pasar igualmente. Entró en mi habitación —dijo con voz temblorosa.

Mac sintió que la furia lo invadía. Mataría a ese hijo de perra, juró.

—¿Qué pasó, Katia?

Ella tenía los ojos dilatados por el miedo y lo miraba fijamente, aunque Mac sabía que en realidad no estaba viéndolo a él.

—Él..., él quiso..., pero Mary me oyó gritar y vino.

Las lágrimas caían por su rostro como perlas brillantes iluminadas por la luz de la luna. Su cuerpo temblaba descontroladamente.

—Yo no quería —continuó. Las palabras manaban de sus labios a borbotones—, pero él era fuerte. Con William pasaba lo mismo, le gustaba cuando yo estaba asustada y me golpeaba si no le obedecía.

¡Dios santo! ¿Ese cerdo se había atrevido a golpearla?

—¿Quién fue, Katia? —le preguntó temblando de ira.

Ella siguió hablando como si no hubiese oído la pregunta de Mac.

—Me rasgó el vestido, entonces Mary lo golpeó y él se enfadó mucho y comenzó a gritarme, y..., y...

Un sollozo profundo le impidió continuar. Mac la envolvió en sus brazos y la apretó contra su pecho. Ella no reaccionó ante aquella invasión de su intimidad, lo que le indicó a Mac lo alterada que se encontraba. Le susurró al oído palabras tranquilizadoras mientras le acariciaba suavemente la espalda. Katia se fue relajando y se acurrucó contra él como un niño, buscando el calor y la protección de sus brazos.

Sabía que Mary, la criada, los observaba algo apartada de ellos, pero no le importó. En ese momento Katia lo necesitaba. Se separó lentamente de ella y le alzó el rostro acariciándole la mejilla con ternura. Algunas lágrimas se habían quedado prendidas en sus pestañas como gotas de rocío.

—Katia —la llamó esperando que ella lo mirase realmente.

Cuando por fin lo hizo, Mac inclinó la cabeza y depositó en sus labios un suave beso mientras aspiraba su perfume a lavanda. Aquella dulce caricia lo encendió por dentro y deseó más. Apretó los puños con fuerza maldiciendo en su interior y dio dos pasos hacia atrás para alejarse de su tentador cuerpo.

—Conmigo estás a salvo —le aseguró—. Buenas noches, dulce Katia.

Dio media vuelta y se alejó de ella. Al pasar junto a Mary le pidió a la muchacha que cuidase de su señora, luego subió al carruaje e indicó al cochero una nueva dirección.

La casa de Isabella quedaba cerca y él necesitaba hablar con ella. Sabía que era tarde, pero no creía que ella durmiese todavía. Llevaba varios días sin salir de casa y la inactividad la ponía nerviosa. No había podido ir a verla desde que había hablado con su abuelo, aunque le había dejado un mensaje contándole sus planes. Después de haber hablado con Katia estaba convencido de que Isabella debía de ocupar su lugar cuanto antes. Apretó los puños furioso al recordar sus palabras. Ella no le había dicho quién era el hombre que había intentado violarla, pero él lo averiguaría y le haría pagar

por ello. Se le revolvía el estómago solo de pensar en las manos de ese cerdo sobre su dulce Katia.

Mac se dio cuenta de lo que estaba pensando y maldijo para sus adentros. Aquella mujer se le estaba metiendo en el corazón.

Isabella se encontraba despierta. Lo recibió vestida con una bata de seda blanca sobre un níveo camión y un destello de ira en sus grandes ojos azules.

—Mac, eres un..., un..., ¿por qué no me dijiste que eras conde? —le espetó furiosa.

El cabello rubio trenzado le caía hasta las caderas. A Mac le recordó a una de las valquirias mientras se paseaba descalza sobre la alfombra del saloncito en el que habían entrado cerrando la puerta para que no los escuchasen los criados.

—No era importante —respondió él acomodándose en uno de los sillones.

Ella se detuvo bruscamente y se giró hacia él con los ojos como brillantes zafiros.

—¿Que no era importante? —le gritó.

Él mantuvo un tono de voz suave cuando le respondió.

—No era importante en América —le aclaró—. Sabes bien que allí los títulos no cuentan, y ni tú ni yo teníamos pensado volver a Inglaterra.

Ella bufó con desdén, pero no replicó. Sabía que Mac tenía razón.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó todavía ligeramente molesta.

—Se trata de tu hermana.

Isabella se sobresaltó y se movió rápidamente hasta él acomodándose a su lado en el diván.

—¿Qué le pasa? ¿Ha sucedido algo? —le preguntó preocupada agarrándolo del brazo.

Se encontraba tan cerca de él que Mac podía oler su aroma a rosas y sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—Isabella, que no soy de piedra —le gruñó.

Ella lo miró perpleja.

—¿Qué?

—No puedes acercarte tanto a mí tal y como vas vestida —le explicó molesto.

Isabella chasqueó la lengua disgustada.

—Eso no importa ahora, Mac, quiero saber lo que ha pasado —le exigió.

Mac dejó escapar un suspiro de resignación y le explicó todo en pocas palabras.

—Tienes que ocupar su lugar cuanto antes —concluyó.

Ella se levantó de golpe y comenzó a caminar de nuevo por la habitación.

—Voy a destripar a ese mal nacido —espetó con rabia.

—De eso ya me encargo yo —acotó Mac—, lo que quiero saber es si estás preparada para ser la condesa.

Isabella se volvió hacia él y alzó la cabeza adoptando una pose arrogante digna de una reina.

—Lo estoy.

Capítulo 9

Daniel avanzaba despacio a lomos de su magnífico caballo por las calles de Londres. Le gustaba salir a montar temprano, especialmente porque a esas horas no había demasiados jinetes en Rotten Row y podía dar rienda suelta a su pura sangre.

Hércules, el poderoso semental negro, corcoveó nervioso al sentir la agitación de su jinete. Daniel estaba preocupado. La noche anterior había hablado con Derek y este le había puesto al corriente de la situación. Las revueltas populares se habían vuelto más violentas en Francia. Derrocado Luis Felipe de Orleáns en febrero, se había proclamado la Segunda República con un gobierno provisional; sin embargo, la burguesía trataba de oprimir a los movimientos obreros. La clase obrera, consciente de la miserable situación en la que se hallaba y de la fuerza que representaba como grupo para reivindicar sus intereses, se había enfrentado a ella, y París se había llenado de barricadas estallando numerosos conflictos violentos. Algunos miembros del grupo de la Joven Irlanda, viendo el éxito obtenido en el país vecino, habían cruzado la frontera hacia Francia para pedir ayuda a Lamartine. Si Francia decidía intervenir sobre Inglaterra, aquello podía degenerar en una nueva guerra entre ambos países.

Derek le había contado también que habían interceptado a un mensajero en una de las posadas que se encontraba en el camino de Londres a Dublín. Se había reunido con algunos campesinos y habían podido escuchar algo de su

conversación. Preparaban un atentado para el mes de julio, aunque desgraciadamente no habían podido saber de qué se trataba exactamente. Como estaban a comienzos de mayo, todavía tenían unos meses por delante para conseguir detenerlos, pero lo que más le preocupaba eran los miembros de la Joven Irlanda que se habían introducido entre la aristocracia londinense. Derek creía que estaban organizando algo gordo, pero eran demasiado escurridizos.

La frustración puso a Daniel de mal humor. Había tratado de mantener bien abiertos los ojos y los oídos en todos los eventos sociales a los que había asistido, pero no había escuchado nada fuera de lo normal. El que pretendía hacer el trabajo lo hacía bien y lo hacía solo. De todas formas, también tenía que reconocer que había estado algo distraído. La presencia de cierta condesa en los bailes de sociedad le había hecho perder la concentración. Se decía a sí mismo que la furia que había sentido al verla en brazos de su amante escocés, quien había resultado ser un conde y heredero a un ducado, se debía solo al daño que le causaba a su hermano, pero no era tan ingenuo como para creérselo y aquello lo molestaba.

Enfiló al trote el camino de ingreso a Rotten Row justo a tiempo para ver pasar al galope a la mujer que lo obsesionaba desde la noche del jardín. Montaba un bayo de gran alzada y poderosos cuartos traseros que parecían cortar el aire con cada movimiento. Aquella mujer era una consumada amazona; se erguía sobre el caballo como si formara parte de él. Detrás, a cierta distancia, la seguía un mozo.

Hércules resopló y sacudió las crines, inquieto. Daniel hincó los talones en los ijares del animal y soltó rienda. El semental relinchó y se abalanzó sobre el camino. No le resultó fácil alcanzar a la condesa; el bayo corría rápido y ella le llevaba ventaja.

Isabella percibió que alguien la seguía antes de escuchar los cascos de un caballo tras ella. Miró hacia atrás nerviosa, pero no pudo distinguir al jinete que la perseguía. Un miedo irracional la invadió, se reclinó sobre el cuello del

animal y le susurró suaves palabras como le había enseñado Rayo de Luna. Como si comprendiese lo que le pedía, el bayo agitó la cabeza y aceleró el ritmo internándose en el parque.

Daniel vio que el caballo cambiaba de dirección y maldijo para sus adentros. ¿Acaso aquella mujer no se daba cuenta de que se encontraba en un terreno irregular? El animal podía tropezar y romperse una pata arrojando a su jinete, que bien podía partirse el cuello. Azuzó al semental y comenzó a llamar a la condesa.

Isabella oyó la voz y supo inmediatamente de quién se trataba, pero ya era demasiado tarde para detenerse; el animal se acercaba a un muro de piedra con toda la intención de saltarlo. En aquel momento deseó estar montada a horcajadas, como lo hacía en el rancho, y no sobre aquella incómoda silla de amazona con la que no se sentía tan segura. Se aferró con fuerza a las riendas y rezó para que el caballo supiese lo que hacía. Con un poderoso impulso de sus patas traseras, el bayo saltó el muro rozándolo con los cascos antes de volver a apoyarse con firmeza sobre el suelo. Isabella tiró de las riendas hasta que el animal se detuvo resoplando agitado.

—¿Es que ha perdido el juicio?

Apenas pudo distinguir las palabras que le gritaba el marqués; el corazón le retumbaba en los oídos y latía con fuerza en sus sienes. Se bajó del caballo y respiró hondo para calmarse, aunque le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en un árbol.

—¿Acaso buscaba matarse? —le espetó furioso Daniel bajando también de su caballo.

—Si usted no me hubiera perseguido, no me habría asustado —replicó ella en el mismo tono seco—. ¿Tiene por costumbre cabalgar como un loco detrás de las mujeres?

—Solo detrás de las que tienen tan poco sentido común como para ponerse a galopar en un terreno desigual —repuso entre dientes. Se pasó la mano por el cabello con gesto nervioso—. Siento haberla asustado, no era esa mi

intención —añadió ya más calmado.

—Creo que ya había escuchado eso mismo antes —le dijo Isabella con tono burlón.

Daniel esbozó una media sonrisa al recordar la noche del jardín; por lo visto ella tampoco había olvidado aquel encuentro.

—La he visto cabalgar y me ha sorprendido lo bien que monta —comentó Daniel.

Isabella se puso rígida y una chispa de furia se prendió en sus ojos azules. Había escuchado ese comentario y otros parecidos muchas veces. Cuando su madre puso el rancho, muchos hombres le dijeron que no podía dedicarse a la cría de caballos porque era una mujer.

—¿Por qué? —le replicó enfadada—. ¿Acaso cree que montar bien es una capacidad exclusiva del género masculino?

Daniel levantó las manos en señal de paz.

—Trataba de hacerle un cumplido —se defendió.

Ella soltó un resoplido muy poco femenino.

—No tengo necesidad de que me hagan cumplidos, milord —señaló—. Mi madre era rusa y descendía de una larga estirpe de extraordinarios jinetes cosacos, y yo misma me crié entre caballos.

Isabella se calló abruptamente y maldijo para sus adentros al darse cuenta del desliz que había cometido. Aquel hombre sacaba siempre lo peor de su carácter.

Daniel alzó las cejas sorprendido. ¿Ella se había criado entre caballos? Estaba a punto de preguntarle al respecto cuando el vello de la nuca se le erizó justo antes de que un disparo hendiese el aire y saltaran astillas de madera del árbol junto al que se encontraban. Actuando por instinto, Daniel se lanzó sobre la mujer derribándola y cubriéndola con su cuerpo para protegerla. Agudizó el oído y se mantuvo atento, pero todo parecía estar en calma.

La mujer comenzó a moverse frenéticamente debajo de él empujándolo

para intentar levantarse. Había un loco disparándoles y lo último que necesitaba Daniel en ese momento era tener que lidiar con una mujer histérica.

—¡Maldición, mujer, no se mueva! —susurró entre dientes—. Nos han disparado.

—Ya lo sé —le espetó Isabella furiosa—; quiero saber quién lo ha hecho.

Daniel se apartó un poco de ella y la contempló con ojos asombrados. La chaquetilla de su traje verde de terciopelo se había cubierto de polvo y de hierba al caer al suelo, y el elegante sombrero que adornaba su cabeza se había ladeado soltando algunos mechones de su rubio cabello. Se veía hermosa... y también furiosa.

—Mi querida condesa, es usted una fuente de sorpresas —comentó en tono divertido.

—No soy su querida condesa —replicó—. ¡Oh, cálese y haga el favor de quitarse de encima de mí!

En ese momento Daniel tomó conciencia del cálido cuerpo femenino que se movía inquieto debajo de él. Su pecho rozaba los suaves senos de la mujer y hasta él llegaba un embriagador aroma a rosas silvestres. La condesa debió darse cuenta del sutil cambio operado en él, puesto que se quedó quieta mirándolo con sus grandes ojos azules que parecían oscurecerse más y más a cada momento.

Isabella sabía que él iba a besarla, y aunque no debería hacerlo, lo deseaba. Había soñado muchas noches con el beso que él le había dado en el jardín. El corazón empezó a latirle con fuerza y su respiración se agitó. Unas sensaciones extrañas se agitaban en su estómago.

Él apartó con suavidad un mechón de su cabello que le caía sobre la frente; luego su mano descendió en una lenta caricia por su mejilla y su cuello haciendo que a Isabella se le encogiesen los dedos de los pies. Entonces su boca descendió sobre la de ella.

—Katia —susurró con voz enronquecida.

Isabella sintió como si le hubiese atravesado un cuchillo y giró la cabeza extendiendo las palmas de las manos sobre su pecho firme para detenerlo. No era a ella a quien deseaba, sino a su hermana, la condesa. Podían ser físicamente iguales, pero ella era algo más que un cuerpo.

Él percibió el cambio en ella y la oyó rogar.

—Por favor.

Daniel frunció el ceño y se apartó un poco para poder mirarla. ¿Qué demonios había sucedido para que cambiara de opinión? Sabía que estaba dispuesta a que la besara; había sentido su cuerpo suavizarse bajo el de él. ¿Qué había provocado entonces el cambio? Soltó una maldición por lo bajo y se apartó de ella, aunque tenía el cuerpo dolorido y necesitado. De todas formas, aquel no era momento para esas cosas. Aunque su instinto le decía que quien había disparado no se encontraba ya allí, no podía estar seguro del todo. Se levantó y le tendió a ella una mano para ayudarla.

La condesa la aceptó. Ya de pie, bajó el rostro ruborizada y comenzó a sacudir su traje de montar con manos temblorosas. Él sabía que no era de miedo. La proximidad de su cuerpo la había afectado tanto como el de ella a él. Daniel miró alrededor buscando los caballos, para darle así tiempo a ella de recomponerse. Los animales habían huido ante el sonido del disparo. Dio un fuerte silbido y el semental negro no tardó en aparecer. No había ni rastro del bayo de la condesa.

—Tendremos que buscar a su caballo —le dijo Daniel—; quizás su mozo podría ayudarnos.

Se volvió hacia ella, pero vio que la condesa tenía los ojos clavados en Hércules.

—Es un animal precioso —comentó Isabella avanzando hacia el caballo.

Daniel quiso detenerla.

—Es un animal arisco —señaló—, no le gustan demasiado los extraños.

—En ese caso es como su dueño —murmuró ella por lo bajo.

Él la oyó y su boca se torció en una mueca. Ciertamente no se había portado

con ella como un caballero. La había juzgado precipitadamente y ahora se daba cuenta de que ella era muy diferente a como se imaginaba. La vio acercarse despacio al semental, que resoplaba inquieto, y murmurarle suaves y tranquilizadoras palabras en una lengua que no reconoció. Él había viajado mucho por Europa, la India e incluso había llegado hasta China, y podía jurar que aquella lengua no pertenecía a ninguno de esos países. Cada vez se sentía más desconcertado con lo que descubría sobre ella.

La contempló mientras acariciaba con cariño el morro de Hércules con largas pasadas de su mano. La condesa se volvió hacia él en ese momento y esbozó una sonrisa encantadora. Daniel sintió como si lo hubieran golpeado. Hasta ahora, ninguna mujer le había interesado lo suficiente, pero esa mujer se le estaba metiendo bajo la piel, y lo peor de todo era que se estaba acercando demasiado a su corazón. Un corazón que él había mantenido protegido durante mucho tiempo porque no deseaba volver a sufrir.

Isabella se apartó del caballo y el traidor animal la siguió. Parecía que también había conquistado su corazón.

Daniel lo sujetó de las riendas y miró a la condesa.

—*Milady*, le presento a Hércules, mi magnífico semental —le dijo con seriedad—. Hércules, esta es lady Katia, salúdala.

El animal se inclinó ante ella en una graciosa reverencia e Isabella lo miró fascinada.

—¿Lo ha entrenado usted mismo? ¿Lo usa solo como montura o también se dedica a la cría? —le preguntó.

Daniel la miró con sorpresa. Las mujeres solían soltar una risilla cuando hacía ese truco con ellas y luego se dedicaban a coquetear un poco con él o a comentar sus preferencias por cabalgar en Hyde Park donde podían ver y ser vistas. Esta mujer, sin embargo, había vuelto a sorprenderlo. Le gustaba que fuese rápida para las réplicas y que se atreviese a hacerlo, pocas mujeres soportaban como ella el ácido humor del marqués; le gustaba cómo brillaban sus ojos cuando se ponía furiosa y, sobre todo, le gustaba la inocente

sensualidad que desprendía, como si no fuese consciente de su belleza o no le importase.

—¿Daniel? —lo llamó Isabella preocupado al ver que él no respondía.

Él escuchó el sonido de su nombre en sus dulces labios y se estremeció. Percibió el instante en que ella se dio cuenta de que lo había llamado por su nombre de pila, pero él prefirió no hacer ningún comentario. No quería estropearlo. Más bien tuvo la idea de que le gustaría que lo llamase así muchas más veces.

—Me gusta la cría de caballos —respondió a su pregunta—. Heredé el gusto de mi padre, que se dedicó a ello durante muchos años.

«Desde que mi madre nos abandonó para irse con otro hombre», añadió en su interior lleno de amargura.

—Yo también me... —Comenzó Isabella emocionada hasta que se dio cuenta de lo que iba a decir y se detuvo para cambiar sus palabras—. Me fascina la cría de caballos, es decir, me gustan esos animales.

Gimió para sus adentros. ¿Por qué tenía que ser tan complicada la sociedad inglesa? Se suponía que una joven bien educada no debía de hablar, y por supuesto no debía saber nada, sobre la cría de caballos o de cualquier otro animal. Habiéndose criado en un rancho, ella tenía conocimientos de sobra sobre esos asuntos, y en cambio le costaba enormemente hablar del clima o de cualquier otra cosa insustancial.

—Si tiene algún consejo al respecto, me ayudaría —declaró Daniel muy serio. Ella primero lo miró asombrada, luego con una esperanza brillando en sus preciosos ojos, y finalmente con escepticismo. Él le aclaró su comentario—. Es usted una amazona extraordinaria, y se ve que entiende de caballos, no veo por qué no pueda aconsejarme solo porque sea mujer.

Isabella miró al pura sangre. El animal presentaba una estampa fabulosa junto a su dueño. Los dos era altos y musculosos, de fuerte presencia y carácter; las negras crines del semental contrastaban con el cabello leonado del marqués, pero en los ojos de ambos había un brillo de inteligencia y

astucia. Estaba segura de que a Daniel no le gustaría saber que lo comparaba con un caballo, pero hacía tiempo que ella se había dado cuenta de que los hombres se parecían bastante a estos animales. El marqués le recordaba a esos caballos ariscos, ingobernables, que querían ir por libre, pero que solo necesitaban una mano cariñosa y suave que los guiara. Miró al marqués como si lo viera por primera vez y se preguntó si sería capaz de domarlo. Esbozó una sonrisa espléndida; ella nunca se había resistido a un desafío.

Daniel vio la sonrisa de la mujer y el estómago se le encogió.

—Creo que será mejor que nos vayamos —le dijo con voz ronca.

La ayudó a subir sobre la montura y luego él se colocó detrás. Hércules soportó sin problemas el peso de los dos jinetes, pero Daniel se encontraba un poco más incómodo. La cercanía de la condesa suponía una tentación. A cada movimiento del animal, su brazo rozaba los suaves senos de la mujer; se había quitado el sombrerito y su cabello le hacía cosquillas en la barbilla; su fragancia a rosas resultaba embriagadora.

Isabella tragó saliva mientras el estómago le daba un vuelco al sentir de nuevo el roce involuntario del brazo del marqués. Sentía los senos sensibles y tirantes, y le dolía la espalda por llevarla rígida en un intento por no apoyarse sobre el pecho del marqués. El calor de él la envolvía como si se encontrase en un agradable capullo, y su rodilla le acariciaba el muslo. Le pareció que él depositaba un suave beso sobre su cabello, pero supuso que lo había imaginado.

Daniel había cedido a la tentación y había besado aquel cabello suave como la seda. Lo llevaba recogido sobre la cabeza en un sencillo moño y algunos mechones sueltos descendían por su nuca enroscándose libremente. Deseó poder retirar todas las horquillas y dejar que cayese por su espalda como finos hilos de oro.

La voz melodiosa de la condesa lo sacó de sus ensoñaciones.

—Creo que nos dispararon desde aquí.

A Daniel le sorprendió el comentario. Miró a su alrededor y se dio cuenta

de que, efectivamente, el tirador debía de haber disparado desde ese punto.

—No se mueva —le dijo bajándose del caballo.

—Voy con usted —declaró ella.

Daniel dejó escapar un suspiro de resignación y la tomó de la cintura para ayudarla a bajar. La dejó en el suelo, pero no la soltó.

—¿Alguna vez obedece, mujer? —le preguntó mirándola fijamente.

—Muy pocas veces, milord —respondió ella con un brillo divertido en los ojos y una sonrisa.

Él tuvo ganas de reírse y besarla al mismo tiempo; decidió hacer lo primero aunque le apetecía mucho más lo segundo. La soltó despacio y se apartó a un lado.

Se internaron entre la maleza para intentar encontrar alguna huella. Isabella se recogió la falda del vestido pegándosela a las piernas para que no se rasgara con alguna espina o se enganchara en las ramas. Daniel gimió para sus adentros al ver cómo se le marcaba el delicioso trasero. Aquella mujer lo iba a llevar a la tumba.

Isabella observó el suelo tal y como le había enseñado Rayo de Luna, las irregularidades, las ramas partidas o las hojas pisadas, cualquier cosa que se saliera de lo normal. No tardó en dar con el lugar exacto, casi al mismo tiempo que Daniel.

—Desde aquí —dijo señalando el lugar donde se veía la huella que alguien había dejado al clavar una rodilla en la tierra.

Daniel encontró a un lado una mancha negra y se arrodilló para examinarla. El polvo negro se le pegó a los dedos y lo olió. Pólvora. Aquel disparo no lo había hecho un cazador furtivo.

—¿Alguien tiene algo contra usted, condesa? —le preguntó poniéndose de pie.

—¿Aparte de usted mismo, milord? —repuso ella destilando sarcasmo mientras esbozaba una dulce sonrisa.

Él hizo una mueca como si le hubiese dolido.

—Solo intentaba saber a quién de los dos le habían disparado —explicó—. Yo ya sé que a mí hay mucha gente que quisiera verme muerto.

—No me extraña, si se comporta siempre con tanta amabilidad —insinuó ella.

Daniel percibió el tono amargo de su voz.

—Lo siento —dijo de pronto mirándola con seriedad—. Siento mucho haberme comportado con usted como un patán, en mi favor solo puedo decir que de verdad estaba preocupado por mi hermanastro. Le ruego que acepte mis disculpas, por favor.

Isabella las aceptó con una leve inclinación de cabeza.

—Solo si me permite visitar sus caballerizas —repuso con picardía.

—En verdad le interesan los caballos, ¿no? —inquirió él fascinado—. Le doy mi palabra de honor de que tendrá una invitación, así podrá explicarme quién es usted de verdad, una mujer que se crió entre caballos, habla con ellos en una lengua extraña y sabe encontrar pistas tan bien como cualquiera de los mejores rastreadores del ejército británico —señaló con tono divertido.

No fue consciente de que el rostro de Isabella había palidecido. Se estaba traicionando a sí misma a pasos agigantados. Sabía que tenía que controlar su lengua, pero por algún motivo, tal vez porque el marqués le recordaba mucho a Mac, se sentía a gusto con él y tendía a comportarse como lo hacía con su amigo, olvidando que ella solamente imitaba a su hermana.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Daniel ayudándola a montar de nuevo.

Salieron de la arboleda y tomaron de nuevo el camino. Apenas habían avanzado unos metros cuando apareció el mozo de cuadra llevando de las riendas al bayo.

—*Milady*, ¿se encuentra bien? —le preguntó el mozo preocupado acercándose a ellos—. Oí un disparo y fui a ver qué ocurría, cuando vi pasar al caballo solo me asusté.

—Estoy bien, Timothy, muchas gracias —respondió con una sonrisa.

Luego miró a Daniel—. Gracias por ayudarme, lord Allensbury.

—Ha sido un placer —repuso él mientras la ayudaba a bajar del semental. Vio que se mordía el labio inferior dubitativa y agregó—, ya me ocupo yo de este otro asunto, no se preocupe; aunque será mejor que, al menos por algún tiempo, vaya bien acompañada.

—Gracias, milord.

Daniel tomó su mano y se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estoy siempre a su disposición, condesa.

El mozo ayudó a Isabella a subir a su montura y luego se alejaron. Daniel los observó hasta que se perdieron de vista. Entonces regresó al lugar donde se encontraban cuando se efectuó el disparo y buscó la bala. Un estremecimiento le recorrió la columna al pensar que la condesa podría haber muerto, o incluso él mismo. Solo por unos centímetros no le había reventado la cabeza. La bala de plomo se hallaba incrustada en el grueso tronco del árbol. Sacó el cuchillo que siempre solía llevar con él y la extrajo con cuidado. La bola de plomo cayó sobre su mano. Venía envuelta en tela engrasada. La envolvió en un pañuelo y se la guardó en el bolsillo del chaleco. Conocía a alguien que podía decirle a qué tipo de fusil pertenecía. Tal vez, si obtenía esa información podría llegar a averiguar quién deseaba verlo muerto.

El hombre soltó una maldición cuando vio al marqués salir del parque montado sobre el magnífico semental negro. Tendría que haber disparado de nuevo, pero no tenía mucha experiencia en recargar ese tipo de armas. Mientras intentaba hacerlo, había aparecido el mozo de cuadra de la condesa atraído por el sonido del disparo, y él se había asustado.

Volvió a maldecir. Ahora tendría que esperar para encontrar una nueva ocasión para matarlo. Mientras no quitase de en medio al marqués, no

podrían llevar a cabo sus planes e Irlanda no sería libre. Era un hombre demasiado astuto y, si no se equivocaba, trabajaba para el gobierno, o al menos eso había insinuado su hermanastro. Ahora tendría que volver a sacarle información a Geoffrey sobre los movimientos del marqués. Tal vez podría acabar con él durante un baile, o quizás mientras se encontrase en el teatro, pensó divertido. La próxima vez no fallaría.

Esperaba que en la próxima ocasión la condesa no se hallase cerca, ya que preferiría no hacerle daño, a pesar de que había visto cómo la miraba el marqués. Tal vez, si era necesario, podría usarla a ella para atraer a lord Allensbury a una trampa.

De un modo u otro, el marqués moriría.

Y entonces todo estaría listo para el gran día.

Capítulo 10

Mac llamó a la puerta y esperó. Enseguida le abrió un sirviente vestido con una vieja librea, algo descolorida, y con el ceño fruncido. Repasó groseramente al visitante de arriba abajo y esbozó una sonrisa torcida. A Mac le desagradó inmediatamente.

—Vengo a ver al duque —le espetó con tono autoritario.

El hombre ni siquiera pestañeó, tampoco le franqueó la entrada.

—¿A quién debo anunciar?

—Soy el conde de Sternbroke —declaró Mac poniendo su mejor pose de aristócrata libertino.

Su abuelo le había dicho cómo tenía que comportarse con el duque si quería obtener su aprobación. Si Mac se presentaba como realmente era, un hombre íntegro y decidido, el duque lo rechazaría; él buscaba a alguien fácil de manipular o de chantajear, de otra forma sería imposible que consiguiese el dinero que deseaba a cambio de su hija.

El sirviente le dedicó una mirada especulativa, luego afirmó con la cabeza.

—Veré si puede recibirlo, milord —dijo dándose media vuelta y cerrándole la puerta en las narices.

«Desde luego, el duque se esmera en escoger a su personal», se dijo Mac. Pensó en Katia y en Isabella. Todo aquello lo hacía por ellas; si por él fuese, habría echado abajo la puerta a patadas y le hubiese dejado las cosas bien claras al duque.

Al cabo de un momento la puerta se abrió de nuevo y el sirviente lo dejó entrar. No recogió sus guantes ni su sombrero, sino que lo acompañó directamente al estudio personal del duque donde lo anunció antes de hacerlo pasar.

El interior de la habitación olía a moho y a polvo, como el resto de la mansión por donde él había pasado. Los muebles se veían viejos y descuidados. Las alfombras estaban raídas y las paredes descoloridas, y en algunas de ellas se veían los huecos de cuadros desaparecidos.

El duque se hallaba sentado en un sillón de piel situado tras el enorme escritorio de madera que ocupaba casi toda la pared frontal de la habitación. Los ventanales que había detrás permitían ver una pequeña extensión del descuidado jardín que rodeaba la mansión. El hombre no levantó la vista cuando Mac entró, así que este pudo estudiarlo a su antojo. Era un hombre alto, de anchos hombros y cabello plateado. Llevaba una chaqueta de terciopelo gris ajustada y desgastada por los puños. Iba sin corbata, con el cuello de la camisa abierto y, junto a su mano, descansaba una copa de coñac medio vacía.

Como si el hombre hubiera sabido que Mac lo estaba inspeccionando, levantó la cabeza y esbozó una sonrisa desagradable mientras se tomaba su tiempo para inspeccionarlo a él.

—¿Y bien? —dijo finalmente—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Mac continuaba todavía de pie. No había sillas junto al escritorio, como si el duque deseara mantener así su dominio sobre las visitas. Echó un vistazo alrededor y vio un par de sillas situadas junto a la pared, detrás de él. Mac vio la sonrisa sardónica que cruzó el rostro del duque. Se encogió de hombros, tomó una de las sillas, la colocó al lado del escritorio y se acomodó sobre ella con una sonrisa beatífica. Percibió el desafío en la mirada del duque, pero lo pasó por alto.

—He venido a hablar de su hija —le dijo en tono displicente—, me gustaría cortejarla.

El duque se reclinó sobre la butaca y contempló a Mac fijamente.

—¿Por qué? —Quiso saber.

—Es una mujer hermosa —repuso con un encogimiento de hombros.

—Hay muchas mujeres hermosas en Londres —respondió con sequedad el duque—, y no creo que usted tenga problemas para conseguir llevárselas a la cama sin necesidad de pasar por el matrimonio.

El carácter escocés de Mac le hizo hervir la sangre por dentro ante la vulgaridad del duque, pero se contuvo.

—Es cierto —admitió—, me gusta disfrutar de las mujeres, pero como conde y heredero de un duque, necesito una condesa que me dé hijos y los crie. No tengo paciencia para ir detrás de tontas jovencitas debutantes; digamos que prefiero una transacción fácil.

El duque no se sintió ofendido al ver que su hija era tratada como una mercancía de comercio, pero Mac se sentía asqueado por sus propias palabras que le dejaron un sabor amargo en la boca.

—Ya veo, ¿y cuál es el precio que está dispuesto a pagar? Tenga en cuenta que el ejemplar que desea adquirir es una mujer fina y educada; bien adiestrada en las artes amatorias —comentó riéndose entre dientes—, aunque estoy seguro de que usted podrá enseñarle algunas cosas más; es obediente, aunque a veces pueda ser algo obstinada, pero soporta bien los golpes. Espero que sepa apreciar lo que se le ofrece y estipule un precio justo.

A Mac se le revolvió el estómago y tuvo que apretar con fuerza los puños para no lanzarse sobre el hombre y darle una paliza de muerte por la forma en que humillaba a su hija. No le extrañaba que Katia le tuviese miedo.

El duque contemplaba con regocijo los esfuerzos que hacía el conde por controlarse. ¿Acaso pensaba ese estúpido dandi que no se había dado cuenta de que estaba enamorado de su hija? Había visto cómo la miraba mientras bailaban y cómo sus manos buscaban ansiosas su cuerpo. Un tonto enamorado como él pagaría una fortuna por Katia.

—¿Tal vez milord desee probar antes la mercancía? —apostilló.

Mac vio el brillo codicioso en los ojos grises del duque y supo que estaba jugando con él. Bueno, él también podía jugar el mismo juego.

—Tal vez —repuso con indolencia encogiéndose de hombros—, pero si la mujer no vale el dinero que estoy dispuesto a pagar por ella, no habrá trato.

El duque se inclinó sobre el escritorio con interés.

—¿Y cuánto sería eso?

Mac esbozó una sonrisa desagradable.

—Lo suficiente para pagar todas sus deudas de juego y evitarle así una visita a la prisión de Newgate.

El duque lo miró con los ojos entrecerrados y luego estalló en carcajadas. Se levantó y sirvió una copa de coñac que le entregó a Mac.

—Brindo por ello —le dijo alzando su propia copa—. La muchacha vale ese dinero, ya lo verá.

Cuando abandonó la mansión del duque, Mac hervía de furia. Se dirigió al salón de Jackson donde podría descargar su rabia en un buen combate de boxeo. Aunque el dueño, el gran boxeador John Jackson, «El Caballero», había muerto hacía unos años, el salón de entrenamiento para caballeros continuaba funcionando.

Después de una buena pelea, con los nudillos y alguna que otra costilla dolorida, pero ya más sereno, se dirigió a la mansión de su abuelo. Necesitaba hablar con él, pues sentía que había habido algo en su entrevista con el duque que no estaba bien; era como si el hombre supiese algo que él desconocía.

Su abuelo lo recibió, como siempre, en la biblioteca. Mac se acercó y sirvió dos vasos de *whisky* de malta escocés y le entregó uno a su abuelo. El hombre lo saboreó despacio y en su rostro apareció una sonrisa de completa felicidad.

—¿Así que has estado en la guarida del zorro? —inquirió—. Y bien, hijo, cuéntame cómo te ha ido.

Mac lo hizo sintiendo que renacía en él la furia que aquel hombre había provocado en su interior.

—Pero siento que hay algo mal con todo esto, abuelo —le comentó preocupado—, aunque el duque haya aceptado la propuesta.

—El hombre es más astuto de lo que pensamos —declaró su abuelo sacudiendo la cabeza—. Tomó en cuenta algo que yo pasé por alto porque no me pareció relevante; sin embargo, eso jugará a nuestro favor.

—Abuelo, ¿de qué demonios estás hablando?

El duque esbozó una sonrisa maliciosa.

—Pues de que tú, mi muchacho, estás enamorado hasta las cejas de la hermosa lady Katia Ashlow.

La verdad de aquella afirmación golpeó a Mac como si le hubiesen arrojado a la cara un guante para desafiarlo a un duelo. Se quedó rígido, contemplando a su abuelo, hasta que las palabras fueron penetrando poco a poco en su aturdido cerebro y cobrando sentido. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado de ella? Ciertamente Isabella y su hermana se parecían como dos gotas de agua, pero él nunca había estado verdaderamente enamorado de Isabella, la quería, sí, y había concebido la idea de casarse con ella, pero no la amaba. ¿Cómo podía entonces amar a Katia?

—Porque ella te necesita —comentó su abuelo como si adivinase lo que Mac estaba pensando—; necesita tu fuerza, tu protección, la seguridad que tú le puedes dar.

—Abuelo, eso no es amor —le espetó Mac.

—¡Ah!, ¿no? Y entonces ¿qué es el amor? —le preguntó—. ¿Besos románticos a la luz de la luna? No, muchacho, el amor es un prisma con muchas aristas y algunas de ellas bastante filosas. No puede gustarte solo una cara, o te gustan todas ellas, o no hay prisma. Tú la deseas, ¿no?

Era una afirmación más que una pregunta, y Mac se sonrojó involuntariamente, pero respondió.

—Por supuesto, no estoy ciego ni muerto —replicó con sequedad—. Es una

de las mujeres más hermosas que he conocido.

—Pues llévatela a la cama y ya está —sugirió su abuelo con sentido práctico.

—¡Maldición! No puedo hacer eso —gruñó Mac.

—¿Por qué no? —inquirió el duque en tono despreocupado—. Ella es viuda, muchas viudas tienen amantes; solo necesitáis ser discretos.

—No puedo hacerlo —insistió él—. Quiero algo más de Katia que un simple revolcón en la cama por muy agradable que pueda ser.

—¡Ajá! ¿Y qué es exactamente lo que quieres de ella?

—Quiero despertarme junto a ella cada mañana —declaró Mac—, y poder tocarla y besarla cada vez que quiera; quiero que sea la madre de mis hijos y que envejecamos juntos; quiero poder compartir con ella mis pensamientos, mis deseos, mis problemas; siento la necesidad de protegerla, de cuidar de ella...

—A eso me refería cuando hablaba del prisma —repuso su abuelo interrumpiéndolo—. Tú quieres una esposa, una amante, una amiga, una compañera... Todas son diferentes caras de un mismo prisma cuyo eje central es una única mujer, lady Katia Ashlow. Si no la amases, hijo, buscarías cada una de estas cosas en diferentes mujeres.

Mac se quedó pensativo. Su abuelo tenía razón, con Isabella todo había sido distinto. Ella era su amiga, pero había tenido innumerables amantes mientras vivía en el rancho. Ahora, aunque había recibido proposiciones de diversas mujeres, solo le interesaba una.

Dejó escapar un gemido y se pasó las manos por el espeso cabello negro. Su abuelo soltó una carcajada.

—Veo que ya te has dado cuenta de lo que eso significa —le dijo divertido—. Me alegro por ti. Yo tuve suerte con mi duquesa; estoy seguro de que tú también la tendrás, solo necesitas conquistarla.

¿Conquistar a Katia? Aquello parecía tan imposible como viajar a la luna, pero lo haría, solo tenía que pensar qué camino seguir.

Isabella y Katia se encontraban en el saloncito de esta tomando un agradable té mientras se ponían al día con las últimas novedades. Cora, la doncella de Katia, tenía su día libre, así que Isabella, ayudada por Mary, la criada, había logrado entrar a la casa sin ser vista. Habían decidido que ese fuera el día para intercambiar lugares y Katia le estaba mostrando en esos momentos las cartas de los hombres que la cortejaban para explicarle a su hermana quién era cada uno y cómo debía de tratarlos.

—Esas son las cartas de Geoffrey —le dijo Katia al ver que su hermana tomaba un paquete de sobres de color ahuesado.

—¿El hermano de Dan..., de lord Allensbury? —Se corrigió.

Katia asintió.

—Es un joven agradable —comentó—; con él no tendrás problemas.

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó Isabella con interés.

—Por supuesto que no —exclamó sorprendida su hermana—. ¿Por qué piensas eso?

Isabella se encogió de hombros.

—No sé, hablas de él como si le tuvieras mucho cariño —comentó.

—Y se lo tengo, cuando lo conozcas a ti también te caerá bien —le aseguró. Luego bajó la voz antes de añadir—. Cuando pasó todo lo de William, él me visitaba con frecuencia. Hablábamos mucho. Yo me sentía demasiado sola y no tenía a quién contarle lo que me pasaba, y...

Isabella alargó la mano y tomó la de su hermana.

—Lo siento mucho, Katy —repuso con tristeza—, siento mucho no haber estado aquí cuando me necesitabas.

Katia esbozó una sonrisa triste.

—¿Te acuerdas de la historia que nos contaba Betty cuando éramos niñas? —le preguntó—. A veces pensaba que mi hilo rojo terminaba en Geoffrey, que él se enamoraba de mí, nos casábamos y me trataba con dulzura —le contó. Al ver las lágrimas en los ojos de su hermana, se apresuró a añadir con tono divertido—, hasta que me di cuenta de que lo que me atraía de él es que

era bajito.

Isabella se rio como Katia esperaba que lo hiciera.

—Mac es un hombre alto y puede ser muy dulce y encantador cuando se lo propone —le dijo Isabella con una sonrisa pícara.

Katia arqueó las cejas con asombro fingido.

—¿Dulce? —repitió—. Ese hombre posee la misma dulzura que un elefante en una tienda de porcelana china.

Su hermana volvió a reírse.

—Que no te oiga decirlo —le dijo enjugándose las lágrimas—; herirías su orgullo.

—Si lo consideras tan dulce, ¿por qué no te has casado con él? —le preguntó Katia poniéndose seria—. Aparte de porque decidiste cuando tenías cinco años que no te casarías nunca.

Isabella se encogió de hombros pasando por alto el sarcasmo en el tono de su hermana.

—Creo que porque mi hilo rojo no se encuentra atado a su dedo, como has dicho tú.

—¿Y hay alguien a quien creas que puede estar atado? —Quiso saber.

Iba a negarlo cuando la mente de Isabella conjuró la imagen de cierto lord con cabello leonado y ojos grises como un cielo de tormenta. Abrió los ojos sorprendida.

Katia se percató de que su hermana acababa de darse cuenta de algo. Iba a preguntarle cuando la sobresaltó una llamada a la puerta. Mary entró corriendo antes de que le dieran permiso para hacerlo.

—Tiene una visita, *milady* —le informó agitada—. No me ha dado tiempo a ver de quién se trataba, pero John la traerá aquí en pocos minutos.

Katia se levantó girándose rápidamente hacia su hermana.

—Métete en esa habitación —le dijo señalando una puerta que había junto a la gran chimenea del saloncito— y no salgas de ahí por ningún motivo. Pase lo que pase y oigas lo que oigas, no salgas de ahí —insistió—, prométemelo.

—Por supuesto que no voy a prometerte nada parecido —repuso indignada—. Déjame que tome yo tu lugar, así veremos si soy capaz de hacerlo bien.

Katia negó con la cabeza.

—Aún no he terminado de explicarte todo —le dijo—. Si el duque se entera echaríamos todos los planes de Mac por tierra. Por favor, prométeme que no vas a intervenir —le suplicó.

Isabella apretó los puños conteniendo su enfado.

—Te lo prometeré si respondes a una pregunta con sinceridad.

—Está bien, pero date prisa —le pidió Katia angustiada.

—¿Te interesa Mac?

El cuerpo de Katia se tensó. Luego se relajó al comprender que, por ser gemelas, su hermana podía percibir con más facilidad lo que ella sentía, así como ella se había dado cuenta de que a su hermana le atraía lord Allensbury.

—Está bien, sí —admitió renuente—, ¿satisfecha? Y ahora, escóndete de una vez en esa maldita habitación.

Isabella se marchó con la sonrisa de satisfacción de un gato que acaba de beberse toda la leche, mientras Katia, sonrojada, se acomodaba la falda y se sentaba en el diván justo en el momento en que la puerta se abría y John anunciaba a su visitante.

Lord Allensbury vio el rubor que coloreaba las mejillas de la condesa y se preguntó a qué se debería, ya que el detestable mayordomo no había tenido ni siquiera la delicadeza de anunciarlo como debía, dándole tiempo a ella para decidir si lo recibía o no.

—Siento haberme presentado de este modo —se disculpó.

—No se preocupe, lord Allensbury —respondió ella poniéndose en pie y ofreciéndole una mano que él besó suavemente—, estoy acostumbrada a los malos modales de mi mayordomo. ¿A qué debo el placer de su visita?

Daniel se quedó perplejo por un momento, la frialdad y la formalidad de la condesa lo habían sorprendido, pero se repuso enseguida.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó en tono educado.

Katia volvió a sonrojarse. La última pregunta que le había hecho su hermana y la respuesta que ella misma le había dado, la habían trastornado.

—Por favor —respondió indicándole con un elegante gesto el diván—, siéntese. Discúlpeme, no suelo ser tan mala anfitriona. ¿Le gustaría tomar una taza de té?

—Lo cierto es que prefiero el café —le dijo él con una sonrisa—. Me acostumbré a su sabor en uno de mis viajes y creo que se ha convertido en un vicio.

Isabella seguía la conversación a través de la rendija que dejaba la puerta entreabierta. Había contenido el aliento cuando lo vio entrar, tan alto y tan apuesto, y luego había gemido al darse cuenta de que no le había contado a su hermana los encuentros que había tenido con él. ¿Qué pasaría si, pensando que se trataba de ella, intentaba besar a Katia? Sintió que las entrañas se le encogían y respiró hondo para calmarse.

Cuando Mary trajo la bandeja con dos pequeñas tazas de porcelana, té, café y algunos dulces, Katia se armó de valor para iniciar la conversación y dejar que transcurriesen los quince minutos de cortesía que debía de durar una visita.

—Espero que esté gozando del inicio de la temporada, milord —comentó dando un delicado sorbo a su té.

Daniel la miró especulativamente.

—Bueno, en estos días disfruto, sobre todo, de mis cabalgatas por Rotten Row, ¿usted no? —le preguntó esbozando una media sonrisa.

«¡Oh, Dios mío!», gimió Isabella. Aquello iba a ser un auténtico desastre.

—No suelo salir mucho a cabalgar, milord.

Daniel alzó una ceja interrogante.

—¿No? Debo de haberme equivocado entonces suponiendo que le gustaba dar paseos a caballo —repuso con frialdad.

Algo en el tono de él alertó a Katia. ¿Se habría encontrado con Isabella en el parque? Sabía que a ella le gustaba mucho salir a cabalgar.

—Solo lo hago de vez en cuando —rectificó.

Daniel alcanzó a ver el rubor en las mejillas de la condesa antes de que esta bajase la cabeza para ocultar su rostro. ¿Aquella mujer estaba jugando con él?

—He venido a traerle una invitación —le explicó.

—¿Una invitación? —repuso ella sorprendida.

El marqués asintió.

—Para visitar mis caballerizas.

—¿Sus caballerizas?

Katia sabía que se estaba repitiendo como un loro, pero no podía evitarlo. ¿En qué demonios se había metido su hermana?, y ¿por qué no le había contado nada?

—¿Acaso ha cambiado de opinión, *milady*? Si es así, por mí no se preocupe, puedo comprender la volubilidad de las mujeres —le espetó con una dureza que rebosaba amargura.

—No, claro que no —se apresuró a responder Katia con voz temblorosa. El marqués la estaba poniendo nerviosa—. Será un... placer ir a... visitarlas.

El marqués se puso de pie y dejó la invitación sobre la mesilla del té. Katia se levantó también y le tendió la mano.

—Le agradezco su visita, milord.

Daniel se quedó mirando fijamente a la bella condesa. Su instinto le indicaba que allí pasaba algo raro, aunque no podía decir qué era. Al ver que ella se ponía nerviosa bajo su escrutinio, se inclinó sobre su mano rozándola con los labios y aspiró su perfume a lavanda.

—El placer ha sido todo mío, condesa —respondió con fría cortesía—. Espero volver a tener ese mismo placer muy pronto.

Inclinó la cabeza en una reverencia y se marchó.

Cuando la puerta se cerró tras él, Katia se dejó caer sobre el diván con las piernas temblorosas. Isabella salió de su escondite apresuradamente y se sentó al lado de su hermana.

—Lo siento, Katia —se disculpó—, no tuve tiempo de contarte lo que había

pasado. ¿Cómo iba a imaginar que vendría a verte?

—¿De qué va todo eso de las caballerizas? —Quiso saber.

Isabella resopló con fuerza y procedió a contarle todo a su hermana.

—Pero ¿estás loca? —le espetó Katia horrorizada—. Sabes que no puedes ir a la casa de un hombre soltero.

—No voy a ir a su casa —replicó Isabella molesta—, solo a su caballeriza.

—¡Es lo mismo! —le dijo alzando las manos en un gesto de impaciencia.

—¿Por qué no puedo ir? —le preguntó enfadada—. Estoy interesada en sus caballos, no en él.

—¡Ja! —le soltó Katia escéptica.

Isabella la miró sorprendida y Katia se ruborizó ante aquella respuesta monosilábica tan impropia de una dama. De pronto las dos estallaron en carcajadas que ahogaron, cubriéndose la boca con la mano, para no ser descubiertas.

—¿Sabes, Katy? No sé cómo terminará todo esto —le dijo Isabella—, pero me alegro mucho de verte reír de nuevo.

Katia sonrió.

—Y yo estoy feliz de que estés aquí conmigo, pero creo que por ahora es mejor que cada una siga en su lugar —afirmó—. Ahora que Mac le ha pedido permiso al duque para cortejarme, podemos retrasarlo un par de días, así podremos pasar más tiempo juntas.

—Y yo conseguiré que me cuentes qué hay entre Mac y tú —le dijo Isabella con una sonrisa maliciosa.

—¡Ja! —volvió a exclamar Katia.

Y por un momento sus cálidas risas llenaron aquella triste habitación.

Capítulo 11

Las calles londinenses se vaciaban rápidamente al anochecer. Las sombras y la oscuridad pertenecían a los ladrones, asesinos, jugadores y prostitutas.

Mac caminaba pensativo, ajeno a todo lo que le rodeaba. Había asistido al baile ofrecido por lady Brodsaw, pero se había retirado temprano ya que ni Katia ni Isabella habían aparecido por allí. Decidió que bien podía pasar por casa de Isabella y robarle a Betty alguna porción de los maravillosos pasteles que hacía.

Un sonido, como un gruñido procedente de un callejón escasamente iluminado, lo distrajo. Se asomó intentando ver algo, pero las penetrantes sombras se lo impedían; sin embargo, llegó hasta sus oídos el inconfundible sonido de la carne humana al ser golpeada. Silenciosamente se deslizó a través del callejón. Al fondo de este, bajo la mortecina luz de un viejo farol, pudo ver el destello brillante de la hoja larga de un cuchillo. Cinco hombres, de apariencia corpulenta, atacaban a un desconocido. A Mac no le pareció una proporción justa. Sin pensárselo dos veces, se unió a la refriega. Separó a uno de los asaltantes que tenía agarrado al hombre y le asestó un fuerte derechazo en la mandíbula derribándolo al suelo.

El desconocido pateó con fuerza en la entrepierna a uno de los agresores que lanzó un aullido de dolor mientras se alejaba tambaleante. Mac derribó a otro hombre y se giró a tiempo de ver cómo otro de los malhechores, armado con un cuchillo, hendía la hoja en el costado del desconocido. A pesar de

todo, este siguió luchando, como si no fuese consciente de que se encontraba herido. Mac sacó su propio cuchillo, que llevaba oculto en la bota, y se lanzó contra el atacante.

Entre los dos lograron hacer huir a los maleantes. Mac llevaba la chaqueta rasgada y le dolía la mandíbula en el lado derecho donde el enorme puño de uno de los hombres había impactado contra su cara. Su compañero debía de estar peor que él, pues había recibido lo peor de los golpes y durante más tiempo; sin embargo, cuando se giró hacia él, todavía seguía en pie.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—He estado mejor —contestó divertido. Luego añadió—, gracias por su ayuda.

Lord Allensbury se tambaleó y Mac se apresuró a sostenerlo. Soltó una sarta de maldiciones cuando vio la mancha roja que empapaba la camisa del marqués.

—Ha recibido una cuchillada —le dijo agarrándolo por la cintura y pasando un brazo de él por su cuello para sostenerlo—, será mejor que lo lleve a algún lado. ¿Puede usted caminar?

—Creo que sí —repuso el marqués. Dio unos pasos vacilantes y añadió—, siempre que no sea demasiado lejos.

Mac tiró de él para sacarlo del callejón. El lugar más cercano era la casa de Isabella y se dirigió hacia allí.

—¿Querían robarle? —le preguntó al marqués intentando hacerle hablar para evitar que el hombre se durmiese y no pudiera despertarlo.

Daniel sacudió la cabeza.

—Intentaban matarme —respondió con voz pastosa—, y lo hubieran conseguido de no ser por usted. Soy Daniel Ross, marqués de Allensbury, a su servicio —se presentó. Esbozó una mueca de dolor al sentir un tirón en el costado—, bueno, quizás en otra ocasión pueda ponerme a su servicio..., en este momento creo que... que voy a desmayarme.

—¡Maldita sea! ¡Ni se le ocurra! —le espetó Mac sacudiéndolo un poco—.

Aún no hemos llegado.

Daniel lo miró con el ceño fruncido. Entrecerró los ojos vidriosos como si intentase recordar algo.

—Usted es el conde —dijo por fin. Luego soltó una risilla antes de añadir—, debería de haberme dejado morir; sí, señor, se... se arrepentirá de no haberlo hecho.

Mac lo miró con una sonrisa torcida. El marqués había perdido mucha sangre y estaba desvariando, pero mientras se mantuviese despierto, a Mac no le importaba que hablase de lo que quisiera.

—¿A sí? ¿Y eso por qué? —Quiso saber.

—Porque voy a... robarle a la condesa. —Soltó con un gruñido de dolor.

Mac se tensó al oírlo y si no fuera porque el hombre estaba herido, le habría dado un puñetazo. El marqués continuó hablando ajeno al estado de ánimo de su acompañante.

—Es... una mujer... fascinante. Le gustan los caballos, y sabe... encontrar pistas, y me gusta... su carácter —le explicó.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Mac al darse cuenta de que lord Allensbury hablaba de Isabella y no de Katia. ¿Así que la consideraba fascinante? Interesante.

—¿Está enamorado de ella?

El marqués volvió a fruncir el ceño como si estuviera pensando detenidamente la cuestión.

—Supongo que sí, aunque no sé bien... lo que eso significa —respondió encogiéndose de hombros.

El movimiento le provocó un fuerte dolor que lo hizo tropezar. Mac lo agarró con fuerza. Sentía resbalar por su mano la sangre caliente del hombre.

—Aguante un poco más, ya estamos cerca.

—Ella es... única —continuó el marqués—. Usted debe saberlo... bien, puesto que es su amante, pero yo se la voy a... robar.

¿El marqués creía que Isabella y él eran amantes? ¿De dónde habría sacado

esa absurda idea? Quiso preguntárselo, pero no pudo. El marqués se derrumbó contra él con todo su peso y Mac tuvo que sostenerse con fuerza para no ser arrastrado por él. Gracias a Dios, lord Allensbury se había desmayado a la entrada de la casa donde vivía Isabella.

Llamó a la puerta con fuertes golpes esperando que Betty se apresurara a abrir, ya que el hombre pesaba bastante, el marqués era muy alto y musculoso. Cuando lo había visto pelear, se había dado cuenta de que también era un buen pugilista. Le había sorprendido que, a pesar de estar herido, hubiese continuado luchando; aquel hombre no era ningún aristócrata indolente.

La puerta se abrió proyectando la luz interior sobre las escaleras de entrada. Isabella se sorprendió cuando vio a Mac con un bulto al hombro. Tenía un lado de la barbilla hinchado y se le estaba poniendo morado, en la ceja traía un pequeño corte con sangre seca.

—¡Dios mío, Mac! ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó preocupada.

—No te preocupes por mí —repuso él entrando en la casa y dirigiéndose hacia el saloncito donde colocó al hombre sobre el diván—, lord Allensbury necesita atención médica.

El rostro de Isabella palideció al ver la mancha rojiza sobre el costado del marqués. Se acercó y se arrodilló junto al diván contemplando a aquel hombre apuesto y orgulloso que ahora tenía el rostro completamente blanco y respiraba muy superficialmente. Retiró con delicadeza un mechón rubio de su frente.

—¿Qué ha ocurrido? —Quiso saber.

Mac observaba el modo en que Isabella miraba al marqués y la ternura con que lo acariciaba. «Vaya, vaya, así que por ahí soplan los vientos», pensó conteniendo una sonrisa. Viendo que ella se volvía a mirarlo, se apresuró a responder.

—Han intentado matarle.

—¡Oh, Dios mío! ¿A quién han intentado matar? —preguntó Betty con voz

chillona entrando en ese momento en el salón con paso lento.

Cuando vio al marqués soltó un grito ahogado.

—Betty, no te vayas a desmayar ahora —le dijo Isabella en tono imperioso—. Necesito agua y vendas.

La mujer apoyó una de sus regordetas manos en la cadera y agitó la otra con un dedo extendido.

—He vivido demasiados años, muchachita, para desmayarme por un poco de sangre —la regañó.

—Está bien, Betty —se disculpó Isabella—, pero necesitamos esas cosas ya.

—Yo iré a por el agua —se ofreció Mac—, tú trae las vendas, Betty.

Cuando se quedó sola, Isabella desabrochó el chaleco de seda gris que llevaba Daniel. Al tratar de retirar la camisa, la sangre brotó fresca de la herida. Contuvo un sollozo, pero no pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. La voz grave de Daniel la sobresaltó.

—No... llores —le dijo con voz débil. Extendió la mano y recogió con el pulgar una de las lágrimas—. Los ángeles no lloran.

Isabella le dedicó una sonrisa temblorosa.

—No soy ningún ángel —le respondió acariciándole la frente que estaba fría y perlada de sudor.

Sin embargo, Daniel ya no la escuchó porque acababa de desmayarse otra vez, lo cual ella agradeció, porque la camisa se había pegado a la herida y tuvo que tirar de la tela para despegarla.

Entre Betty y ella limpiaron la herida lo mejor que pudieron y, con ayuda de Mac para levantar el cuerpo, le vendaron el pecho.

—Ha perdido mucha sangre —comentó la niñera mirando el rostro pálido del marqués—, pero es un joven fuerte y saludable y se recuperará. Lo peor es si le sobreviene la fiebre esta noche.

Daniel alcanzó a oír estas últimas palabras al recuperar de nuevo la conciencia. Abrió los ojos apenas una rendija, lo suficiente para ver a la

condesa hablar con la que parecía ser su ama de llaves, pero los volvió a cerrar enseguida porque la luz le provocaba náuseas. Le dolía todo el cuerpo y el costado le quemaba como si le estuvieran aplicando un hierro al rojo vivo, los labios y la garganta los tenía resecos. Trató de recordar dónde se encontraba y qué había sucedido. Finalmente recordó que lo habían asaltado y que el conde de Sternbroke le había salvado la vida. ¿Se encontraba entonces en casa de la condesa? Oyó su voz de nuevo.

—Si la fiebre es tan peligrosa como dices, entonces no debe marcharse de aquí, Betty —dijo con voz preocupada.

—Nada de eso, muchachita, un hombre no puede pasar la noche bajo el techo de una joven dama soltera —le espetó Betty con sequedad.

—Pero se encuentra herido —repuso Isabella indignada—, además, en el rancho Mac vivía conmigo en la casa grande.

—Esto no es América, Isabella —replicó la niñera con firmeza—; allí podréis vivir como paganos si queréis, pero mientras estés en Inglaterra, seguirás las normas que impone la sociedad.

Daniel se dio cuenta de que ese comentario había irritado a la muchacha. Aquella mujer no era la condesa, aunque se parecía mucho a ella. ¿Acaso estaba delirando y veía en todas partes el rostro de la mujer que lo obsesionaba? Sin embargo, cuando ella se había acercado llorando, él había podido oler su perfume a rosas silvestres.

—¿Y para qué le han servido esas normas a mi hermana, Betty? —declaró Isabella con amargura—. Tú mejor que nadie lo sabes.

Betty se acercó a ella y la abrazó con cariño.

—Lo sé muy bien, mi niña, pero solo lo hago para protegerte; la sociedad puede llegar a ser muy cruel si se lo propone —le explicó—. Sé que te preocupas por este joven, pero él estará mejor atendido en su casa; sus criados se encargarán de velar por él y podrán llamar al doctor en caso de que sea necesario.

—Ya está el coche esperando fuera —dijo Mac entrando en el salón. En

cuanto vio el rostro de Isabella supo que algo pasaba—. ¿Qué ocurre, Isabella?

Se acercó y la tomó de la barbilla alzándole el rostro.

—Nada —mintió ella desviando la mirada, aunque su voz había sonado temblorosa.

Mac dejó escapar un suspiro y la abrazó acariciándole suavemente la espalda.

—Todo va a ir bien, Isabella, ya lo verás. —La consoló—. Lo he visto pelear y, créeme, no hay duda de que es un tipo duro, se repondrá. Hasta me ha parecido simpático mientras charlábamos en el camino —le dijo con tono divertido.

—¿Charlabais en el camino? —inquirió Isabella escéptica.

—Sí —le aseguró él—. Sobre mujeres —añadió guiñándole un ojo.

—¡Mac! —lo recriminó Isabella. Luego suspiró resignada y aceptó—, está bien, puedes trasladarlo a su casa, pero con cuidado, por favor.

—Por supuesto, muchacha, lo trataré como si fuera de porcelana —repuso con una sonrisa.

Se acercó al marqués y levantándolo con fuerza se lo cargó al hombro. El golpe sacudió a Daniel como la coza de un caballo y sintió que la bilis le subía a la garganta. «Como si fuera de porcelana», fue lo último que pensó antes de volver a desmayarse.

Daniel se hallaba en su estudio contemplando, a través de los grandes ventanales, el hermoso jardín que Davis, el jardinero mayor, cuidaba con tanto esmero. Aunque prefería estar de pie, todavía no aguantaba esa posición durante mucho tiempo, así que volvió de nuevo al sillón. La herida había cerrado bien, pero la carne estaba todavía sensible y tierna, y cualquier golpe o movimiento brusco podía reabrirla. El doctor le había recomendado reposo, pero después de tres días encerrado en su casa, la inactividad lo estaba

volviendo loco.

Llamaron con suavidad a la puerta y entró el mayordomo.

—Tiene visita, milord —le anunció—. Lord Middletown.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Derek entrando en el estudio.

Él era el único a quien Daniel le había contado lo de su intento de asesinato, a Geoffrey le había dicho que se había caído del caballo para no preocuparlo.

—Como si me hubiera pasado por encima una manada de caballos —replicó—. Si quieres una copa, sítete tú mismo, ya sabes dónde se encuentra todo.

Derek soltó una carcajada.

—Ya veo que te encuentras bien —declaró—, tan simpático y agradable como siempre.

Daniel gruñó.

—Cuando lo dices así tengo la sensación de que soy un ogro.

—Qué va —lo contradijo su amigo—, eres todo puro corazón —agregó alzando su copa en un mudo brindis a la salud del marqués, aunque el brillo divertido de sus ojos restó efecto a tal declaración.

—Deja de divertirme a mi costa y dime si has descubierto algo —le espetó en tono seco.

Derek se puso serio al momento. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pañuelo doblado que colocó sobre la mesa-escritorio que lo separaba de su amigo. Daniel reconoció su pañuelo y lo abrió. En el interior se encontraba la bala que había extraído del árbol del parque.

—Mi padre la identificó —declaró Derek—. Pertenece a un fusil Baker, muy efectivo a largo alcance, así que, o tuviste suerte, o tu asesino no es un buen tirador o no está acostumbrado a este tipo de arma. Este fusil fue destinado solamente a los regimientos de fusileros, y lo usaron unidades de élite, como las de Wellington, en la batalla de Waterloo —le explicó—. Después, en 1838, cesó su producción; sin embargo, se sabe que el ejército británico continuó suministrando este tipo de fusiles hasta 1841.

—Así pues, nuestro tirador o es un fusilero retirado del ejército británico o tiene cerca a alguien que lo ha sido —concluyó Daniel.

Derek asintió.

—Eso creo. Nos llevará un poco de tiempo la investigación de los hombres que entran en esa categoría —le dijo esbozando una mueca de fastidio.

—Céntrate solo en los miembros de la alta sociedad —le pidió.

Su amigo alzó las cejas sorprendido.

—¿Por qué? —Quiso saber.

Daniel sacudió la cabeza.

—Es solo una intuición —repuso. Luego, mientras le entregaba un papel, añadió—, tengo algo más para ti, la descripción de uno de los hombres que me atacaron la pasada noche. Creo que será fácil localizarlo, le falta un ojo y lleva un tatuaje. Encuéntralo y vigila con quién se reúne, tengo la sospecha de que estos intentos de asesinato tienen que ver con el grupo Joven Irlanda.

Derek dejó escapar un silbido de asombro.

—¿Y por qué van a por ti?

—Me parece que sospechan que trabajo para el gobierno y que saben que estoy detrás de los frustrados intentos de violencia que han querido llevar a cabo en Londres. Saben mis hábitos rutinarios y conocen con antelación los actos sociales en los que voy a participar —añadió con un gesto grave en el rostro.

—Pero eso significaría que...

—...que alguien cercano a mí les está pasando información —concluyó Daniel con la mirada clavada en su amigo.

Derek sabía que Daniel confiaba por completo en él, pero si no se trataba de él, la siguiente persona más cercana a su amigo era su hermanastro Geoffrey. El pensamiento le provocó un escalofrío. No, se dijo, el muchacho no podía estar detrás de los intentos de asesinato de Daniel.

—Olvídalo, Daniel —le dijo—, no puede ser él.

—¿Has averiguado algo sobre el otro asunto? —le preguntó cambiando de

tema.

Derek soltó un suspiro de frustración, pero aceptó el cambio de tema; sabía que Daniel no le permitiría insistir sobre el asunto de Geoffrey. Su amigo quería a su hermanastro, pero, aunque había terminado por adorar a su madrastra, no había olvidado la traición de su propia madre, y eso lo había convertido en un cínico en lo que se refería a las traiciones y a los miembros de su propia familia. Lady Allensbury, condesa en aquel entonces y esposa del padre de Daniel, había protagonizado un auténtico escándalo al fugarse con un joven aristócrata abandonando a su marido y a su hijo de diez años. «Nunca te fíes de las mujeres, solo buscan tener un título que las haga sobresalir en sociedad; y dinero, por supuesto», le había dicho lord Allensbury en innumerables ocasiones, y Daniel había crecido con esa máxima en su vida. Desgraciadamente, las mujeres que se habían acercado a su amigo buscaban precisamente eso, y el cinismo se había instalado en él.

—Tenías razón —admitió respondiendo a su anterior pregunta—, había unas gemelas, Katia e Isabella. Por lo visto el duque era un malnacido y su esposa huyó de Inglaterra llevándose solo a una de las niñas. Lady Katia se quedó con su padre.

—¿Qué pasó con la otra niña?

Derek se encogió de hombros.

—Nadie sabe a dónde huyó la condesa. Hay quien dice que volvió a Rusia, su tierra natal, otros opinan que se quedó en Francia, y hay quienes piensan que se marchó al continente —explicó—. De todas formas, investigué al conde, como me pediste. Parece ser que Sternbroke pasa bastante tiempo en una casa situada en el barrio de Mayfair. La casa ha sido alquilada por una viuda, una tal señora Isabella Wintrop —remarcó con un brillo en los ojos—, y da la casualidad de que no se encuentra lejos de donde te asaltaron.

La mirada de Daniel se volvió dura. ¿Así que habían estado jugando con él?

—¿Qué sabes del duque? —le preguntó.

—Está cubierto de deudas hasta las cejas y parece ser que pretende pagarlas

poniendo precio a la mano de su hija —explicó con una mueca de desagrado.

Daniel se quedó un momento en silencio.

—Quiero que compres todos los pagarés del duque —dijo finalmente.

—¿Qué? —exclamó su amigo—. ¿Te has vuelto loco? Con las deudas que tiene ese hombre podría él solo llevar a la ruina a toda Inglaterra.

—Tú hazlo —le ordenó—, el dinero no es problema.

—Está bien —aceptó con desgana—, como tú digas. ¿Hay algo más que necesites? —le preguntó antes de levantarse.

—De momento no, si hubiese algo más, nos comunicaremos por los canales de siempre —le dijo.

Derek asintió y se levantó para marcharse.

—¡Ah, Derek! —lo llamó Daniel—, gracias por todo.

Su amigo esbozó una sonrisa torcida.

—No te preocupes —repuso—, algún día te cobraré con creces todos estos favores.

Cuando Derek se marchó, Daniel se quedó pensando en todo lo que había escuchado. Miles de preguntas danzaban en su cabeza acerca de sus intentos de asesinato y de la mujer cuya imagen no abandonaba su mente. Se le ocurrió si no estarían ambos relacionados, pero lo descartó enseguida, el escocés y la condesa, «Isabella», rectificó para sí mismo, le habían salvado la vida; no lo habrían hecho de querer verlo muerto.

Se levantó despacio, consciente del dolor palpitante de su costado, y se dirigió hacia la biblioteca donde sabía que encontraría a su hermanastro. Necesitaba hablar con él. La gruesa alfombra del pasillo amortiguó el sonido de sus pisadas y pudo oír las voces y las carcajadas tras las puertas de roble.

—...será un día grande.

—¿Cuándo será un día grande? —intervino entrando en la estancia.

—¡Hola, Daniel! —lo saludó su hermanastro con una efusiva sonrisa, luego añadió respondiendo a su pregunta—, dentro de dos semanas, el 24, será un día grande.

Daniel se quedó perplejo un momento, hasta que cayó en la cuenta de a qué día se referían. El 24 de mayo se celebraría el cumpleaños de la Reina Victoria.

—Habrás festejos por todo lo alto —masculló el pelirrojo lord Crewton con voz pastosa mientras sostenía en la mano, con cierta precariedad, una copa de coñac—. Sí señor, será un día para celebrar. ¡Por la noble Inglaterra! —añadió levantando su copa en un brindis.

—¡La noble Inglaterra! —comentó Sir Thomas despectivo—, como siempre todo es por y para la aristocracia. ¿No es verdad, lord Allensbury?

Daniel lo miró con frialdad, y el instinto que le había hecho sobrevivir en tantas ocasiones como espía, se despertó.

—No molestes con eso a lord Allensbury, Tom —lo recriminó su amigo—, él tiene preocupaciones más serias en este momento que escuchar tus quejas, Inglaterra lo necesita. Además, tú eres un caballero —señaló—, perteneces a la pequeña nobleza.

—Sí, pero alguien tiene que dar voz a quienes no la tienen —replicó Sir Thomas belicoso mirando fijamente al marqués.

—Lo siento, Daniel —susurró su hermanastro avergonzado volviéndose hacia él—. No les hagas caso, están borrachos.

Ciertamente lord Crewton lo estaba; de Sir Thomas no podía decir lo mismo, pero ese hombre guardaba demasiada amargura en su interior.

—Si nos disculpan, caballeros, me gustaría hablar un momento a solas con mi hermano —les dijo con un tono que no admitía discusión.

Lord Crewton dejó la copa sobre la mesilla, levantó su fornido cuerpo del mullido asiento en el que se encontraba sentado y avanzó tambaleante hacia la puerta. Daniel se apartó cuando pasó a su lado y esbozó una mueca de desagrado. Aquel aristócrata con cuello de toro, grandes bíceps y poderoso tórax, parecía un estibador de puerto, y ciertamente olía como uno de ellos, a taberna y a perfume barato de mujer.

Sir Thomas lo siguió. Ataviado casi exclusivamente de negro, delgado y

algo encorvado de espaldas, le recordaba a una gárgola de las que había visto en Notre Dame. Cuando pasó a su lado, clavó la mirada fijamente en Daniel.

—No se equivoque, milord —le espetó con frialdad—, el pueblo no se rendirá fácilmente.

Dada la ira que contenía su mensaje, a Daniel le sorprendió que cerrase la puerta de la biblioteca con tanta delicadeza. Una vez solos, miró fijamente a su hermanastro; Geoffrey le devolvió una mirada entre avergonzada y esperanzada. «¿Qué espera mi hermanastro de mí?», se preguntó Daniel, no por primera vez. Pero ahora no era el momento para responder a esa cuestión. Había ido allí porque quería hablar con él acerca de la condesa.

Daniel fue el primer sorprendido cuando la extraña pregunta brotó de sus labios.

—¿Has intentado matarme?

Capítulo 12

Los claros ojos de Geoffrey se abrieron por la sorpresa y su rostro se tornó de un rojizo púrpura.

Daniel se pasó los dedos por entre el cabello con gesto nervioso.

—Lo siento —se apresuró a disculparse—, no quería decir eso.

La tristeza que vio en los ojos de su hermanastro lo sacudió por dentro.

—Daniel, ¿por qué me odias tanto? —le preguntó en un susurro.

—Yo no te odio —repuso él realmente sorprendido.

Miró con atención a Geoffrey. Siempre había sido un joven de carácter dulce, bueno y generoso. Era la primera vez que lo veía enfadado.

—¡Claro que sí! —lo contradijo—, nunca me prestas atención. De cualquier forma, solo soy tu «hermanastro» —señaló remarcando con amargura la palabra—, ¿no es verdad? Alguien que solo tiene la mitad de tu sangre. Soy yo quien debería odiarte, ¿sabes? —le dijo ya en tono más calmado—, pero no puedo. Que Dios me perdone, pero te admiro, y no sé por qué.

Daniel sentía como si le hubiesen golpeado con un mazo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tiraba de las costuras con que le habían remendado el costado. Contempló el rostro de su hermanastro, el dolor y la amargura que teñían su mirada gris. Le pareció que estaba más delgado y había sombras oscuras debajo de sus ojos. Maldijo para sus adentros. ¿En qué momento se había vuelto tan hijo de perra como para olvidarse de su propio hermano? Quiso decirle algo, pero Geoffrey continuó hablando.

—Siempre traté de hacer las cosas como tú querías, traté de parecerme a ti —le dijo—; cuando vi que eso no funcionaba, busqué llamar tu atención juntándome con malas compañías, un borracho y un amargado revolucionario, pero resulta que he tenido que aguantar a esos dos para nada, porque ni siquiera te importaba con quién iba.

—Un momento —intervino Daniel asombrado—. ¿Me estás diciendo que esos indeseables que te acompañan a todas partes no son amigos tuyos?

—Pues claro que no —le espetó con sequedad—, no soy un clasista ni un elitista, pero prefiero las compañías educadas y agradables a los comentarios soeces y vulgares de esos dos o a sus discursos políticos infectados de odio y negativismo.

Daniel no pudo evitarlo y estalló en carcajadas. Geoffrey se puso rígido y su rostro se tensó. Apretó los puños con fuerza para no golpear a su hermano; sabía que este, a pesar de su herida, podía derribarlo de un solo golpe, pero al menos él tendría la satisfacción de golpear primero. Sin embargo, no lo hizo. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Daniel se movió rápido y lo sujetó del brazo. Instintivamente, Geoffrey tiró de él para liberarse. Daniel dejó escapar un gruñido de dolor al sentir el tirón en el costado. Su hermano se volvió hacia él con ojos apenados.

—Lo siento, Daniel, ¿te he hecho daño?

—No es nada —repuso él intentando sonreír—, no te preocupes. Escúchame bien, Geoffrey. Te quiero, siempre te he querido, eres mi hermano. Sé que puede parecer que no te he prestado demasiada atención, pero siempre me he preocupado por ti —declaró agarrándolo por los hombros con firmeza—. No deseaba imponerme en tu vida, tú tenías que tomar tus propias decisiones y cometer tus propios errores. Nunca acudías a mí, así que pensé que no te interesaba mi opinión —le explicó. Vio que Geoffrey iba a protestar y lo interrumpió—, siento mucho haberte defraudado.

El muchacho sacudió la cabeza, balbuceó algo ininteligible y luego abrazó a Daniel. A pesar de ser más bajo que él, su apretón era firme y fuerte, pero

Daniel no se quejó por el dolor que le causaba su reciente herida y le devolvió el abrazo.

—Entonces —dijo Geoffrey separándose de él con una sonrisa—, ¿puedo mandar al cuerno a mis amigos?

Daniel soltó una carcajada.

—Ya lo creo que sí —le aseguró—. Ven, vamos a tomarnos una copa —le dijo—, quiero que me cuentes algunas cosas.

Los árboles proyectaban una sombra fresca en el jardín y la brisa suave resultaba agradable a aquellas horas de la tarde. El banco de piedra resultaba duro después de estar sentada allí durante una hora, pero a Katia no le apetecía levantarse. Betty y el resto de los criados tenían la tarde libre, así que podía disfrutar de la soledad un poco más.

Dejó a un lado la novela de Ann Radcliffe que estaba leyendo, cerró los ojos y alzó la cabeza permitiendo que la brisa le refrescase el rostro mientras rememoraba las páginas leídas. ¿Por qué a los personajes de las novelas todo les iba bien? Emily, la protagonista de *Los misterios de Udolfo*, conseguía al final quedarse con su amado Valancourt venciendo al malvado Montoni.

Un suspiro silencioso escapó de los labios de Katia. La vida real, su vida, le parecía igual de complicada que la de la protagonista, aunque estaba convencida de que, al final, no tendría tanta suerte como esta. Tenía su propio malvado en la persona del duque, su padre, bien alejado de la figura amorosa del padre de Emily; también tenía un apuesto caballero, pero mientras que Valancourt había caído inmediatamente prendado de Emily, su atractivo caballero escocés estaba enamorado de su hermana. El dolor que le apretó el corazón la tomó por sorpresa. ¿De verdad le importaba tanto?

Abrió los ojos y se encontró al objeto de sus pensamientos delante de ella, sin embargo, no se sobresaltó. Le pareció que él formaba parte de sus sueños, de ese entorno idílico en el que se encontraban, rodeados de verdor y de la

suave fragancia de las flores. Contempló sus ojos del color más puro de las esmeraldas, su mandíbula firme y sus labios sensuales, y sonrió como una mujer embriagada por secretos anhelos.

—Una dama no debería desear que un caballero la bese —susurró a su sueño.

Mac la miraba fascinado. Nunca había visto así a Katia, relajada, mirándolo con ojos somnolientos, con el rubio cabello revuelto por la brisa y los labios húmedos, como una mujer a la que le acaban de hacer el amor. Su cuerpo se endureció y tembló por la necesidad. El dulce sonido de su voz lo estremeció, pero fueron sus palabras las que rompieron su contención.

—Un caballero debe siempre complacer a una dama —respondió inclinándose hacia ella y asaltando su boca con suavidad.

Katia sintió la humedad de la boca masculina sobre la suya y dejó escapar un suave gemido de deleite. No se movió para no romper el hechizo que la envolvía, y se dejó llevar por las sensaciones que le provocaba ese beso lleno de dulzura. Algo se enroscó en su estómago cuando el sueño pareció hacerse más vivo y las sensaciones en su cuerpo más ardientes. El beso se tornó posesivo, exigente, y sin embargo, Katia no lo sintió amenazante, más bien se sentía preciosa, valorada y amada. La ansiedad creció en su interior y se apoyó sobre el duro cuerpo de su caballero. Él era todo músculo y fuerza, y podía sentir claramente la prueba de su deseo por ella. Abrió los ojos de golpe, entre sorprendida y asustada.

Mac gimió en su interior cuando notó el cambio en ella, la rigidez que se apoderó de su cuerpo. Abandonó sus labios, que se veían rosados e hinchados por sus besos, pero no la soltó.

—No huyas, Katia —le pidió al ver que ella intentaba librarse de los brazos que la sujetaban—. Déjame amarte, déjame enseñarte lo maravilloso que puede ser entre un hombre y una mujer cuando hay amor —le dijo con voz ronca—. Te amo, Katia, más de lo que creí poder amar a ninguna mujer.

Ella lo miraba con sus claros ojos azules abiertos como ventanas al cielo.

¡Dios!, era deliciosa, y ansiaba hacerla suya, pero sabía que tenía que controlarse para no asustarla. Le acarició suavemente la mejilla con los nudillos y notó que ella se estremecía.

Mientras se perdía en las profundidades verdes de los ojos de Mac, Katia se preguntaba si podría haber también para ella, como para la heroína de Radcliffe, un final feliz. Se dio cuenta de que tenía miedo de descubrirlo, de arriesgarse. Él la amaba, le había dicho. Sus palabras aún flotaban en sus oídos como un encantamiento que la tenía ahí apresada, bajo aquellas grandes y cálidas manos que la sostenían.

La asaltó el miedo. El mundo comenzó a girar rápidamente a su alrededor y tuvo la sensación de que la tierra desaparecía bajo sus pies. Su respiración se volvió agitada y pensó que se iba a desmayar. Instintivamente se aferró a Mac. Bajo su mano pudo sentir el rítmico latido de su corazón. Él era sólido y fuerte, y podía convertirse en un punto firme y seguro en el que anclar su existencia. Alzó la cabeza hacia él y lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas. Supo, sin lugar a dudas, que aquel alto escocés jamás le haría daño. Y, por primera vez, rompió con las normas sociales a las que se había aferrado durante toda su vida.

—Bésame —le pidió.

Mac dejó escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo, y no perdió un segundo en cumplir su orden. Devoró su boca, lamiendo y besando sus labios, a veces con suavidad, a veces con frenesí y ternura. Cuando ella comenzó a respirar agitadamente, Mac dejó que sus manos vagaran por el cuerpo de ella, aprendiéndose sus contornos, percibiendo la suavidad de su piel y el dulce peso de sus senos. Un gemido ronco brotó de su garganta cuando ella se apretó contra él y supo que tenía que detenerse en ese instante o la tomaría allí mismo.

—Katia —susurró pronunciando su nombre como una caricia.

Con un esfuerzo se apartó de ella. Tomó su mano y depositó un suave beso en su palma mientras ella lo miraba aturdida. Mac sonrió con satisfacción. La

pasión con que ella había respondido a sus caricias lo había sorprendido.

—Katia, estoy intentando comportarme como un caballero y contenerme — le dijo con voz ronca—, pero si sigues mirándome así te juró que te tomaré aquí mismo, en el jardín.

Ella abrió los ojos de par y par, y Mac maldijo en su interior por haberla asustado, pero entonces aquella hermosa mujer comenzó a sonreír, una sonrisa deliciosa y perversa.

—¿De verdad, lord Sternbroke? —le dijo con voz seductora como la de una sirena mientras se acercaba a él despacio moviendo las caderas con un lento ritmo cadencioso—. ¿Sería capaz de seducir a una mujer en el jardín de su propia casa?

Mac tragó saliva cuando los elegantes dedos de la condesa se posaron sobre su pecho y descendieron suavemente hacia su duro vientre que se contrajo con un espasmo.

—¡Maldición! —exclamó agarrando la mano antes de que llegase al final de su recorrido y atrayendo hacia sí a Katia.

De la garganta de la mujer brotó una triunfante risa cristalina justo antes de que la besase de nuevo consciente de que en la pequeña casa de alquiler de Isabella solo estaban ellos dos.

Mac se despertó con el cálido cuerpo de Katia a su lado. Se inclinó para contemplarla. Era una mujer hermosa y apasionada. Apretó los dientes de rabia al recordar lo que Katia le había contado sobre cómo la había tratado el cerdo de su marido. Ella se había asustado cuando Mac, ansioso por tocarla y besarla por todas partes, había comenzado a desnudarla. Él la había acariciado y le había murmurado palabras tranquilizadoras dándole tiempo para que se acostumbrase al toque de sus manos y de sus labios; finalmente, Katia le había contado la verdad de su matrimonio entre sollozos, y él le había hecho el amor con toda la ternura y el amor que sentía por ella.

Arrancó una brizna de hierba y dibujó con ella su bello rostro. Katia abrió los ojos y le dedicó una sonrisa soñadora. Disfrutando del juego, él le hizo cosquillas en el cuello y en la oreja. Entonces ella se estiró sensualmente y Mac perdió aquella partida, aunque no lo lamentó en absoluto.

Algún tiempo después, ya vestidos y sentados sobre el banco de piedra, Katia descansaba su cabeza sobre el hombro de Mac.

—Creo que será mejor que te vayas —le dijo—, Betty debe estar a punto de llegar y se disgustará mucho si te ve aquí.

Mac depositó un suave beso en su cabeza. Su pelo parecía haber sido besado por el sol y tenía la suavidad de la seda. Enredó en su mano uno de sus largos mechones.

—Me iré si me prometes una cosa —respondió.

—¿El qué? —Quiso saber ella alzando la cabeza y lanzándole una mirada desconfiada.

—Que te casarás conmigo.

Katia abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró de nuevo. Una cosa era disfrutar con Mac como amantes y otra muy distinta casarse con él. El matrimonio le otorgaría un poder absoluto sobre su vida y su persona. ¿Y si lo que Mac sentía por ella era pasajero? ¿Y si encontraba algo en ella que no le gustase? William, su marido, había encontrado constantes faltas en su carácter, y por cada una de ellas la había golpeado. Algo en su corazón le decía que Mac no sería igual, pero tenía miedo.

—Confía en mí, Katia —le dijo él como si supiese lo que estaba pensando—, no voy a hacerte daño. Solo deseo amarte y pasar el resto de mi vida junto a ti; tener hijos y criarlos juntos, preciosas niñas que se parezcan a su madre —comentó besándole la punta de la nariz—, y envejecer juntos.

—Pero ¿Isabella? —repuso evasiva.

Mac frunció el ceño desconcertado.

—¿Qué pasa con Isabella? —Quiso saber.

—Tú... querías casarte con ella —respondió titubeante.

—Katia, quiero a Isabella, pero solo como a una hermana —le explicó—. Siempre he sabido que no estaba enamorado de ella. Quería formar una familia y tener hijos a los que amar, y ella estaba allí, eso es todo.

—¿Y si no puedo darte hijos?

Mac recordó lo que Katia le había contado acerca de que había perdido un bebé a causa de una paliza de su difunto marido y la abrazó con fuerza comprendiendo su miedo.

—Te quiero a ti, Katia —le aseguró—, nada me importa si tú estás conmigo. ¿Sabes?, un hombre sabio me dijo una vez que el amor es como un prisma, y que no podía tener solo una cara del mismo. Yo te amo tal y como eres, pero aún no sé si tú también me amas lo suficiente como para confiar en mí —le dijo mirándola a los ojos. Luego añadió burlón—, mi orgullo ya ha recibido demasiados rechazos por parte de tu hermana, no pensarás hacer tú lo mismo, ¿no?

A pesar del tono descuidado que había usado Mac, Katia detectó cierta inseguridad en él y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Mac, yo también te amo! —contestó arrojándose en sus brazos.

—¿Eso es un sí? —le preguntó divertido.

Ella sonrió entre las lágrimas y asintió con la cabeza.

—Sí, claro que sí.

—Pues sellemos este trato —le dijo él antes de besarla con fervor.

—¡Válgame el cielo!, pero ¿qué es esto?

La voz chillona de Betty los sobresaltó. Katia se separó de Mac y se ruborizó avergonzada como un niño al que han pillado comiendo caramelos prohibidos.

Mac se levantó y abrazó a la anciana mujer mientras intentaba bailar con ella.

—Pero, milord, ¡milord! —Lo reprendió ella dándole palmaditas en las manos para alejarlas de su redondeada cintura.

Katia se tapó la boca con una mano para no soltar una carcajada.

—Felicíteme, Betty —le dijo Mac—, lady Katia acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo, va a ser mi esposa.

Los ojos de la niñera se abrieron asombrados.

—¿De veras, mi niña? —preguntó mirando a Katia con ojos brillantes.

Katia asintió.

—¿No es maravilloso, Betty? —insistió Mac.

—Por supuesto que lo es —admitió la mujer con una sonrisa espléndida en el rostro—, ahora el duque ya no tendrá ningún poder sobre ti. Volverás a ser una mujer casada, esta vez con un buen hombre —agregó lanzando a Mac una mirada aprobadora—, aunque sea escocés.

Mac soltó una carcajada. Le gustaba esa mujer. Se acercó a ella y estampó un sonoro beso en su mejilla que provocó en la niñera un delicioso rubor.

—Bueno, bueno —dijo avergonzada sacudiendo su mano hacia Mac para mantenerlo alejado—, pero se acabaron los besos y demás arrumacos hasta después de la boda. ¿Queda claro? Solo podrán verse si llevan un acompañante.

Mac gimió en su interior. Pensándolo bien, tal vez, no todo en ella le gustaba. Estaba convencido de que sería una guardiana feroz.

—Está bien, Betty —accedió Katia a pesar de la desesperada mirada que le lanzó Mac. Se acercó a él y lo tomó del brazo—. Ahora, creo que lord Sternbroke ya se marchaba, así que lo acompañaré a la puerta.

Atravesaron el jardín bajo la atenta mirada de Betty y entraron en la casa para recoger el sombrero y el bastón de Mac.

—Me voy a volver loco si no puedo verte a solas —le susurró este a Katia.

Ella le sonrió dulcemente.

—Un caballero... —comenzó.

Mac gimió al ver que ella volvía a aferrarse a las rígidas normas. Tal vez sería mejor llevarse a Katia a América, donde las reglas no eran tan estrictas.

—...busca siempre cómo resolver sus problemas de la manera más «satisfactoria» para ambas partes —concluyó.

La risa de Mac hizo que Betty chasquease la lengua disgustada.

—Este caballero buscará el mejor modo de satisfaceros —respondió en un susurro, dedicándole una sonrisa seductora antes de besar galantemente su mano y marcharse.

Katia se quedó contemplando la puerta cerrada durante unos minutos antes de dirigirse al saloncito donde Betty había dispuesto ya una taza de té y unos dulces. Se acomodó en la butaca y recogió los pies debajo de su falda, sin importarle faltar a las normas, mientras pensaba en el giro que acababa de dar su vida. Se sintió mareada y abrumada por un sinfín de sentimientos y emociones, entre las que el miedo acechaba como una ávida ave de presa. Pero entonces pensó en Mac, en sus besos y en sus caricias, en la ternura con que la había amado, y supo que todo estaba bien, que había hecho lo correcto.

Ahora solo le quedaba decírselo a Isabella.

El hombre rechinó los dientes con furia cuando se alejó de la mansión de lord Allensbury. ¿Así que ahora ya no era bien recibido? Una cólera ardiente lo había asaltado cuando el estirado mayordomo le había comunicado que Geoffrey no podía recibirlo. De buena gana lo hubiera golpeado con su bastón, pero había logrado contenerse.

Sí, la contención era buena —le había dicho siempre su madre—, a los hombres violentos se les nota enseguida y todos se apartan de ellos, en cambio al que es simpático, agradable e inofensivo, todo el mundo lo acepta, y tarde o temprano acaban compartiendo sus secretos con él.

Y su madre había tenido razón. El ingenuo de Geoffrey le había dado hasta ese momento toda la información que necesitaba, pero ahora lo había desechado, se había librado de él como quien prescindía de una alfombra vieja. Y todo por su sangre irlandesa, estaba seguro de ello. La rabia lo sobrepasó y golpeó con fuerza su bastón contra el suelo. Un niño que limpiaba la calle de las bostas de caballo, se alejó corriendo cuando vio el

rostro del hombre deformado por la furia.

Se repitió a sí mismo que aquello no importaba, que sus planes saldrían adelante igualmente; sin embargo, dos veces había intentado acabar con el marqués y dos veces había fallado. El gran día se acercaba, en cuatro días se celebraría el cumpleaños de la reina dando comienzo a los diversos festejos en su honor mientras el pueblo irlandés se moría de hambre a solo unos kilómetros de distancia de Londres.

Él no lo permitiría. Los miembros de la Joven Irlanda confiaban en él; lo habían escogido para cumplir esa misión, y la cumpliría, pero primero acabaría con el marqués.

Sonrió satisfecho al recordar lo que tenía pensado para él.

Capítulo 13

El olor a heno y a caballo, y el relincho agudo de los animales, despertó en Isabella la nostalgia de América y de su rancho, de Rayo de Luna y de los buenos amigos que había dejado allí. ¿Volvería alguna vez a la tierra donde se había criado? Antes hubiera dicho que sí sin dudar; ahora ya no estaba tan segura. No se trataba de que Londres le gustase más que el pequeño pueblo en el que vivía; a pesar de los bailes, los hermosos vestidos, los museos y exposiciones, seguía prefiriendo las amplias praderas y el placer de entrenar y criar a sus propios caballos. Sin embargo, en Carolina se quedaría sola, ya que Mac iba a casarse con Katia y a ocupar su lugar como conde de Sternbroke allí en Inglaterra. ¿Por eso había ido a las caballerizas del marqués?, ¿porque se sentía sola?

Dejó escapar un suspiro y se aproximó al cercado en cuyo interior pastaban algunos caballos. Sabía que no debería estar allí; Betty y Katia se disgustarían mucho si se enteraban de que había ido a visitar las caballerizas del marqués sin ningún acompañante, pero ahora que su hermana y Mac estaban prometidos, Isabella había vuelto a la pequeña casa de alquiler en Mayfair y no soportaba estar tanto tiempo encerrada. Aunque había insistido en que ahora que Katia se hallaba segura ella podría salir, pues no importaría que el duque se enterase de que ella se encontraba en Inglaterra, ni Mac ni Katia habían querido oír hablar del asunto; Isabella seguía soltera y, por ley, su tutor era el duque, que seguía teniendo derechos legales sobre ella.

Isabella escuchó las suaves pisadas de unas botas sobre la gravilla. Le parecía que hacía muchos meses ya que había estado en esa misma situación, contemplando su mustang recién adquirido y escuchando las pisadas de Mac acercándose a ella; solo que esta vez no se trataba de Mac.

—No creo que sea conveniente que una dama visite a un caballero soltero sin estar acompañada por su prometido —señaló una voz grave detrás de ella.

Isabella se giró y contempló la alta figura del marqués. Vestía un elegante traje de montar con chaqueta de terciopelo en tono gris oscuro, camisa blanca con una corbata enlazada en un elegante nudo y pantalones negros de ante que se ceñían a sus musculosas piernas. Su cabello leonado brillaba con el sol y los angulosos rasgos de su rostro parecían esculpidos en piedra; sus ojos grises la miraban con frialdad y tenía la mandíbula tensa. ¿De verdad le molestaba que hubiera ido sola? Una voz interior le recordó lo que ella se empeñaba en negar, lord Allensbury deseaba a su hermana, quizás incluso estaba enamorado de ella, y debía estar furioso al saber que se había comprometido con Mac.

—De haber sabido que había retirado su invitación, no hubiese venido —le espetó ella alzando la barbilla con orgullo.

—Usted, condesa, será siempre bienvenida aquí —respondió con cortesía—. Espero que le agraden mis caballos.

Isabella se giró de nuevo hacia el cercado para no ver el desprecio y la frialdad en los ojos del marqués.

—Son animales muy hermosos —repuso en voz baja.

De repente se sentía cansada de representar dos papeles distintos; ya no quería ser su hermana, la condesa, quería ser ella misma, con su carácter, con su modo de ser... y quería que el marqués la amase por sí misma.

El pensamiento la cogió desprevenida y la sobresaltó. ¿Quería que el marqués la amara? No, aquello era una equivocación. Ella había dicho que no se casaría nunca, y no lo haría, menos aún con un hombre con título aristocrático; no estaba dispuesta a repetir la historia de su madre.

—Creo que sería mejor que me marchase —murmuró con tristeza.

Daniel percibió el tono triste en su voz y se preguntó qué habría entristecido a Isabella, porque estaba seguro de que ella era Isabella. Físicamente era casi imposible diferenciar a las dos hermanas, pero en cuanto al carácter ya era otra cuestión. Mientras que la condesa era más suave y contenida, la mujer que tenía delante era vivaz y de naturaleza más apasionada y salvaje, una pasión que él anhelaba despertar, a pesar de saber que ella le había mentado.

—Si ese es su deseo, *milady* —repuso con fría cortesía.

La vio pasar ante él con la espalda recta y los puños apretados a los costados. El traje de amazona confeccionado en terciopelo azul con bordados en plata, se ajustaba perfectamente a su estrecha cintura marcando las suaves curvas de sus caderas. Llevaba el cabello recogido en una trenza enroscada bajo un sombrerito de copa de la misma tela, adornado con una cinta de plata. Si le retirase las horquillas que lo sujetaban, su cabello caería en cascada hasta la cintura. Gimió para sus adentros. Deseaba a aquella mujer como nunca había deseado a ninguna otra, su cuerpo la anhelaba como si fuera una parte de sí mismo... y la estaba dejando marchar.

Se movió con rapidez y de un tirón la introdujo en las cuerdas que se encontraban vacías, ya que todos los animales, incluidos sus pura sangre se encontraban pastando en los cercados. Isabella gritó al verse sorprendida por el fuerte empujón.

—¿Qué demonios cree que hace? —le espetó al marqués enfadada apartándose de él.

La alta figura de Daniel se erguía sobre ella. No podía verle el rostro, ya que se encontraba a contraluz bloqueando la entrada a las caballerizas. Algo en su postura y la tensión que emanaba de él, asustó a Isabella que retrocedió enseguida. Llevaba su cuchillo escondido en una de las botas, solo esperaba tener la oportunidad de poder sacarlo a tiempo si él decidía atacarla.

Daniel avanzó hacia ella.

—Usted y yo vamos a tener una conversación —le explicó.

Isabella retrocedió otro paso y buscó nerviosa un modo de salir de allí. Sabía que en la parte trasera del edificio de madera debía de haber otra salida, la que usaban los mozos de cuadra para salir al cercado. Tendría que distraer al hombre para poder llegar hasta ella.

—¿Y no cree que sería mejor que conversáramos en un saloncito, delante de una taza de té? —le preguntó esbozando una sonrisa falsa.

—Prefiero el café —respondió él con una sonrisa torcida y un tono suave que la puso todavía más nerviosa—, además, tal vez tenga en mente otras cosas además de hablar —insinuó.

Isabella soltó una exclamación ahogada y sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo. Tuvo que reconocer en su interior que no le importaría que el marqués le enseñara algunas cosas de las que tanto había escuchado hablar entre susurros a las mujeres casadas de su rancho, pero prefería que fuera cuando él estuviera de buen humor.

A pesar de la situación en la que se encontraba, no tenía miedo. No entendía por qué él la despreciaba tanto, pero estaba segura de que no le haría daño. El marqués era orgulloso, arrogante y cínico, pero no era un hombre violento y cruel.

—¿Por qué me desprecia tanto? —Quiso saber.

Daniel pudo ver la confusión en su rostro y el dolor, que trató de ocultar prontamente.

—¿Despreciarla? —repitió negando con la cabeza—, al contrario, la deseo, y usted lo sabe.

Isabella abrió los ojos sorprendida y se detuvo un instante, antes de que una oleada de amargura barriese de su corazón el cálido sentimiento que había comenzado a brotar en su interior.

—No. Usted a quien desea es a mi her...

Se interrumpió bruscamente al darse cuenta de lo que había estado a punto de decir. Por un instante deseó poder contárselo todo a Daniel, pero ¿y si él se lo decía a su padre?

—¿A qué otra persona puedo desear, *milady*? —le preguntó él con sarcasmo—, ¿a su hermana gemela tal vez?

Isabella se detuvo mirándolo con ojos llenos de asombro y el cuerpo rígido, pero actuó por instinto cuando vio que él se abalanzaba sobre ella. Sacó con rapidez el cuchillo de su bota y lo blandió con mano firme ante él.

—No se acerque —le gritó.

A Daniel no le sorprendió que ella supiese manejar un cuchillo habiéndose criado en América, pero sí le sorprendió el miedo que asomaba a sus ojos azules. ¿Se debía a que él había descubierto su engaño o a algo más? Se detuvo a pocos pasos de la afilada hoja. Sabía que podía desarmarla si se lo proponía, pero no se movió.

—¿Por qué me engañó? —le preguntó en cambio.

Ella percibió el dolor en sus palabras y el corazón se le encogió. Rayo de Luna le había enseñado cuáles eran los mejores puntos para que la hoja del cuchillo se hundiese incapacitando a un hombre o matándolo, pero que Dios la ayudase, ella sería incapaz de clavar el cuchillo en el cuerpo del marqués. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas le nublaron la visión.

—Era necesario —repuso llena de angustia—, usted podía decírselo al duque y entonces él encerraría a Katia en Bedlam, como le había prometido, y se desharía de mí —le explicó. Sabía que estaba diciendo demasiadas incoherencias, pero no podía detenerse—. Ella necesitaba mi ayuda, pero el duque vigilaba todos sus movimientos, como a una prisionera; quería venderla como a una yegua de cría, la humillaba. Sus asquerosos pretendientes enviados por mi padre, no pretendían sino abusar de ella sin ningún escrúpulo. Yo sé defenderme, solo tenía que tomar su lugar, hasta que el plan de Mac funcionase; pero entonces apareciste esa noche en el jardín y me confundiste con ella, y...

Daniel se dio cuenta de todo lo que las dos mujeres habían tenido que soportar solas, siendo tan jóvenes, y comprendió mejor la relación de

Geoffrey con la condesa. Se enorgullecía de ser el mejor espía de la corona, pero en esta ocasión había sido un verdadero estúpido. Había ignorado todas las reglas del espionaje aceptando la primera información que le había llegado sin confirmarla, atendiendo solo a aspectos parciales del problema, no tomando en cuenta los elementos circundantes y, sobre todo, involucrando sus sentimientos.

Dio un paso más cerca de ella, pero Isabella volvió a blandir el cuchillo, aunque no parecía darse cuenta de que lo llevaba en la mano. Tenía el rostro muy pálido y las lágrimas se deslizaban libremente por sus mejillas. Sus labios temblaban y sus grandes ojos azules se movían inquietos, como si buscara una forma de escapar del lugar. A Daniel se le encogió el corazón. Isabella era demasiado joven para haber sufrido tanto, y aún así, tenía un espíritu tenaz y luchador. Sintió una necesidad feroz de protegerla de todo, del duque, de la dureza de la vida, del dolor, y en ese instante supo con claridad que la amaba y que nunca la dejaría marchar.

—Isabella.

Pronunció su nombre en un susurro, intentando no asustarla, mientras buscaba la mejor manera de acercársele. Sin embargo, las palabras no penetraron en ella. Era como un animalillo acorralado buscando desesperadamente huir de su perseguidor. Daniel se maldijo a sí mismo por provocar en ella más angustia y dolor, pero no había otra forma de ayudarla más que desarmándola. Con un movimiento rápido se arrojó sobre ella que se tambaleó por el peso de él y lanzó un grito, pero no soltó el cuchillo, por el contrario, a punto estuvo de arrebatárle de un tajo su masculinidad. Daniel masculló una blasfemia y sujetó con fuerza la muñeca de Isabella, tratando de no hacerle daño, hasta que ella no tuvo más remedio que soltar el arma. Entonces la encerró entre sus fuertes brazos mientras ella se debatía y luchaba por liberarse.

Isabella sentía la fuerza de los brazos que la aprisionaban y podía oír los murmullos tranquilizadores del marqués, aunque no comprendía bien lo que

decía. Le parecía que se movía en el interior de una pesadilla, podía sentir y oler su propio miedo, como en aquella ocasión en que se había encontrado frente a frente con un puma cuando había salido en busca de una yegua que había escapado del corral.

—Por favor, por favor —comenzó a suplicar entre sollozos.

No sabía bien por qué suplicaba, pero sentía la necesidad de hacerlo, como aquella noche, cuando tenía solo cinco años, y se había interpuesto entre su padre y Katia. Su hermana pensaba que ella era muy valiente, pero después había sufrido horribles pesadillas en las que su padre le pegaba y la atormentaba mientras ella solo podía suplicar.

Comenzó a temblar descontroladamente y notó que sus piernas cedían, pero los fuertes brazos del hombre la sostuvieron. No había en ellos amenaza ni posesión, solo ternura y calor. Se acomodó mejor entre ellos; sentía frío. Las palabras incomprensibles que él seguía recitando, le recordaron a los cánticos rituales de Rayo de Luna, y poco a poco la fueron serenando. Notó los cálidos labios del hombre posarse sobre su sien en una suave caricia y se estremeció. El masculino aroma a sándalo y cuero le recordó a Mac, solo que aquel hombre no era Mac, se dijo. Sus palabras se hicieron comprensibles cuando cayó en la cuenta de que se encontraba entre los brazos del marqués.

—Lo siento, Isabella, perdóname —le dijo—. No pretendía asustarte. Nunca te haría daño.

Ella sintió la suave caricia en la cabeza y se relajó; de sus labios salió un sollozo entrecortado. ¿Había estado llorando? Era como si todo estuviera envuelto en una espesa neblina, solo la voz de él era clara y segura.

—Quiero que me escuches bien, Isabella —le pidió—, yo soy un cretino y un estúpido, pero no soy tu padre y nunca me comportaré como él, ¿entiendes?

—¿No se lo dirás? —le preguntó ella en un susurro.

—¿Decirle qué? —repuso Daniel confundido.

—Que estoy aquí —respondió— y que me he hecho pasar por la condesa.

Daniel comprendió su miedo.

—Isabella, no soy ni he sido nunca amigo de tu padre —le explicó—. Sé que es un hombre cruel, y por ello no es muy bien aceptado entre la alta sociedad a pesar de su título.

—Él solo quiere dinero —agregó ella con voz temblorosa—, y hará cualquier cosa para obtenerlo, incluso vendernos a Katia o a mí.

Daniel la abrazó con más fuerza.

—Yo nunca dejaría que pasara eso —le aseguró—, además, he comprado los pagarés de sus deudas.

Isabella se echó un poco hacia atrás y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Por qué tengo sus pagarés? —repitió él—, porque escuché lo que estaba intentando hacer con tu hermana y pensé que así podría tener un modo de controlar sus actos —le explicó—, algo con lo que amenazarlo y detenerlo en caso necesario.

Ella negó con la cabeza.

—No, ¿por qué nunca dejarías que me pasara eso, que mi padre me vendiera como a Katia?

Daniel se quedó mirándola largamente y por un momento ninguna palabra salió de su boca. A pesar del olor a heno y a caballo que se respiraba en el interior del recinto, él aún podía percibir la esencia a rosas silvestres que emanaba de ella. Sus ojos, como dos brillantes zafiros a causa de las lágrimas, lo miraban anhelantes.

—Creo que tú sabes por qué —respondió con voz ronca.

Ella negó con la cabeza y él pudo ver en sus ojos que de verdad no comprendía. Ya una vez ella le había parecido demasiado inocente para ser una viuda experimentada, ahora se daba cuenta de que la noche en que la había besado, de verdad lo era.

Daniel sonrió, y por primera vez en mucho tiempo fue una sonrisa real y

completa, llena de ternura. Le acarició la mejilla con los nudillos llevándose consigo los últimos vestigios de sus lágrimas. El pasado lo había convertido en un hombre cínico, el futuro podía transformarlo en un hombre feliz. Y todo dependía de ese momento presente, de aceptar el riesgo de creer.

—Porque te amo, Isabella.

Las palabras quedaron flotando alrededor de ellos en el silencio que siguió a su declaración.

Isabella negó con la cabeza y el cuerpo de Daniel se tensó, el cinismo abriéndose paso por sus venas.

—Tú creías que yo era Katia, que era la condesa, es a ella a quien amas —replicó Isabella sin poder esconder la tristeza que sentía.

Daniel casi se echó a reír por el alivio; ella no lo estaba rechazando, solo creía que él estaba equivocado. Es verdad que las había confundido, pero solamente porque en ese momento no sabía que se trataba de dos mujeres distintas.

Podía decirle muchas cosas para explicárselo, pero prefirió hacerle una demostración.

—Entonces, ¿crees que podría besar así a alguien a quien no amase? —le preguntó mientras hacía descender su cabeza sobre los dulces labios de ella.

Sus labios eran cálidos, tal y como los recordaba, pero Isabella se dio cuenta de la diferencia que había con el beso que él le había dado en el jardín. En este no había rabia ni dureza, solo ternura y delicadeza, como si estuviera explorándola, descubriéndola. Isabella se sintió embriagada por una poderosa sensación y, pegándose más al duro cuerpo de Daniel, le exigió más; sin embargo, él no cedió, sino que continuó acariciándola lentamente con los labios, poniendo en juego toda su experiencia y habilidad, encendiendo sus sentidos, hasta que notó que Isabella se derretía entre sus brazos. Entonces se separó de ella y la sostuvo con firmeza.

—¿Qué... qué ha sido eso? —balbuceó ella aturdida.

—Eso, mi querida Isabella, ha sido solo el principio —respondió él

depositando un beso en la punta de su nariz—, pero hay más, mucho más.

La sonrisa que él le dedicó hizo que el estómago de Isabella revolotease y se le encogiesen los dedos de los pies. Sus labios formaron un círculo perfecto.

—¡Oh!

Esta sola palabra de admiración hizo que a Daniel se le encendiese la sangre, y deseó besarla otra vez.

—Una semana —dijo en tono brusco—, te doy solo una semana.

Isabella parpadeó confundida sin saber a qué se refería.

—Una semana, ¿para qué?

—Para casarnos —gruñó—; es todo el tiempo que estoy dispuesto a esperar antes de llevarte a mi cama.

Estas palabras consiguieron dejar boquiabierta a Isabella y que se ruborizara violentamente.

¿Casarse con lord Allensbury?, ¿con un marqués? Ella no era condesa, como su hermana, era simplemente Isabella. Pero ¿qué podía hacer? ¿Decirle que había hecho una promesa de no casarse nunca, cuando tenía solo cinco años, como bien le había recordado Katia con ironía?

—Pero ¿qué va a pasar con mi rancho? —optó por decirle.

—Podrás cabalgar aquí en Londres cuanto desees —respondió Daniel—, conmigo —aclaró.

Isabella frunció el ceño.

—No me dedicaba solo a cabalgar en el rancho —le espetó indignada.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué te dedicabas?

—A la cría de caballos —repuso ella alzando la cabeza orgullosa—. Poseo los mejores caballos en muchos kilómetros a la redonda.

Daniel arqueó las cejas sorprendido.

—¿De veras? Entonces, ven y dime qué opinas de estos —le contestó tomándola de la mano y tirando de ella hacia el fondo del edificio donde había una puerta trasera medio oculta.

Después de haber pasado tanto tiempo en la penumbra de las caballerizas, la luz brillante del sol la deslumbró. Parpadeó para acostumbrarse y se dejó guiar por la mano fuerte y segura de Daniel.

Se detuvieron junto a un cercado donde pastaban los animales. Isabella contempló fascinada los hermosos pura sangre ingleses; caballos de porte elegante y patas largas y finas, de pelaje corto y sedoso. Un semental negro se acercó relinchando hasta ellos, Isabella reconoció a Hércules.

—¿Y bien? —inquirió él con el tono orgulloso de una madre que presenta a sus hijos.

—Son maravillosos —admitió emocionada.

—¿Crees que podrás criar más como estos?

Ella se volvió hacia él asombrada.

—¿De verdad me dejarás dedicarme a la cría de caballos y a entrenarlos?

Daniel enlazó su cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Por supuesto —le confirmó—, desde ahora lo haremos todo juntos.

Isabella lo miró con ojos brillantes y una sonrisa espléndida en su rostro, luego le echó los brazos al cuello y lo besó. La inocencia de ese beso abrasó las entrañas de Daniel que respondió con pasión, aunque cuidando de no asustarla. No sabía si él era un buen maestro o si ella era una alumna aventajada, pero Isabella aprendía rápidamente y pronto le devolvió el beso con idéntica pasión.

Los labios de Daniel recorrieron su rostro besando sus mejillas, su nariz y sus párpados, y bajando luego por el esbelto cuello de Isabella. Maldijo para sus adentros cuando se topó con el cuello alto del traje de montar que le impedía descender más. Recorrió el mismo camino de vuelta hasta sus labios probando el sabor de su piel y mordisqueando mientras sus manos se afanaban por soltar los diminutos botones que mantenían cerrada la chaquetilla azul de terciopelo.

Un empujón en el hombro le hizo soltar una maldición y recuperar el sentido mientras se sostenía a sí mismo y a Isabella para no caer al suelo. Se

volvió hacia Hércules enfadado consigo mismo, aquel maldito animal parecía tener más sentido común que él mismo.

Volvió a abrochar los botones mientras Isabella lo miraba con una expresión maravillada en su rostro y los ojos empañados por la pasión. ¡Dios!, pensó, ni siquiera se veía capaz de aguantar una semana si ella lo miraba así. Respiró hondo para calmarse y dio un paso hacia atrás alejándose de la tentación.

—Es mejor que te vayas, Isabella —le dijo con los dientes apretados.

Ella parpadeó desconcertada sin poder desprenderse de la espiral de sensaciones que recorría su cuerpo.

—¿Cómo?

—No soy de piedra, mujer —le espetó con sequedad—, y si sigues aquí, casados o no, tomaré tu virginidad y haré que te estremezcas de placer hasta que supliques que me detenga.

Isabella tragó saliva mientras trataba de imaginar de qué manera podía lograr eso Daniel, pero su imaginación era muy limitada en ese campo, así que optó por una retirada fácil dejando que sus pies se deslizaran presurosamente sobre la gravilla hasta llegar junto a su montura que había dejado atada próxima a la entrada.

Se sobresaltó cuando sintió la mano de Daniel en su espalda, no había oído que la siguiera. Sin decirle nada, él la tomó por la cintura y la alzó hasta la silla de montar.

—Mañana por la noche se celebrará el gran baile en honor de la reina, ¿asistirás? —le preguntó.

Isabella solo era consciente de la mano fuerte y bronceada que descansaba descuidadamente sobre su muslo. El calor de su palma atravesaba la tela de su falda y le quemaba la piel.

—¿Asistirás? —insistió él—. Es un baile de máscaras, nadie te reconocerá —le aseguró; luego bajó la voz a un susurro sensual—. Quiero bailar contigo durante toda la noche.

Ella solo pudo asentir antes de espolear al caballo para ponerlo al galope.
No sabía si estaba huyendo de Daniel o de sí misma.

Capítulo 14

El aire fresco de la noche penetraba por la ventanilla del carruaje refrescando el caldeado ambiente del interior. Finalmente, y después de muchas discusiones con Betty que trataba de disuadirla para que no asistiera al baile, Isabella se había salido con la suya y había alquilado un coche que la llevaría directamente a la mansión donde se celebraría el evento.

Puesto que no podía ir sola y la anciana mujer ya era demasiado mayor para acompañarla, Betty había convencido a una de las jóvenes doncellas para que acudiese con ella al baile y la atendiese en todo lo que necesitase.

La seda de su vestido lila crujía sobre el mullido asiento. Ataviada con una falda drapeada en forma de pétalos y un corpiño con brocados de plata que dejaba al descubierto los hombros y el nacimiento de sus senos y terminaba en unas mangas cortas abullonadas, se sentía como una princesa de cuento. Con un dedo enguantado acarició la máscara lila y plateada que descansaba a su lado. Su doncella, una muchacha regordeta llamada Susan, se apresuró a acomodarle la falda con presteza. Probablemente se encontraba tan nerviosa como ella.

La muchacha le dirigió una mirada embelesada contemplando el recogido de su cabello adornado con flores lilas y blancas, y las hermosas perlas que adornaban su cuello.

—Está preciosa, *milady* —exclamó en un susurro admirado.

—Gracias, Susan —le dijo dedicándole una sincera sonrisa.

Isabella esperaba que Daniel opinase lo mismo. Sentía la excitación correr por sus venas, pero también el miedo. ¿Qué pasaría si su padre se presentaba en el baile y la reconocía? Se había asegurado de que la máscara le cubriese la mitad del rostro, pero nada podía evitar que viese su pelo rubio y sus ojos azules. Se dijo que había muchas damas con el mismo color de pelo y ojos, pero eso no la tranquilizaba.

El coche se detuvo poco a poco e Isabella se asomó por la ventanilla para ver las luces de la mansión y la larga fila de carruajes que se dirigía hacia la entrada. Respiró hondo para calmarse a pesar de que el estrecho corsé que entallaba su cintura se lo impedía. Tomó su abanico y se colocó la máscara.

Un lacayo la ayudó a descender del carruaje y comenzó a recorrer el ancho sendero que, iluminado por múltiples farolillos, conducía a la entrada de la mansión. Al tratarse de un baile de máscaras, no había anfitriones que recibieran a los invitados ni criados que los anunciaran, así Isabella pudo mezclarse entre los elegantes caballeros y las hermosas damas ataviadas con preciosos vestidos, un arcoíris multicolor que contrastaba con el mármol blanco del suelo y las columnas que adornaban el interior del salón de baile.

Isabella miró a su alrededor tratando de localizar la alta figura del marqués, lo que le resultaba difícil entre los cientos de invitados que llenaban el salón. Casi toda la alta sociedad se encontraba reunida allí. Un desconocido se detuvo delante de ella, lanzándole una mirada cargada de desprecio, e Isabella se puso nerviosa. ¿Podría ser aquel su padre? ¿La habría reconocido? Pero el hombre se dio media vuelta sin dirigirle la palabra mientras ella dejaba escapar un suspiro de alivio.

Derek observó desde su puesto la entrada de la dama. Sin duda alguna, era toda una visión.

—Así que ya ha llegado la hermosa lady Isabella —le dijo con tono divertido a su acompañante.

Daniel gruñó algo incomprensible y dedicó a su amigo una mirada suspicaz. —Ni se te ocurra acercarte. —Lo amenazó reconociendo la fama de seductor de Derek. Luego entrecerró los ojos y lo interrogó receloso—. ¿Cómo puedes saber que se trata de ella?

Su amigo soltó una carcajada que quedó amortiguada por el zumbido de los cientos de conversaciones que tenían lugar en el salón.

—Porque la mirabas como si fuera una copa del mejor coñac que has probado —declaró con fino humor.

Daniel esbozó una media sonrisa y se relajó. Isabella le pertenecía.

—Creo que voy a ir a reclamar a la dama —repuso.

—Sí, será mejor que lo hagas antes de que ese otro caballero se te adelante —convino su amigo dándole una palmada en el hombro y dejándolo solo.

Daniel observó al hombre enmascarado que se acercaba a Isabella en ese momento y reconoció al conde de Sternbroke. Frunció el ceño y volvió a recostarse sobre la fría columna de mármol sin apartar la mirada de ellos.

Desde el otro extremo del salón, otro hombre contemplaba con interés la misma escena y el ceño fruncido del marqués.

—Vaya, vaya —murmuró divertido—, dos perros que intentan roer el mismo hueso.

Dirigió su mirada hacia la piel cremosa de la condesa y la elevación de sus atractivos senos. Era hermosa, reconoció, y aunque no era su tipo, no le importaría divertirse un poco con ella. Tal vez lo hiciera una vez que la tuviese en su poder.

Apretó los dientes y los músculos de su mandíbula se tensaron al mirar al marqués que, en ese momento, se dirigía hacia la pareja. No había encontrado otra oportunidad para acabar con él, y no podía hacerlo durante el baile, pero sonrió con perversidad al pensar en lo que le tenía reservado.

Sí, el desfile en honor de su majestad sería una explosión de fuegos artificiales digna de verse.

Isabella reconoció a Mac cuando se acercaba sonriente hacia ella. Ataviado con un frac negro, chaleco color verde jade con bordados negros, la immaculada camisa blanca con cuello alzado y una corbata anudada en una sencilla lazada, se veía sumamente atractivo. El negro antifaz que llevaba le daba un aire misterioso.

—¿Es que te has vuelto loca, Isabella? —le espetó con furia contenida apenas se le acercó.

Ella arqueó las cejas sorprendida.

—¿Cómo me has reconocido? —Quiso saber.

—El perfume —repuso él escuetamente.

—¿Qué?

Mac chasqueó la lengua con fastidio.

—Katia huele a lavanda y tú a rosas silvestres —le explicó—, pero eso no viene al caso ahora; quiero saber qué haces aquí. ¿Cómo se te ha ocurrido presentarte en el baile?

Isabella se encogió de hombros.

—Es un baile de máscaras, no me reconocerán —replicó.

—Yo lo he hecho —gruñó él.

—Eso es distinto, Mac —Se quejó ella—, tú me conoces perfectamente.

—¿Y crees que tu padre no te reconocerá? —replicó con dureza.

El rostro de Isabella se volvió blanco y las manos comenzaron a temblarle de tal manera que casi dejó caer el abanico al suelo. Mac dejó escapar una imprecación en voz baja.

—Perdóname, Isabella —le pidió—, no debería haber dicho eso. Lo más probable es que tu padre no te reconozca o que te confunda con Katia, pero es que no puedo estar pendiente de Katia y de ti al mismo tiempo, y me preocupa dejarte sola en medio de tanta gente; deberías de tener a alguien que te acompañase.

—Y tiene a alguien —declaró una voz grave detrás de ellos.

Mac se giró y se encontró con la alta figura del marqués que tenía la mirada

clavada en Isabella. Ella se sonrojó, pero no bajó la cabeza con la timidez propia de una debutante, sino que le devolvió la mirada con un brillo de desafío.

—En fin, supongo que ya no tengo de qué preocuparme —repuso Mac burlón—. Cuida bien de ella, Allensbury, o te las verás conmigo —añadió con firmeza.

Daniel asintió dando a entender que lo había escuchado, pero no le prestó más atención. Todos sus sentidos los llenaba la bella figura de Isabella.

—*Milady*, ¿me concedería el honor de este baile? —le dijo mientras sonaban los primeros acordes de una danza.

Ella asintió dedicándole una hermosa sonrisa mientras colocaba la mano enguantada sobre su brazo; el corazón de Daniel se caldeó por dentro.

—¿Preparado para bailar conmigo durante toda la noche, milord? —le preguntó ella esbozando una pícaro sonrisa.

—¿Acaso crees que soy tan viejo que me desmayaré antes de terminar el segundo baile? —le preguntó con fingido horror elevando una de sus rubias cejas con arrogancia—. ¿Has escuchado el crujir de mis rodillas?

Isabella dejó escapar una risa cristalina y casi soltó un chillido cuando Daniel la hizo girar más deprisa mientras ejecutaban los pasos de la danza.

—Claro que no —repuso ella respirando agitadamente para recuperar el aliento.

—Bien —convino él susurrándole al oído—, porque pronto te demostraré que tengo energía suficiente para hacerte disfrutar de placer durante toda una noche... bailando.

Un delicioso rubor cubrió el rostro de ella y Daniel quiso besarla allí mismo y al cuerno con lo que pensara el resto de la alta sociedad, sin embargo, se contuvo hasta que terminó la danza, entonces la arrastró hasta la terraza y la besó a conciencia entre las sombras del jardín.

—¡Daniel! —exclamó ella entre sorprendida y excitada.

—Te dije que no podría aguantar ni siquiera una semana sin tenerte —

repuso él atrayéndola hacia sí mientras besaba su cuello y descendía luego hacia las dulces curvas de sus senos—. Soñaba con esto desde el otro día en que te besé, pero llevabas ese dichoso traje de montar de cuello alto —se quejó—. Cuando nos casemos, no quiero que lleves ningún traje así cuando estemos juntos. Sería todavía mejor si no llevases nada encima —apostilló con una sonrisa maliciosa.

Isabella dio un respingo sorprendida al sentir la boca húmeda de Daniel sobre sus senos.

—Daniel.

El ronco susurro que brotó de su garganta y las inocentes caricias de sus manos sobre su cuerpo, encendió la sangre de Daniel que soltó un gemido y cayó sobre su boca devorándola con ansiedad.

—Debí suponer que la hija sería tan seductora como su madre —repuso una voz grave detrás de ellos—; disfrute mientras pueda de esta perra en celo, antes de que se vuelva fría como el hielo.

Daniel se quedó rígido y se volvió hacia el hombre con los puños apretados mientras ocultaba con su cuerpo a Isabella.

El duque soltó una carcajada desagradable y hueca cuando se dio cuenta de que se trataba del marqués de Allensbury. El hombre se había quitado la máscara, que colgaba de uno de sus dedos, tenía los ojos inyectados en sangre y se tambaleaba ligeramente.

—Vaya, si ni siquiera es su prometido, quién lo hubiera dicho —comentó con sarcasmo—. Por lo visto a usted le gusta tomar todo lo que es ajeno, ¿no es así, milord? Usted es el maldito aristócrata que ha comprado mis pagarés —espetó con rabia.

—Así es, excelencia —repuso con fría calma—, y por eso mismo le aconsejo que cuide su lenguaje y sus modales delante de la dama.

—¡Esa furcia no es una dama! —escupió furioso.

El puño de Daniel impactó contra su rostro haciéndolo trastabillar, pero la alta figura del duque, de constitución atlética a pesar de sus años, se mantuvo

en pie lanzando imprecaciones mientras se llevaba la mano a la nariz.

Daniel reconoció la figura de su amigo mientras se acercaba por la terraza hacia ellos; sabía que, desde los dos atentados que había sufrido, Derek lo había estado vigilando de cerca, y aunque le molestaba que pensase que no sabía cuidarse solo, en aquel momento agradeció su presencia. Con un leve movimiento de cabeza señaló en dirección a Isabella.

—Llévatela, Derek —le pidió—. El duque y yo tenemos algunos asuntos de los que tratar.

Supo que su amigo cuidaría de ella. No se volvió a mirarla cuando ella lo llamó con voz temblorosa, porque si veía el miedo en sus ojos mataría a ese hijo de perra aunque fuera su padre.

—No puedes llevártela sin mi permiso —declaró con violencia el duque clavando la mirada en Isabella—; ella es mi hija.

—Ella es mi prometida y pronto va a ser mi esposa, ahora se encuentra bajo mi cuidado —replicó Daniel con dureza.

—Imposible, Katia está prometida a ese estúpido conde escocés —comentó con desdén.

El duque vio la sonrisa cargada de desprecio que esbozaba el marqués y supo que había jugado mal sus cartas.

—Tiene razón, Excelencia —repuso Daniel—, el conde está prometido a lady Katia, pero yo me casaré con lady Isabella.

El asombro brilló en los ojos vidriosos del duque cuando comprendió el sentido de aquellas palabras, y la furia convirtió su rostro en una máscara dantesca. Se giró rápidamente hacia los grandes ventanales que daban acceso al salón a tiempo para ver cómo su hija abandonaba la mansión.

—¡Maldito sea, hijo de la gran...!

Se abalanzó sobre el marqués, pero su bravata perdió efecto al tropezar y caer de rodillas sobre la hierba del jardín. En el interior del salón la orquesta tocaba un vals.

—Si sabe lo que le conviene, Excelencia, se guardará de acercarse a sus

hijas en el futuro —lo amenazó Daniel—, ¿me ha comprendido?

—¡Los mataré! —escupió furioso mientras intentaba ponerse de pie—, a ella y a usted, a ese maldito conde y a Katia, ¡a todos! Todavía tengo apoyo en la Cámara de los Lores, lo hundiré, lo juro. ¡Acabaré con usted!

Daniel ignoró la amenaza.

—Le recomiendo que emigre al continente, a Francia o a donde quiera, pero lejos de Inglaterra —repuso con frialdad—, porque si no, haré efectivos esos pagarés y usted terminará sus días en la prisión de Newgate.

El duque palideció. No era tan tonto como para no darse cuenta del poder que tenía el marqués, que contaba con el apoyo del primer ministro y de la mismísima reina Victoria, puesto que era ahijado de su madre.

—No tengo dinero —se quejó con voz lastimera.

El marqués se sintió asqueado.

—Puede vender su casa y cuanto posee —espetó secamente—. Haga lo que sea, pero no vuelva a pisar Inglaterra nunca más. O se va por sus propios medios o yo mismo me encargaré de que la armada lo embarque hacia las colonias de Australia.

Se dio media vuelta y se marchó hacia el salón sin mirar atrás. Necesitaba ver a Isabella, saber que se encontraba bien y abrazarla. No los vio a ella ni a Derek por ninguna parte. Mac se le acercó preocupado.

—¿Está todo bien? —Quiso saber—. Isabella me lo contó.

Daniel asintió.

—¿Dónde está ella? —le preguntó.

—Se marchó hace un rato —le explicó—, comentó que no se encontraba bien. Me ofrecí a acompañarla, pero me dijo que la acompañaría un amigo tuyo.

—Así es.

Mac vio la preocupación en el rostro del marqués y se compadeció de él.

—Isabella es fuerte —le dijo—, lo superará. Creo que ahora solo necesita estar un rato sola. Ella prácticamente no vivió con su padre, ese hombre no

significaba nada para ella.

—Mac —lo llamó la voz angustiada de la condesa acercándose a ellos.

—No pasa nada, Katia —la tranquilizó él tomándola de las manos—; tu padre ya no puede haceros nada a Isabella o a ti.

La condesa negó con la cabeza. Sus grandes ojos azules lo miraban asustados y Mac se preocupó.

—Es Isabella —les dijo con voz temblorosa—, estoy segura de que le ha pasado algo malo. Se encuentra en peligro.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Daniel con tono duro por la preocupación—, ¿has visto algo?

—Lo presiento —repuso ella tratando de explicar lo que sentía—. Somos gemelas.

Daniel intentó tranquilizarse diciéndose que Derek se había ido con ella y que él la protegería con su vida, pero tenía un nudo en el estómago a causa de las palabras de Katia. Había escuchado decir que un gemelo podía sentir lo que otro estaba experimentando. ¿Y si Isabella se encontraba de verdad en peligro?

Lord Crewton había observado cómo el marqués y la condesa salían a la terraza, y había estado tentado de seguirlos, pero le pareció que no ganaría nada con ello excepto, seguramente, un buen espectáculo. Su espera se vio recompensada cuando después de un tiempo la condesa regresó al salón acompañada por el amigo del marqués dispuesta a abandonar la fiesta junto con él. Hubiera preferido, para llevar a cabo sus planes, que la acompañase el marqués, pero tampoco le importaría acabar con la vida de lord Middletown. Ellos pensaban que eran listos, pero él era mucho más listo que ellos. ¿Acaso creían que no sabía que Derek, el amigo del marqués, era un espía? Lo sabía todo sobre él, y debía de reconocer que era muy bueno en lo suyo; por su culpa la Joven Irlanda había tenido que cambiar sus planes muchas veces,

seguramente les haría un gran favor si lo mataba.

Sí, él era mucho más listo. Lord Allensbury y lord Middletown ni siquiera sabían quién era él; ¡oh, sí!, lo conocían como el amigo borracho del ingenuo hermanastro del marqués, pero nada más. Si lo conocieran, seguramente admirarían su brillante ingenio y su gran inteligencia.

Abandonó su puesto junto a la columna moviéndose con silenciosa agilidad hacia la salida. Todo el mundo cometía el error de pensar que era torpe a causa de su fornido aspecto, pero él sabía que con un solo movimiento de sus grandes manos podía partirle el cuello a un hombre. Soltó una risita divertida. Hacía mucho que no empleaba ese método, quizás debería volver a usarlo con lord Middletown.

Se escurrió entre las sombras del recibidor para salir a la calle ocultándose tras la oscuridad que proyectaban las columnas de la fachada y esperó. Sabía que Middletown esperaría hasta que el carruaje entrase por el camino hacia la escalinata para hacer salir a la condesa. Por eso él había sobornado a uno de los criados para que llamase a su propio coche cuando la mujer vestida de lila pidiese su carruaje.

Apenas salieron por la puerta, avanzó sigilosamente para caer sobre el conde. Maldijo para sus adentros cuando vio que la condesa se volvía hacia atrás, como si lo hubiera oído, alertando así al conde que también se giró, aunque alcanzó a descargar un grueso puño sobre su cabeza antes de que reaccionase. El impacto lo derribó haciéndolo caer por la escalinata. Entonces se volvió inmediatamente hacia la condesa y lo sorprendió verla con un cuchillo en la mano. Sonrió con desprecio y dio un paso hacia ella, lo que estuvo a punto de costarle la vida.

Isabella había escuchado el sonido de unos pasos furtivos y se había vuelto justo en el instante en que un hombre corpulento salía de las sombras y se lanzaba contra Derek derribándolo de un golpe. Lo vio caer por las escaleras

y contempló por un momento, asustada, el cuerpo que yacía tendido en el suelo, pero no tenía tiempo de comprobar si estaba vivo. Sacó con presteza el cuchillo que portaba en el ridículo y se encaró con su asaltante. El hombre dio un paso hacia adelante y ella dibujó un arco con la hoja acerada directo a su vientre. El asaltante era más ágil de lo que daba a entender su apariencia corpulenta, pero ella sabía que podía mantenerlo alejado.

Si Isabella hubiera sido consciente de que con un solo grito suyo habría recibido inmediatamente ayuda de los criados que se encontraban en la puerta, tal vez las cosas hubieran sido diferentes, pero no había gritado.

El hombre la atacó de nuevo, pero esta vez logró alcanzar su muñeca, apretándosela con fuerza para obligarla a soltar el cuchillo, mientras con la otra mano le cubría la boca. Ella logró morderle y, para su satisfacción, escuchó al hombre maldecir. Forcejeó con él para liberarse de los gruesos dedos que se hundían salvajemente en su piel provocándole dolor, pero le parecía estar luchando contra un toro salvaje. Entonces sintió un dolor penetrante cuando un fuerte puño alcanzó su barbilla haciéndole entrechocar los dientes, y todo se volvió oscuridad.

Lord Crewton agarró a la condesa antes de que cayese por las escaleras y se la cargó al hombro sin ningún esfuerzo. Descendió hasta el carruaje donde su cochero lo esperaba preparado para partir, arrojó a la mujer al interior y él entró después. El coche arrancó y se deslizó por las calles de Londres perdiéndose en la noche.

Daniel llegó al recibidor seguido de Mac e Isabella y buscó a alguno de los criados que solían quedarse cerca de la entrada por si algún invitado llegaba con retraso o alguien quería salir antes. Un hombre mayor, de pelo gris, que debía de ser el jefe de los lacayos, le salió al encuentro.

—¿En qué puedo ayudarle, milord? ¿Desea que llame a su carruaje?

—Acaba de salir el conde de Middletown acompañado de una dama, ¿los

ha visto?

El hombre negó con la cabeza.

—Lo siento, milord, he estado ocupado solucionando un problema, pero preguntaré a los demás criados si alguien atendió al conde —respondió—. Permítame un momento, por favor.

Mientras esperaba, Daniel observaba preocupado a la condesa que se retorció las manos con gesto nervioso y estaba muy pálida. Volvió a sorprenderle el parecido idéntico entre las dos hermanas, pero aquella mujer no era Isabella. El corazón le dolía en el pecho pensando lo que podía haberle sucedido a ella.

El criado regresó.

—No, milord, ninguno de los criados dice haberlo visto —comentó con rostro inexpresivo—. ¿Desea que lo busque?

Tal vez Derek había llevado a Isabella a uno de los saloncitos de la mansión para que se calmase un poco, aunque la condesa aseguraba haberlos visto dirigirse hacia la puerta. Estaba a punto de responderle al hombre cuando escuchó la llamada de Mac desde el exterior.

—¡Daniel!

En ese momento su instinto le dijo que se trataba de algo grave y el corazón se le detuvo en el pecho. «¡Por favor, Dios, que no pierda a Isabella!», rogó.

Mac se encontraba al pie de la escalinata, junto al cuerpo inerte de Derek. Su amigo tenía el rostro completamente blanco y bajo su cabeza podía verse un pequeño charco de sangre.

—Está vivo —le dijo Mac.

Daniel sintió que una furia ciega se apoderaba de él cuando vio en el suelo el antifaz lila y plateado y el cuchillo de Isabella. Un grito, como el de un animal herido, brotó de su garganta.

Los criados acudieron enseguida al escuchar el grito y, bajo las órdenes del marqués, acomodaron a Derek en el carruaje para trasladarlo a su casa. Fue un trayecto silencioso, roto solamente por los suaves sollozos de la condesa a

quien Mac trataba de consolar.

Daniel tenía la mirada clavada en Derek que respiraba superficialmente. Solo podía pensar en una cosa, recuperar a Isabella y matar al hijo de perra que se la había llevado.

Capítulo 15

Cuando Isabella despertó, la asaltaron las náuseas y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no vomitar. Se quedó quieta y mantuvo los ojos cerrados esperando que se le pasara el malestar. Se dio cuenta de que se hallaba tumbada sobre una superficie fría y dura. La cabeza le dolía como si se la hubiese coceado un caballo y también le molestaba el hombro derecho debido a la postura en la que se encontraba. Intentó mover las manos para levantarse y sintió un dolor lacerante quemándole las muñecas. Masculló una maldición al comprender que tenía las manos atadas con una cuerda.

—Menos mal —dijo una voz burlona—, creí que le había roto la mandíbula al darle el golpe, pero ya veo que puede hablar.

El hombre salió de entre las sombras acercándose a ella y con un movimiento brusco la ayudó a sentarse apoyándola contra una columna. Isabella contuvo un grito de dolor y se tragó la bilis que le subió a la garganta. La sangre comenzó a fluir por sus miembros dormidos y ella sintió como si le clavasen miles de agujas. Se mordió el labio inferior para no llorar, pero eso le provocó un nuevo dolor en la mandíbula que hizo que casi perdiera el conocimiento.

Cuando se le pasó, se obligó a sí misma a abrir los ojos y a mirar alrededor. Se hallaba en una gigantesca habitación que a Isabella le recordó al almacén del señor Tylor, aquel en el que guardaba toda la mercancía que luego iba sacando poco a poco a la venta en su tienda de suministros. También allí

había cajas grandes y pequeñas distribuidas por el suelo.

Con lentitud, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y, finalmente, se enfocaron sobre su captor. Se trataba de un hombre corpulento, con un cuello grueso en el que sobresalían las venas, de manos grandes y brazos fuertes. Su rostro redondo no era desagradable, como Isabella suponía que debía de ser el de los hombres malvados, pero sus ojos eran fríos y la miraban con odio. A la escasa luz que daban dos farolillos no podía ver de qué color los tenía, pero sí que pudo distinguir el color rojizo de su cabello. Lo que más le llamó la atención fue que vestía como un caballero.

—¿Quién es usted? —le preguntó intentando mover lo menos posible la mandíbula.

—Me hiera, usted condesa —repuso él llevándose una mano al corazón teatralmente—, ¿tan insignificante soy para usted que ni siquiera reparaba en mí cuando acompañaba a Geoffrey a visitarla?

Isabella maldijo en su interior. Geoffrey era el hermanastro del marqués que visitaba a Katia, pero ella nunca se había esforzado por aprenderse los innumerables datos que su hermana le había contado sobre sus pretendientes.

—Le refrescaré la memoria, *milady*. Matthew Bayles, vizconde de Crewton a su servicio —le dijo ejecutando una perfecta reverencia.

Isabella se hubiera reído de aquella extraña situación si no fuera porque tenía las manos atadas a la espalda y porque aquel hombre acababa de matar a Derek, el amigo de Daniel. Una luz se encendió en su interior.

—¡Usted fue el que nos disparó en el parque! —exclamó—. ¡Es usted quien quiso matarnos!

—No, no, no —la contradijo él—, yo nunca tuve la intención de matarla a usted, en realidad el disparo iba dirigido contra Allensbury, pero ese maldito hombre parece tener más vidas que un gato —espetó con rabia.

—¿Por qué? —le preguntó mirándolo con expresión confundida—, ¿es por venganza?

Lord Crewton chasqueó la lengua desestimando la cuestión.

—La venganza es para los seres más débiles —repuso con desdén—, son las mujeres las que se vengan. No, yo no busco venganza, yo soy un patriota —declaró irguiéndose con orgullo exaltado—. Todo esto lo hago por Irlanda, y mis compatriotas me lo agradecerán.

—Pero usted es inglés, ¿cómo puede odiar tanto a Inglaterra? —le dijo—, ¿y qué tiene que ver lord Allensbury con todo esto?

El rostro del hombre se tornó rojo al escuchar las palabras de Isabella y pensó que el cuello le iba a estallar. Se acercó a ella con una mirada asesina en los ojos.

—Yo no soy inglés —señaló remarcando cada palabra—. Mi padre era un bastardo inglés, un aristócrata indolente que se casó con mi madre por su dinero. Ella era la hermosa hija mayor de un terrateniente irlandés que creyó en los votos que su esposo le hizo ante el altar el día de su boda —le explicó. En su voz había una mezcla de dureza, rabia y dolor ocultos—. Sin embargo, ese hombre todo lo que hizo fue humillarla y maltratarla mientras se gastaba su dinero.

Isabella se dio cuenta de que aquel hombre tenía la mente perturbada. ¿No se daba cuenta acaso de que acusaba a su padre de hacer con su madre lo mismo que él estaba haciendo con ella? ¿Acaso no la había humillado y golpeado?

—...y ellos se creyeron más listos que yo —continuó diciendo el hombre—. Allensbury y Middletown, dos de los mejores espías de Inglaterra, han sido vencidos por mi astuta mente.

La mente de Isabella se aturdió por un momento. ¿Daniel era un espía de la reina? Un fiero orgullo se instaló en su pecho y también una esperanza, Daniel la encontraría, él no dejaría que le pasara nada.

Cerró los ojos y dejó que su cabeza descansase contra la columna en la que se apoyaba. Elevó una plegaria pidiendo ayuda al cielo y deseó que su hermana la escuchase. «Estoy bien, Katy», susurró.

—Isabella está viva —repitió Katia con la garganta apretada por los sollozos.

—Por supuesto que está viva, mi amor —le dijo Mac abrazándola con fuerza mientras intentaba tranquilizarla—; ella es fuerte y es una luchadora.

Katia negó con la cabeza.

—Tú no lo entiendes, sé que está viva —le aseguró elevando la voz—, ella me lo ha dicho, de algún modo me lo ha hecho saber.

Mac miró a Daniel y le hizo un gesto de disculpa que el marqués aceptó con una inclinación de cabeza. Entonces Mac rodeó a Katia por los hombros y la condujo a una de las habitaciones de invitados para que descansara.

Se encontraban en la casa del marqués, en su estudio privado. Daniel había puesto a todo su personal a buscar a Isabella. Mac le había avisado a su abuelo y este había mandado también hombres para que ayudasen. Los habían distribuido por zonas, revisando primero las áreas más cercanas a la mansión donde se había celebrado el baile para ir luego ampliando la búsqueda hasta cubrir las periferias de la ciudad e incluso las zonas campestres que la rodeaban. Algunos de los criados se encargarían de vigilar los caminos que salían de Londres y las posadas más cercanas para averiguar qué carruajes habían pasado por allí.

La desesperación de Daniel provenía de no saber exactamente a quién buscaban. ¿Quién se había llevado a Isabella y por qué? Suponía que podría haber sido el mismo hombre que había intentado matarlo en dos ocasiones y que pretendía ahora tenderle una trampa, pero la noche avanzaba y nadie se había presentado a la puerta con ningún mensaje.

Se volvió de nuevo a mirar a Derek.

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

—Lo siento, Daniel, pero ya te lo he dicho antes, el hombre nos cogió por sorpresa. Fue todo demasiado rápido —contestó apretando con suavidad contra un costado de su cabeza un paño con hielo.

El golpe que le había dado el asaltante lo había aturdido y desestabilizado, pero al caer por las escaleras se había golpeado con fuerza en la cabeza

abriéndose una pequeña brecha y perdiendo el conocimiento.

No le había dado tiempo a ver nada. Acababan de salir de la mansión y se disponían a bajar las escaleras, cuando Isabella se había girado con el cuerpo tenso. Él supo enseguida que algo iba mal, pero cuando se giró solo alcanzó a ver un cuerpo enorme que se cernía sobre él y el puño que no había logrado esquivar.

—¿Qué pasa con Sir Thomas Blackwell? —Quiso saber Daniel.

—Ya he mandado a uno de los sirvientes para que traiga toda la información que tengo —le dijo Derek—, uno de mis hombres la trajo esta mañana, pero no tuve tiempo de mirarla. ¿Crees que puede tratarse de él?

Daniel se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. En una ocasión comentó algo así como que el pueblo no se rendiría, puede ser que pertenezca a los miembros de la Joven Irlanda.

Escucharon unas voces en el pasillo y poco después entró Mac acompañado de uno de los criados.

—Este hombre dice que trae una información que habíais pedido —les informó.

Daniel le hizo una seña al sirviente para que se acercara y este le entregó un grueso sobre que se apresuró a abrir. Echó un vistazo rápido a los papeles y negó con la cabeza decepcionado.

—No es nuestro hombre —dijo entregándole los papeles a Derek—. No es más que otro seguidor del movimiento cartista que pide la reducción de la jornada laboral de los trabajadores cuando él no ha trabajado en toda su vida y vive del dinero ajeno —espetó con sequedad recordando cómo se había aprovechado de la amistad de su hermanastro.

—Crearon bastantes disturbios —apuntó Derek.

—Sí —convino Daniel—, pero su revolución fracasó el mes pasado, además, no creo que Sir Thomas tenga las agallas suficientes para cometer un asesinato a sangre fría.

A pesar de sus palabras, un estremecimiento le recorrió el cuerpo al pensar que Isabella podía encontrarse en manos de alguien así. Recordó su rostro dulce, sus ojos del azul del cielo en verano, su aroma a rosas silvestres... Tenía que encontrarla.

Las horas transcurrieron lentamente y los diversos grupos de criados fueron regresando a la mansión sin información útil. Nadie sabía nada, nadie había visto nada.

Daniel se paseaba arriba y abajo por el estudio buscando algún detalle que se les hubiese escapado, algo que pudiera darles una pista sobre quién se había llevado a Isabella.

—¿Qué hay de la lista de los miembros de la aristocracia que poseen un fusil Baker? —preguntó.

Derek negó con la cabeza.

—Aún no la tenemos completa.

—No importa —repuso con impaciencia—, manda que te la traigan; quizás alguno de los nombres que hay en ella pueda darnos una pista.

Llamó a uno de los sirvientes y Derek le informó de lo que necesitaba.

—¿Y Susan, la criada que acompañaba a Isabella?

Mac negó con la cabeza esbozando una mueca de fastidio.

—Sigue sollozando histérica y balbuceando —respondió—, pero creo que no vio nada, nadie le avisó de que Isabella pretendía abandonar la fiesta.

—¡Alguien tuvo que ver algo, maldita sea! —exclamó exasperado Daniel.

Se sentía impotente y actuando a ciegas.

Cuando llegó la mañana, el marqués se encontraba de muy mal humor. Se hallaban en el mismo punto muerto que la noche anterior y ya había transcurrido demasiado tiempo desde que Isabella había desaparecido. Además, a primera hora había recibido un mensaje del primer ministro para recordarle que debía estar presente en el desfile que se haría en honor de su

majestad, la reina Victoria, y que culminaría con la inauguración de la nueva estación de tren, la Waterloo Bridge Station, cerca del río Támesis. Ella misma ordenaría la salida de la locomotora a vapor que, simbólicamente, recorrería unos metros de la nueva estación, una demostración para el mundo de que la industrialización avanzaba a pasos gigantescos en el Imperio Británico.

Daniel se negaba a asistir mientras no encontrase a Isabella. Derek insistió en que debía hacerlo, no podía desairar a la reina ni al primer ministro; Mac y él se encargarían de seguir buscando.

Geoffrey, que se hallaba en el comedor tomando el desayuno, escuchó las voces airadas de su hermano procedentes de su estudio privado y fue a ver qué ocurría. Debía de tratarse de algo grave, ya que su hermano, a pesar de lo enfadado que estuviera, nunca gritaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó entrando en la habitación. Al ver a Derek con el rostro hinchado y de color púrpura se sobresaltó—. ¡Dios mío, Derek!, ¿qué te ha pasado?

La condesa entró en ese momento y Mac salió a su encuentro. Tenía el rostro pálido y profundas ojeras.

—¿Habéis descubierto algo? —preguntó con ansiedad.

Mac le dirigió una mirada llena de tristeza y negó con la cabeza. Sentía que la culpa era suya por no haber vigilado más a Isabella; él la conocía bien y sabía que siempre acababa metida en líos. Debería de haber estado a su lado.

—¿Condesa? —inquirió Geoffrey sorprendido—. Daniel, ¿qué es lo que pasa aquí?

—Isabella ha desaparecido —respondió.

El tono desolado de la voz de su hermano le encogió el corazón, aunque seguía sin comprender.

—¿Quién es Isabella y por qué ha desaparecido? —volvió a preguntar.

—Es la hermana gemela de la condesa —le explicó Derek—. Anoche...

Daniel interrumpió a su amigo, no tenía ganas de volver a escuchar el relato

de lo sucedido la noche anterior; no quería remover la herida interior que le estaba haciendo desangrarse poco a poco.

—No te preocupes, Geoffrey, no pasa nada.

Geoffrey frunció el ceño enfadado.

—Daniel, estoy harto de que me digas que no pasa nada, especialmente cuando es obvio que sí pasa algo, y que intentes resolver todos los problemas tú solo —le espetó con dureza—. Nunca me cuentas nada porque no quieres que me preocupe, pero ya no soy un niño, soy un hombre adulto y puedo ayudar igual que los demás. ¿Sabes cómo me sentí cuando me enteré por Crewton de que te habían herido con un cuchillo cuando tú me habías dicho que solo te habías caído del caballo?

Daniel se volvió hacia él mirándolo sorprendido.

—¿Cómo?

—Pues como un idiota, Daniel —replicó su hermanastro secamente.

—No —le dijo él tomándolo por los brazos y sacudiéndolo ligeramente—, quiero que repitas lo que me has dicho.

Geoffrey lo miró como si hubiese perdido la razón, pero hizo lo que le pedía.

—Pues he dicho que me sentí como un estúpido cuando Crewton me dijo que te habían herido con un cuchillo cuando tú me habías dicho a mí otra cosa.

—¡Eso es! —exclamó Daniel con una sonrisa mientras abrazaba con fuerza a su hermano—. Él es nuestro hombre —añadió.

—¿Estás seguro, Daniel? —le preguntó Derek.

Daniel sintió que las piernas le temblaban y tuvo que sentarse.

—Lo estoy —respondió—, tiene que ser él. Nadie salvo tú y Mac, y la misma Isabella, sabían que habían intentado matarme, creí preferible que pensarán que mi malestar se debía a una caída del caballo. Si él lo sabía es porque...

—¿Intentaron matarte dos veces? —le gritó furioso Geoffrey.

El rostro de Daniel se contrajo en una mueca de disgusto. Debería haber confiado en su hermano y haberle contado lo que sucedía; de haberlo hecho, quizás Isabella se encontraría ahora a su lado.

—Lo siento, Geoffrey —se disculpó levantándose y poniéndole una mano sobre el hombro—. He sido un estúpido, lo sé.

Unos golpes en la puerta los interrumpieron.

—Milord, tiene visita —anunció el mayordomo entrando en la estancia.

—¿De quién se trata, Bates? —Quiso saber.

—Un mensajero. Viene de Whitehall Place, milord, y dice que tiene algo para lord Middletown —explicó.

—Está bien, Bates, hazlo pasar —aceptó el marqués.

El policía uniformado entró en la habitación con paso inseguro.

—Me envía el comisionado —comentó mirando a todos los presentes como si no estuviese seguro de cuál de ellos era el hombre a quien buscaba.

Derek se levantó.

—Yo soy lord Middletown —indicó.

El hombre, un muchacho joven, hizo una torpe inclinación y se acercó a él con un sobre.

—Contiene la información que nos pidió —le dijo extendiéndole el sobre.

Derek asintió distraídamente mientras echaba un vistazo rápido a la lista que tenía delante.

—¡Aquí está! —exclamó triunfante mirando a Daniel—. Tenías razón. El abuelo de Crewton participó en la batalla de Waterloo y comandaba uno de los batallones de fusileros.

Daniel se volvió hacia el policía con una determinación acerada en sus ojos grises.

—Dígale al comisionado que quiero una orden de registro de la casa de lord Crewton.

El hombre dio un respingo al escuchar el tono imperioso del marqués.

—Sí, milord —respondió al punto sin atreverse a protestar—. ¿Qué

debemos buscar?

—Alguna prueba de traición contra Inglaterra.

El policía asintió, con el rostro pálido, y se marchó rápidamente.

—Ahora solo nos queda coger a Crewton —comentó.

El cuerpo de Daniel estaba rígido por la ira. Si el vizconde le había hecho daño a Isabella, lo mataría.

—Estará en el desfile.

La voz suave de Geoffrey atravesó la espiral de pensamientos que se arremolinaban en la mente de Daniel.

—¿Cómo dices?

—Que Crewton estará en el desfile —repitió—. Comentó algo de que tenía una bonita sorpresa para la reina en su gran día.

—¡Dios mío! —exclamó Derek dejándose caer sobre una butaca—, piensa atentar contra la reina durante el desfile.

—No si podemos evitarlo —repuso Daniel con firmeza—. Derek, ve a informar a lord Russell de lo que sucede, dile que quiero que los guardias estén atentos y vigilen a Crewton, pero que no lo detengan, necesitamos primero encontrar a Isabella —explicó—. Mac y yo iremos directamente al desfile, y la condesa nos acompañará —señaló con un destello astuto en la mirada.

—Ni hablar —espetó Mac con firmeza—, ella se queda aquí.

La condesa se irguió y alzó la cabeza en un gesto de determinación.

—Por supuesto que iré —repuso mirándolo con ojos llenos de furia—, es mi hermana y no pienso dejarla sola.

—No vas a ir —insistió él.

Katia se encaró con Mac y comenzó a golpearle con un dedo en el pecho.

—Robert MacDougall, no vas ser tú quien me diga lo que puedo o no puedo hacer —le espetó soltando un bufido muy poco femenino.

Geoffrey abrió los ojos asombrado mientras Derek contenía una sonrisa.

—No es tan distinta de Isabella —comentó Daniel con admiración.

Mac asintió esbozando una sonrisa divertida al ver el rubor que encendía el rostro de Katia. Luego se volvió hacia el marqués con el ceño fruncido.

—¿Por qué quieres que ella vaya? —Quiso saber.

—Porque creo que Crewton piensa que Isabella es la condesa. Si la ve a mi lado durante el desfile, quizás piense que ella ha logrado escapar y se traicione a sí mismo diciéndonos dónde está Isabella —explicó.

—Es buena idea —señaló Derek.

—Yo también voy —repuso Geoffrey lanzando una mirada desafiante a su hermano—; cuantos más seamos, mejor.

Daniel asintió con la mirada clavada en la atlética figura de su hermano. Geoffrey tenía razón, ya no era ningún niño, y podía serles de gran ayuda.

—Está bien —convino mientras echaba un vistazo a su reloj de bolsillo—. El desfile comenzará en unas dos horas, debemos prepararnos para la ocasión.

Isabella tenía todo el cuerpo dolorido por haber pasado la noche en la misma posición, y ya no sentía los brazos. Tenía la garganta reseca y los ojos le ardían. Lord Crewton se había marchado dejándola sola en aquel lugar frío y en penumbra. En cuanto se había quedado sola, se había esforzado por encontrar algo que pudiera servirle para liberarse de sus ataduras. Arrastrándose por el duro suelo, había logrado llegar hasta las cajas de madera que se apiñaban en uno de los rincones, pero no había encontrado nada que pudiera servirle excepto un clavo que sobresalía de una de las tablas. Había intentado rasgar la cuerda con la punta del clavo, pero lo único que había conseguido eran unos cortes en la delicada piel de sus muñecas. Agotada por el esfuerzo y los dolores, y con el miedo atenazándole la garganta, las lágrimas habían brotado incontenibles de sus ojos hasta que se había quedado dormida.

Las pisadas firmes de unas botas sobre el suelo la habían despertado.

Intentó sentarse y el dolor hizo que brotasen nuevas lágrimas.

—No tiene buen aspecto, condesa —dijo el hombre chasqueando la lengua con desaprobación.

Isabella sabía que debía de ser así; notaba algunos mechones de cabello sueltos caerle por la espalda, sentía el rostro acartonado y tirante a causa de la sal de las lágrimas, y tenía el vestido aplastado y sucio, pero en ese momento no había nada que le importase menos que su aspecto físico.

—Agua, ¡por favor! —suplicó con la voz pastosa.

Las palabras le rasparon al salir por su garganta.

—He sido un anfitrión de lo más desconsiderado —se burló el vizconde—, le ruego mil perdones, condesa.

Ella estuvo a punto de ponerse a llorar de nuevo y el hombre debió de darse cuenta, porque dejó escapar una exclamación de disgusto y sacó del bolsillo interior de su levita una pequeña petaca plateada.

—No tengo agua, pero esto servirá —declaró con gesto hosco acercándole la botella a los labios.

El contenido se derramó por las comisuras de su boca y lo que entró en su garganta le quemó las entrañas haciéndola toser espasmódicamente.

—¿No le gusta? —inquirió el barón con fingido asombro—, pero si es un poco de gin- tonic, la mejor bebida para un aristócrata inglés —añadió con desdén.

Crewton guardó de nuevo la petaca en su bolsillo y con un tirón ayudó a Isabella a ponerse de pie. Ella se tambaleó por la debilidad y el mareo, ya no tenía fuerzas para luchar. El vizconde la sujetó con fuerza contra su costado y ella notó el tacto suave del terciopelo de su chaqueta.

—¿Qué va a hacer conmigo? —Quiso saber.

—¡Oh, querida!, va a ser usted mi regalo de cumpleaños para la reina —repuso esbozando una sonrisa fría y cruel.

Capítulo 16

Había demasiada gente. Parecía que todo Londres había decidido salir a la calle para ver pasar a la reina. El desfile había transcurrido sin complicaciones entre el entusiasmo de la gente, y ahora solo esperaban que pasase el carruaje de su Majestad, acompañada de la guardia real, en dirección a la nueva estación de tren.

Daniel miraba a su alrededor con ojos vigilantes, pero no había ni rastro de lord Crewton. Apretó la mandíbula con fuerza, con la preocupación carcomiéndolo por dentro. La condesa, erguida a su lado con porte majestuoso y vestida de espléndidas galas, mantenía una apariencia serena y sonreía saludando afable a damas y caballeros como si se encontrase en una fastuosa velada nocturna. Daniel admiró su temple, pues sabía muy bien lo nerviosa que se hallaba, como demostraba la fuerza con la que apretaba su brazo.

Volvió a echar un vistazo alrededor observando los rostros de los nobles que esperaban la llegada de la reina Victoria frente al inmenso edificio que constituía la recién construida estación de Waterloo. La blanca fachada de piedra se alzaba imponente frente a ellos. La entrada en forma de arco, que daba acceso a las seis plataformas que formaban el complejo, estaba custodiada por la policía. Solo unas pocas personas se hallaban en el interior del edificio, el resto debía esperar fuera la llegada de la reina. Una vez que llegase, entrarían primero los nobles, según su jerarquía, y al final la reina,

acompañada por el primer ministro.

Vio a Derek algo alejado de él, hacia su derecha, y lo saludó. Él le devolvió el gesto con un movimiento negativo de la cabeza.

—Estoy deseando poder ver la locomotora —comentó Geoffrey con un entusiasmo casi infantil—. ¿Sabías que tiene una caldera multitubular que transfiere el calor de los gases de la combustión al agua? Así puede alcanzar mayor potencia. Y como han construido seis plataformas, probablemente tengan un sistema de cambio de agujas.

Daniel lo miró asombrado.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con incredulidad.

Geoffrey se sonrojó avergonzado.

—Me interesan mucho los inventos científicos —repuso encogiéndose de hombros con indiferencia—. Creo que en ellos se encuentra el futuro de Inglaterra.

Daniel iba a responder cuando lo interrumpieron los gritos y ovaciones de la gente. Estaba llegando la reina Victoria.

Hubo mucho movimiento cuando descendió del carruaje real y Daniel temió que en ese momento se produjese el atentado, pero rápidamente la guardia rodeó a la joven reina mientras saludaba a algunos de los nobles a la espera de entrar en el interior del edificio.

—Lord Allensbury —lo saludó cuando llegó a él extendiendo su mano para que él la besara—, me alegro de verlo.

—Majestad —repuso él concisamente.

Sabía que Victoria era muy estricta con la moral y el protocolo, y no le hubiera gustado que utilizase los modales corteses que se usaban normalmente para saludar a las damas haciendo referencia a su belleza.

—¿Y quién es esta joven tan encantadora que te acompaña? —Quiso saber.

Katia, que se había postrado en una reverencia casi rozando el suelo, manteniéndose así mientras se encontraba delante de la reina, se tambaleó y tuvo dificultades para mantener el equilibrio cuando escuchó su pregunta. Sin

embargo, el marqués supo salir airoso del problema.

—Es lady Katia Ashlow, su Majestad, la prometida del conde de Sternbroke —contestó evitando que la reina se fijase en su apellido, ya que la reputación de la condesa no era demasiado favorable debido a su padre, el duque.

—A sí —comentó ella con un delicado asentimiento de cabeza—, el conde escocés, el nieto perdido del duque de Mailbury —señaló. Hizo un gesto a Katia para se levantara y le dedicó una leve sonrisa mientras agregaba—, espero verlos pronto por el palacio.

—Gracias, Majestad —respondió Katia con otra reverencia.

Cuando la reina se apartó para detenerse con otra persona, lord Russell aprovechó para dirigirse a Daniel.

—¿Lo habéis visto? —Quiso saber.

Daniel negó con el rostro serio.

—No hay ni rastro de él. Puedo asegurarle que no ha estado presente en el desfile —le dijo.

—¿No puedes haberte equivocado, Daniel? —le preguntó dudoso.

—No, milord.

Derek se acercó a ellos en ese momento.

—Está dentro de la estación —les dijo—. Acompaña a Sir William Tite, el arquitecto, por lo visto es uno de sus patrocinadores.

—¿Detenemos a la reina? —le preguntó Daniel a lord Russell.

El primer ministro negó con la cabeza.

—Sembraríamos el desconcierto y el pánico —señaló—, además ya es demasiado tarde.

Se volvieron justo a tiempo de ver cómo la reina se colocaba junto a la puerta para que entrasen primero los pares del reino.

—Allensbury, quiero que controles las cosas ahí dentro —le espetó el primer ministro con dureza—, no quiero sobresaltos.

Entraron en la estación y Daniel divisó inmediatamente a Crewton. Se

encontraba cerca de la locomotora y tenía la mirada clavada en la reina Victoria, una mirada cargada de odio y desprecio.

—Daniel, ¿has visto las agujas? —le preguntó Geoffrey con el ceño fruncido.

Daniel se encontraba tenso como una cuerda y no oyó las palabras de su hermanastro. Su instinto le decía que Isabella se encontraba allí, en algún lugar de la inmensa estación. Tenía que encontrarla antes de que Crewton llevase a cabo sus planes. Buscó a Mac con la mirada y lo vio intentando acercarse al vizconde por detrás. Daniel clavó su mirada en Crewton como si con ello pudiera obligarlo a llamar su atención. Esperaba el momento en que viera a la condesa.

No tuvo que esperar demasiado tiempo. Mientras Victoria comenzaba con el discurso de inauguración, el vizconde paseó su mirada por la explanada con satisfacción contemplando la expresión aburrida de la aristocracia londinense. Daniel percibió el momento exacto en que vio a Katia. Su rostro se puso blanco y casi imperceptiblemente giró la cabeza hacia donde se encontraba la locomotora, como si no pudiese dar crédito a lo que veía. Luego su rostro se volvió rojizo por la furia.

Daniel se adelantó hacia la figura corpulenta dispuesto a sacarle la información sobre Isabella a golpes. Lo vio entonces introducir una mano en el bolsillo interior de su levita y supo lo que iba a hacer. Antes de que pudiese sacar la pistola, Daniel sacó la suya y efectuó un disparo directo al corazón justo en el momento en que la locomotora pitaba con fuerza, resonando en el interior del edificio y enmascarando el sonido del disparo.

El vizconde cayó con fuerza al suelo y lord Russell se apresuró a mover a sus hombres haciendo correr la voz de que lord Crewton había sufrido un desmayo mientras la policía sacaba el cuerpo de allí.

Derek y Geoffrey se reunieron inmediatamente con Daniel.

—Isabella no está en la locomotora —les gritó Mac.

La inmensa máquina de metal volvió a silbar anunciando su partida del

andén. Las damas se retiraron cuando empezó a soltar vapor.

—Tiene que estar en algún lado —exclamó Daniel con desesperación—; ese bastardo tenía algo planeado aquí.

Geoffrey reclamó su atención.

—Las agujas, Daniel —insistió sin importarle que su hermano le dedicase una mirada glacial y furiosa—, no están correctamente colocadas, la locomotora se saldrá de la vía y se estrellará contra el muro del andén —le explicó.

Señaló hacia la zona donde se levantaba una caseta de madera en la que provisionalmente se guardaban las herramientas usadas en la construcción de la estación.

«¡La caseta!», pensó Daniel. Se le erizó el cabello de la nuca cuando vio que la locomotora se ponía en marcha avanzando lentamente sobre los raíles. La caseta se hallaba probablemente llena de los explosivos utilizados para la obra. Si la máquina descarrilaba e impactaba contra el muro y la caseta, la mitad de la estación volaría por los aires e Isabella también. Salió corriendo desesperado sin importarle las voces de los que lo llamaban detrás.

Isabella se sentía atrapada entre las estrechas paredes de la caseta rodeada de picos, mazos y explosivos. Un sudor frío le perlaba la frente y la mordaza le apretaba las comisuras de la boca. Le parecía que apenas podía respirar en el interior de ese espacio sofocante. Cuando escuchó el pitido de la locomotora, el corazón se le detuvo y creyó que iba a desmayarse por primera vez en su vida. En ese momento no le hubiera importado en absoluto. Lord Crewton se había deleitado en explicarle, con todo lujo de detalles, la horrorosa muerte que le esperaba y la gloria que él alcanzaría cuando la estación se derrumbase acabando con la vida de la reina, del primer ministro y del marqués.

Desesperada, probó de nuevo a cortar la cuerda que sujetaba sus muñecas, así podría quitarse el pañuelo que le cubría la boca y desatar la soga que

inmovilizaba sus pies. El roce con el metal provocó que volviesen a abrirse las heridas de su piel y sintiese la sangre caliente deslizarse por sus dedos hasta el suelo.

El segundo pitido de la locomotora la sobresaltó, y el ligero temblor del suelo le indicó que el gran animal metálico se había puesto en marcha. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas en el momento en que sintió que la cuerda se aflojaba. Dio un tirón para romperla y, desesperada, se arrancó el pañuelo de la boca dispuesta a gritar.

Ningún sonido salió de su garganta reseca cuando la puerta de la caseta se abrió de golpe y la sombra de una enorme figura cayó sobre ella. Se revolvió con gemidos desesperados cuando unos fuertes brazos la agarraron y tiraron de ella hacia fuera.

—Tranquila, mi amor, soy yo —le dijo Daniel abrazándola con fuerza.

Su voz penetró en la espesa neblina de la mente de Isabella que comenzó a sollozar.

—Daniel —murmuró aferrándose a él temblorosa.

El marqués la tomó en brazos y corrió alejándose de la plataforma. Detrás de él escuchó el chirrido metálico de las ruedas de la locomotora sobre los raíles justo antes de que esta se desviara súbitamente hacia la izquierda inclinándose en un ángulo peligroso hasta chocar contra el suelo, arrastrándose varios metros hacia delante por la estación.

Daniel escuchó los gritos asustados de la gente, pero no les prestó atención, se concentró en la mujer que temblaba incontroladamente entre sus brazos mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Todo va a ir bien, mi amor —le aseguró depositando suaves besos en su enmarañado cabello—, ya estás a salvo.

Isabella se acurrucó contra su pecho dejándose calmar por el sonido lento y profundo del latido del corazón de Daniel. Sí, ahora estaba segura de que se encontraba a salvo.

Todos, Katia, Mac, Geoffrey e incluso Derek, revoloteaban alrededor de Isabella que permanecía sentada en un diván del salón de visitas de la mansión del marqués. Él se encontraba de pie, detrás de ella, con su cálida mano apoyada sobre su hombro. No se había separado de ella desde que la había rescatado excepto cuando Betty lo echó del dormitorio porque Isabella iba a tomar un baño. Ahora, vestida con una suave bata de seda de Daniel, llegaban a sus oídos las preguntas y comentarios de todos como si fueran zumbidos de abejas. Solo la presencia firme de él le daba seguridad. Le había prometido que no se separaría de ella. De hecho había insistido en que Isabella se quedase a vivir en la mansión hasta el día de la boda para no perderla de vista, lo que había generado una gran discusión con la vieja niñera. Dado que esta tenía muchos más años y era tan terca como el marqués, finalmente había ganado la discusión. Daniel podría pasar con Isabella el día entero, exceptuando las noches.

Katia se sentó a su lado y cogió una mano entre las suyas apretándoselas con suavidad.

—Me alegro tanto de que estés bien, Isa —le dijo con lágrimas en los ojos—. Ahora todo va a ir bien. Yo no sabía que ese hombre... —se interrumpió con un nudo en la garganta.

—No es culpa tuya, Katia —le aseguró ella reprimiendo un escalofrío.

Sabía que ahora todo había acabado. Daniel le había contado que lord Crewton había muerto; sin embargo, estaba segura de que ese hombre la perseguiría en sus sueños durante muchas noches. Tenía grabada en la mente su horrible carcajada cuando le había contado el final que le esperaba.

—Mac me ha dicho que el duque se ha marchado de Inglaterra —le dijo Katia cambiando de tema al ver la palidez en el rostro de su hermana—, por fin somos libres.

Isabella asintió.

—Por fin podrás ser feliz —le dijo a su hermana con una sonrisa—; Mac es un buen hombre.

Katia se sonrojó.

—Sí, lo es —convino, luego se acercó aún más y le susurró al oído—, también lo es el marqués.

—Bueno, creo que ya se ha acabado el tiempo de las visitas —dijo este con tono autoritario, aunque sin alzar la voz—. Isabella tiene que descansar.

Ella se lo agradeció en silencio cuando todos comenzaron a retirarse. Cuando se quedaron solos, Isabella dejó escapar un suspiro de alivio. La cabeza le palpitaba y le dolían las abrasiones de las muñecas a pesar de que el médico que Daniel había mandado llamar le había aplicado un ungüento y se las había vendado.

El marqués abandonó su puesto tras el diván y se arrodilló delante de Isabella contemplándola en silencio.

Los ojos grises de Daniel se habían suavizado por la ternura.

—He pasado por un infierno cuando creí que iba a perderte —le dijo con voz entrecortada—. Te amo demasiado para perderte, Isabella. Nunca creí que pudiera amar así a alguien, eres mi vida, y sin embargo no he podido protegerte.

El marqués enterró su rostro en el cálido nicho que formaban las piernas de Isabella. Ella se conmovió al ver así a aquel hombre fuerte y arrogante, y le acarició el cabello con mano temblorosa.

—Pero me has salvado —repuso con suavidad.

Apoyando las manos vendadas sobre sus mejillas alzó ese rostro amado que las lágrimas surcaban silenciosas, y depositó un beso suave en su boca que él acogió como un hombre sediento en un desierto.

—Eres mía, Isabella —sentenció—, para siempre.

Sin embargo, Daniel tuvo que esperar más de una semana para ver cumplida esta promesa. La boda que lo uniría para siempre a esa mujer tuvo que posponerse al llegar un mensaje del primer ministro. En él, la reina Victoria

lo felicitaba por su pronta actuación en el atentado de la estación de Waterloo que había evitado muchas víctimas mortales, y le decía que tendría el placer de ser la madrina de su boda. Por supuesto, para mayor desespero de Daniel, fue su Majestad quien indicó la fecha de esta, ya que el enlace se celebraría en la mismísima abadía de Westminster y la recepción en el palacio de Buckingham. La reina y su consorte, el príncipe Alberto, presidirían la ceremonia de la doble boda.

Con cada día que avanzaba lentamente, los humores de Mac y de Daniel empeoraban para diversión de sus prometidas que dedicaban su tiempo a preparar su ajuar y el vestido que llevarían el día del enlace. Victoria había insistido en que las novias vistiesen de blanco, como ella misma había hecho el día de su propia boda.

Casi a mediados de junio se terminaron las reparaciones de la estación de Waterloo, siendo inaugurada por segunda vez. El primer viaje que efectuaría el tren sería a Epsom, en el condado de Surrey. Gran parte de la alta sociedad londinense decidió abandonar Londres, en plena temporada, para asistir al gran derbi de Epsom en el que también participarían algunos de los pura sangre de lord Allensbury.

—Creo que los hombres se merecen alguna diversión después del mal rato que les hemos hecho pasar con las modistas y las compras —le dijo Isabella a Katia con una sonrisa pícaro—; además, a mí también me gustaría asistir a las carreras. Daniel me dijo que puedo dedicarme a la cría de caballos.

Katia sonrió sabiendo lo mucho que su hermana disfrutaba con ello.

—¿Qué va a pasar con tu rancho en Carolina? —le preguntó.

Isabella esbozó una sonrisa llena de nostalgia. Seguía echando de menos aquellas praderas verdes, a sus amigos y los caballos que ella misma había criado y entrenado, pero sabía que su lugar ya no estaba allí. Ahora su hogar era Londres, o donde quiera que se hallase Daniel.

—Se lo voy a regalar a Mike, el capataz del rancho —respondió—. Lleva trabajando allí desde que yo era niña y siempre nos apoyó en todo, además,

es maravilloso con los animales y sé que cuidará bien del rancho y de los peones.

—Tal vez algún día vuelvas allí —la consoló Katia.

Ella asintió.

—Sí, tal vez algún día quieras acompañarme y ver dónde crecí, así podríamos visitar la tumba de mamá —añadió con tristeza.

Un silencio cargado de recuerdos se extendió entre las dos hermanas, silencio que se vio interrumpido por la grave voz de Mac.

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos a Epsom? —Quiso saber.

Las dos mujeres asintieron al mismo tiempo y Mac se echó a reír.

A pesar de su voluntad de viajar hasta Surrey, Isabella se negó a hacerlo en tren. No quería volver a ver una locomotora en mucho, mucho tiempo. Al marqués no le importó hacer el viaje en el carruaje ya que, según le dijo, tenía algunas ideas atractivas sobre cómo entretenerse en las largas horas que pasarían juntos encerrados en el interior del coche. Cuando llegaron a su destino, Isabella pudo concentrarse muy poco en las carreras y en los caballos, solo podía pensar en el delicioso viaje que le esperaba de vuelta a Londres.

Finalmente, a finales de junio, llegó el día de la ceremonia nupcial en la que participaron solo los familiares y algunos de los amigos más íntimos de los novios. El duque de Mailbury, sentado en primera fila, contemplaba con orgullo a su nieto; fue el único pariente de Mac que asistió a la ceremonia. Betty, la vieja niñera, no dejó de llorar durante toda la celebración contenta de ver a sus dos niñas casadas felizmente y por amor.

Ataviadas con hermosos e idénticos vestidos blancos, flores de azahar entrelazadas en el recogido del cabello y velo nupcial, las novias entraron en la abadía con pasos lentos. Los nerviosos novios las esperaban en el altar pasando la mirada de una a otra hermana que se asemejaban como dos gotas de agua.

La recepción y el baile en el salón de baile del palacio de Buckingham

fueron los eventos más comentados en las gacetas de sociedad de aquellos días. Todas las damas suspiraban cuando hablaban de aquellos dos matrimonios celebrados por amor, de los atractivos novios y de los bellos trajes que lucían la condesa y la nueva marquesa.

Los novios abrieron el baile con un vals del gran compositor Strauss, y cuando la reina se retiró del salón, ellos también desaparecieron.

Isabella aguardaba nerviosa la llegada de Daniel. Vestida con un vaporoso camisón de seda, se paseaba nerviosa por la habitación. Los viejos miedos sobre el matrimonio la asaltaron de nuevo. ¿Cambiaría Daniel ahora que se habían casado? ¿Se volvería como su padre?

El suave clic de la puerta hizo que se girase rápidamente. Daniel entró, cerrando tras él la puerta, y se detuvo admirando la bella figura de Isabella que el camisón desvelaba más que ocultaba. Se dio cuenta de lo nerviosa que estaba porque se retorció las manos inconscientemente. Él avanzó despacio hacia ella hasta quedar frente a frente. Extendió lentamente la mano y le colocó un rubio mechón detrás de la oreja acariciando luego su mejilla.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con voz suave.

Isabella tragó saliva y asintió.

—Un poco —respondió con voz temblorosa.

—Nunca te haré daño, Isabella —le aseguró él con seriedad—, y yo siempre cumplo mis promesas.

Ella vio el amor brillando en sus ojos grises y el miedo la abandonó. Se reclinó contra su cuerpo duro y permitió que Daniel la besara. Fue un beso profundo, lleno de pasión, que la hizo estremecerse y anhelar más.

—También te prometí que te haría disfrutar de placer toda una noche —le dijo él con una sonrisa pícaro—, y pienso cumplirlo.

Más tarde Isabella se dijo que el marqués de Allensbury había cumplido su promesa más allá de todas sus expectativas.

Epílogo

Londres, 1852

En la habitación reinaba un silencio casi absoluto, interrumpido tan solo, de vez en cuando, por los leves ronquidos de la vieja niñera que descansaba sobre la cómoda butaca de brocado dorado.

Las dos familias se habían reunido en la casa de campo del marqués para celebrar las fiestas de Navidad. El día había sido muy ajetreado entre la preparación de la comida y la colocación de los adornos y del árbol en el gran salón de la chimenea. La casa se había llenado enseguida de risas y música. Había sido un día precioso, pero los muchos años de Betty hacían que esta se cansase con más facilidad.

La vieja niñera había vuelto a vivir en su pequeña casita a las afueras de Londres, donde podía disfrutar de la paz y tranquilidad de su cuidado jardín; sin embargo, no se perdía ninguna de las celebraciones familiares, y los niños la adoraban.

—¿Betty?

El susurró la sobresaltó y a punto estuvo de caerse de la butaca. Se llevó la mano a su cabello gris comprobando que seguía bien colocado dentro de la cofia.

—Has vuelto a quedarte dormida —le dijo la niña.

—Claro que no —repuso fingiéndose indignada—, solo estaba esperando a que me prestaseis atención.

La risita de los niños le indicó que no la habían creído. Sonrió al mirar a los tres inocentes pequeños que la observaban con atención desde sus camas esperando sus palabras. Aidan, el heredero del marqués de Allensbury, tenía el pelo rubio y los ojos grises de su padre, y era un pequeño diablillo. Las gemelas, Isabella y Alexandra, habían heredado el cabello negro de Mac y los ojos azules de Katia, y prometían ser unas bellezas cuando creciesen.

—Cuéntanos una historia —le pidió Isabella—, la del hilo rojo.

—Sí —convino Aidan incorporándose excitado en la cama—, esa de la bruja que el rey encerró en una torre.

—No, esa no —replicó Alexandra con voz temblorosa y asustada.

Aidan soltó una risita maliciosa e Isabella lo fulminó con la mirada. Luego se volvió hacia su hermana y la tomó de la mano para consolarla.

—No, Betty, cuéntanos esa de las dos hermanas que siguieron el hilo rojo que estaba atado a su dedo y se casaron con dos apuestos príncipes —le pidió Isabella con los ojos brillantes por la emoción.

—Sí, esa, esa —convino Alexandra—, por favor.

—¿Es verdad que conoces a la reina? —la interrumpió Aidan inquieto antes de que la niñera comenzara a hablar.

—Es verdad —le aseguró ella—, la conocí el día de la boda de vuestros padres.

El niño asintió satisfecho y volvió a reclinarse sobre los almohadones.

Betty paseó la mirada de uno a otro, y comenzó la historia.

—Hace mucho, mucho tiempo...

Si te ha gustado

En tu lugar

te recomendamos comenzar a leer

Cómo robar el corazón de un marqués

de *Eleanor Rigby*



Prólogo

«Nunca he comprendido por qué se dice que las mujeres no tienen madera de operarias. No hay negocio más delicado que amar al hombre inadecuado, y toda mujer ha invertido en ello alguna vez».

Extracto de *La cara oculta de la luna*, firmado por *Lady V.*

Denton Park, Cornualles

Inglaterra, diciembre de 1880

Jezabel Ashton no era una mujer fácil de alterar.

Cuando le tocaba enfrentar una situación difícil, hacía balance contraponiendo ventajas y desventajas, y tal era su convencimiento al tomar una decisión, que consideraba una completa rebuznada arrepentirse más tarde.

Sin embargo, había ciertas sentencias que no podía dictar sin que le temblase la mano, y era porque en esas en concreto existía el conocido «margen de error». El mayor y peor enemigo de una mente racional.

Una ecuación solo podía resolverse de una manera. Se podía hacer bien o se podía hacer mal, no había grises en esa paleta de extremos. Pero cuando se trataba del corazón, no había nada blanco o negro. Los sentimientos eran una compleja amalgama de tonalidades. No existían unas palabras mágicas o un procedimiento concreto para lograr lo que se proponía. Todo estaba al aire: ese era el pensamiento más repetido mientras esperaba ansiosamente a que Leverton apareciese.

Tenía muy presentes dos cosas. La primera, que estaba quebrando al menos diez mandamientos, quince leyes sociales y veinte normas del decoro... a falta de una. Y la segunda, que nada ni nadie la había empujado a hacerlo salvo

ella misma. Ni siquiera había necesitado la aprobación de Viviana Radcliff, su compañera de maquinaciones, ni la suave regañina de Abby Appleby, quien solía apelar a la razón base que cualquier persona decente debía poseer... Lo que significaba que nadie conocía sus planes concretos a excepción de sí misma.

Si triunfaba, sería su victoria. Si caía, sería su gran fracaso. No podría culpar a nadie de haberla inducido a comportarse como una total libertina, ni tendría que agradecerle a nadie que la hubiese empujado a los brazos de la feliz equivocación.

Siendo directos, había sido lady Jezabel Ashton en todo su esplendor romántico, y sin ayuda de ningún miembro de la Comitiva del Cortejo, quien se había colado en la habitación de lord Leverton con poco más que un batín. También fue solo lady Jezabel Ashton quien se puso nerviosa tras el crujir de la puerta. Sin ayuda de nadie. Pero como nada fue tan importante como disimularlo, logró fingir que guardaba la calma.

Era su primera y última oportunidad de hacer las cosas bien. De confesarle al hombre de sus sueños que llevaba enamorada de él desde que tenía uso de razón.

Tanto tiempo de meditación al respecto confluyó en una migraña. ¿Cómo se le decía a un hombre que se le amaba de manera que nunca pudiera olvidarlo? La familia Ashton jamás hacía las cosas a medias; más bien se esforzaban en llevar el concepto «a lo grande» a un nuevo nivel. O más bien *las mujeres Ashton*, porque solían ser ellas las que abrían antes su corazón. Que se lo dijeran a su propia madre, quien le declaró su amor al marqués de Denton cantando un soneto delante de todo un salón atestado a invitados.

Fuera por motivos familiares o razones personales, Jess no se había conformado con la posibilidad de cogerlo del brazo y conducirlo a un pasillo para decirle cuatro tonterías sacadas de un poema de Lord Byron. Tampoco le gustó la idea de asaltarlo durante la transición entre la cena y la hora de acostarse. Y ni mucho menos servirse de una carta de su puño y letra, entre

otras cosas porque la poesía, junto con el baile y mantener la boca cerrada durante debates masculinos, era una de las cosas que peor se le daban. También renunció a aquello por un motivo superior: necesitaba ver su cara cuando se lo dijera.

Y fue su cara lo que vio al cabo de un instante, cuando después de cruzar el umbral, Leverton frenó secamente al toparse con su figura inmóvil.

Se quedó mirándola con esa fingida expresión de tenerlo todo controlado. Thane Galbraith no era indolente o calculador: todo lo contrario. Era de fácil irritación. Pero al mismo tiempo era dueño de todo y de todos. No tenía el porte esperado de un hombre de su posición, y aun así, no le hacía falta. Su desproporcionada estatura, sus labios siempre fruncidos y su mirada de marcada superioridad convertían a cualquier otro a su lado en un *mindundi* sin nada que hacer. Esa era una de las cosas que Jess admiraba tanto. No era carismático ni tenía ninguna labia; la mayoría de veces su discurso era demasiado virulento para tener la razón. Pero de una manera u otra, lograba salirse con la suya. Quizá porque siempre quería ganar, y no se contentaba con quedar en segundo lugar en ningún aspecto, una ambición que era común en sus personalidades.

—No debería estar aquí, milady. —No añadió ese «aunque no me extraña» que evidentemente estaba pensando, pero flotó entre los dos mecido en el silencio. Jess estuvo punto a de sonreír condicionada por ese *lady* tan remarcado y pronunciado casi con desdén, subrayando una vez más que le sorprendía que ese fuera su rango—. ¿Puedo ayudarla en algo?

«Es el momento».

—Sí, puedes ayudarme en algo.

Leverton frunció el ceño, y Jess supo por qué. No le agradaba ninguna expresión de confianza —aunque ella en concreto siempre lo había tratado con cercanía y no se quejó hasta aquellos nuevos días—; suponía, pues, que menos gracia le hacía el tuteo a altas horas de la noche. Pero ese no debió ser su mayor problema cuando Jess redujo el espacio entre los dos, le echó los

brazos al cuello y, poniéndose tan de puntillas que parecía que estaba volando, lo besó en los labios... O casi. Estuvo tan cerca de hacerlo que la excitación le jugó una mala pasada y creyó que había alcanzado uno de sus deseos más inútiles, pero la cruda realidad fue que Leverton la cogió de los hombros y la apartó con brusquedad.

—¿Qué está haciendo? —masculló por lo bajo, mirándola con una mueca—. ¿Ha vuelto a beber?

—Por supuesto que no —repuso, envalentonada. Debería haberle prestado atención a las señales, mas tenerlo delante hizo que se olvidara de lo que gritaba su lado coherente. Aquel hombre tenía algo que la ponía a vibrar en cuanto su aliento se mezclaba con el mismo aire que la rozaba—. Estoy... Estoy haciendo algo que debería haber hecho hace muchísimo tiempo.

—¿Colarte en mis aposentos? Jezabel. —Se estremeció al oír el nombre en sus labios, ese que llevaba años sin utilizar—. No estoy de humor para...

—No —cortó. Lo miró directamente a los ojos y procuró que no le temblara la voz al hablar—. Escúchame, porque necesito que sepas lo que siento. Estoy aquí para decirte que te quiero, te pertenezco y te necesito, y deseo que me correspondas en la misma medida...

Habría seguido vomitando lo que se había estudiado de memoria horas antes si hubiera percibido el más mínimo atisbo de interés.

Leverton era la viva imagen del espanto. La miraba en silencio, con las cejas ondulando sobre sus ojos bien abiertos. Era justo decir que estaba descolocado, pero no parecía únicamente asombro lo que le hizo cerrar los puños. Si Jess hubiera reparado en aquel gesto; si hubiese estado en condiciones de leer el fondo de la acción de tragar saliva y desviar la vista un solo y vulnerable segundo, se habría dado cuenta de que todo lo que sucedió a continuación le destrozó más de lo que podría haberle dolido a ella.

—Esta no es ni la manera ni el momento de decir algo así —masculló con voz queda—. Ahora váyase de mi habitación antes de que alguien pueda vernos y malinterprete la situación.

Jess se quedó petrificada, de modo que Leverton tuvo que trabajar por los dos cogiéndola del brazo y conduciéndola a la salida. Pero ella no se dio por vencida, clavando los talones en el suelo y encarándolo. No se amilanó ante su mirada de aviso.

—Dime al menos si tengo alguna oportunidad —dijo en un susurro. Se llevó las manos a los botones de la bata. Fue desabrochándolos uno a uno, revelando distintas porciones de piel blanca—. Si necesitas algún incentivo...

Leverton abrió los ojos al ver lo que se proponía. Lanzó un vistazo preocupado por encima de su hombro, como si hubiera alguien detrás, y luego intentó avanzar hacia ella para evitar que terminara de desnudarse. Pronunció su nombre en tono de advertencia al ver que retrocedía para que no pudiera alcanzarla, y no lo hizo a tiempo. La escasa tela de satén que cubría su cuerpo cayó entre los dos con un silencio atronador.

Leverton se quedó tan rígido que por un momento solo pudo observar el dibujo irregular del raso sobre la alfombra.

—Vístete ahora mismo —ordenó sin preámbulos. No levantó la mirada ni dio señas de plantearse echar un vistazo, aunque su espalda tensa revelaba un deseo ansioso que ella no podría haber descifrado—. Vístete y vete.

Ella titubeó. La vehemente frialdad de su voz le puso la piel tan de gallina que sintió el repentino impulso de abrazarse, pero no lo hizo para no decepcionar a su templanza, y porque percibió un desbarajuste en la palabra final. Una inclinación a la indecisión, como si él tampoco estuviera seguro de quererlo así.

Se mantuvo allí de pie, y esperó a que la mirase.

No lo hizo.

—¿No vas a responderme? Thane —llamó, utilizando su nombre de pila por vez primera—. Puedo aceptar que no me quieras ahora si cupiera la posibilidad de que llegaras a hacerlo algún día. —Al ver que no contestaba ni se movía, se acercó pisando la bata y estiró el brazo para tocar su mejilla. Volvió a intentarlo—. Thane...

Él la sorprendió cogiéndola de la mano y aguantándola en el aire. La apartó en el acto, con tanta rapidez que pareció que estaba ardiendo. El pesimismo la abrumó, llevándola a la conclusión de que era para él una pieza nauseabunda.

—No insistas —dijo, sin mirarla. Otro temblor revelador le dio un empujón a su tono—. Vete. Ahora.

—No voy a insistir, pero al menos dame una respuesta que me ayude a concluir esto. ¿Podrás quererme alguna vez? —repitió, albergando más esperanzas—. Porque llevo toda mi vida esperando confesarte mis sentimientos, desde que éramos niños. Antes de que nos separásemos y volvieras siendo...

Su implacable mirada la silenció. A Jess se le encogió el corazón al reconocer el cerco colorado de sus ojos, y el mismo brillo que solía acompañar a las malas noticias. No supo si eran sus afectos lo que encontraba terrible, o el hecho de tener que ser duro al responder:

—Basta. ¿No puedes imaginarte qué significa que te pida que te marches? Tus sentimientos no son correspondidos. Deja de humillarte y vete.

Aquellas palabras la dejaron fría, pero no incapaz. Muy lentamente, se agachó para recoger la bata y se vistió con movimientos mecánicos, procurando dejar la mente en blanco.

Él no se movió del sitio. Sus ojos seguían descansando sobre la alfombra, llenos de razones a las que Jess aún no podía acceder. Entre el cierre del broche y el primer paso hacia la puerta, se convenció de que no había salvación. Pero la debilidad hacia él la hizo girarse bajo el umbral para echarle un vistazo antes de desaparecer.

Lo vio llevarse las manos a la cara. Derrotado de hombros, hundido de pecho y casi tembloroso, se dirigió a la mesilla y allí apoyó los pálidos nudillos.

—Dios mío...

Estaba dispuesta a todo por salvar a su hermana, pero nada la había preparado para enfrentar el amor.



Isabella y Katia, dos hermanas gemelas, son separadas a la edad de cinco años a causa de la crueldad de su padre, el duque de Belford. Isabella se criará en América mientras que Katia permanecerá en Londres.

Años más tarde, cuando Katia se ve amenazada de nuevo por el cruel autoritarismo de su padre, Isabella acudirá en su ayuda. Acompañada por Mac, un joven y atractivo escocés, buscará el modo de salvar a su hermana haciéndose pasar por

ella, sin ser consciente de los peligros que ello entrañará.

Cuando en el primer baile al que asiste conoce al apuesto y cínico marqués de Allensbury, no sabe que su vida se verá sumergida en una espiral de acontecimientos violentos desatados por un grupo político que pretende derrocar al gobierno británico, al mismo tiempo que tendrá que luchar contra una inoportuna atracción hacia el marqués.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljnb; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Christine Cross

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-68-5

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

En tu lugar

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Christine Cross

Créditos